

La búsqueda de democracia en una generación
violenta: El M-19 y la toma del Palacio de
Justicia

Estudiante:

Juan Sebastián Gómez Vega

Sociología

Director:

Paulo César León

Escuela de Ciencias Humanas

Universidad del Rosario

Tabla de Contenido

El silencio en el Palacio de Justicia	3
Presentación Del Problema	4
Pregunta De Investigación.....	6
Justificación.....	6
Objetivos	9
Marco Teórico	10
Metodología.....	15
El archivo del M-19.....	15
Las autobiografías	18
La tensión en el M-19.....	20
El M-19 y la invención del diálogo nacional	24
Orígenes	30
Tensiones	35
Diálogo Nacional	44
El fracaso de los acuerdos de Corinto y la toma del Palacio de Justicia	53
Diplomacia de la paz	54
“Tenemos que ser Gobierno”	62
Operación Antonio Nariño por los derechos del hombre.....	72
“aquí nos morimos todos”	79
Conclusiones	83

El silencio en el Palacio de Justicia

*Cuando escapábamos de la ciudad en llamas,
En el primer camino del campo volví la vista atrás,
y dije: “que la hierba cubra nuestras huellas,
que el fuego acalle el clamor de los profetas,
que los muertos cuenten a los muertos todo lo que sucedió.
A nosotros nos tocó crear una generación nueva y violenta,
Sin el mal ni la dicha que existió allí.
Sigamos”.*
*Y la espada de
fuego nos abría la tierra.*
La Huida, Czeslaw Milosz

El presente trabajo examina los eventos ocurridos en el centro de Bogotá entre el 5 y 6 de noviembre de 1985, la toma a manos de un comando del M-19 del Palacio de Justicia y la posterior retoma a manos del Ejército. Los eventos del Palacio de Justicia se han convertido en un evento especialmente traumático en la historia del conflicto colombiano y ocupa un lugar especial en las conmemoraciones nacionales. Las investigaciones sobre la toma del Palacio de Justicia se han centrado en especial en las 28 horas de la toma, en la terquedad y la violencia del Ejército, en los desaparecidos y en la responsabilidad del Estado. Por lo que menor atención se ha prestado a las motivaciones del M-19. La toma al Palacio de Justicia fue una acción loca, extraña en el contexto del conflicto armado colombiano; reta así las explicaciones dadas y hace difícil comprender la acción. Para entender esta acción más allá de la repetición de los magistrados muertos, del drama sin fin de los desaparecidos y de la memoria del Palacio en llamas, hay que ampliar el marco para incluir la perspectiva del M-19 en esta acción, preguntarse qué estaban pensando cuando planearon la toma y cuando la ejecutaron. Este proyecto no sólo ofrecerá otra respuesta para entender la tragedia del Palacio de Justicia, también es una oportunidad para comprender el proyecto político del M-19, una guerrilla única en el contexto de las guerrillas en la Colombia de los setentas y ochentas. En esta primera parte

explicaré en mayor detalle los alcances de este trabajo. En el siguiente capítulo exploraré la idea del Diálogo Nacional que engloba desde la toma a la embajada de República Dominicana hasta la complejidad y las tensiones del discurso del M-19. Posteriormente, me centraré en el periodo de la Toma, a partir de los preparativos hasta su terminación, en el que las declaraciones del M-19 son reivindicatorias, con el fin de resaltar allí una serie de contradicciones que componen el discurso del M-19.

Presentación Del Problema

El 6 de noviembre de 1985, el Comando Antonio Nariño por los Derechos del Hombre, conformado por 40 guerrilleros del M-19 se tomó el Palacio de Justicia, en pleno centro de Bogotá. Los guerrilleros habían preparado un texto para hacer un juicio político a Belisario Betancur, entonces Presidente de Colombia, por el incumplimiento de los acuerdos de Corinto, firmados en agosto de 1984 entre el M-19 y el Gobierno Nacional. En estos acuerdos también participó el EPL.

Los acuerdos de Corinto dieron lugar a un cese bilateral de hostilidades como primer paso para lograr un acuerdo de paz. Una serie de ataques a los campamentos del M-19, así como el atentado a Antonio Navarro Wolff, en medio de un ambiente enrarecido y combativo de parte y parte, llevaron al fracaso de los acuerdos y, de ahí, a la decisión de tomarse el Palacio de Justicia. Respaldados por las armas, el comando esperaba entregarle la acusación a Alfonso Reyes Echandía, presidente de la Corte Suprema de Justicia, y hacer el juicio político¹, por medio de una demanda escrita que también reivindicaba la validez del sistema jurídico. La toma tenía el tono espectacular que el M-19 siempre buscaba, inesperada y llamativa, era una acción con un interés más político que militar.

El M-19 había imaginado una toma que tardaría unos meses en resolverse, como sucedió en 1980 con la toma a la embajada de República Dominicana. En su lugar, la guerrilla encontró una fuerte respuesta por parte del ejército y el cierre de todas las vías de negociación. La respuesta del Ejército no tuvo consideración por la vida ni de los magistrados, funcionarios,

¹ M-19. Operación Antonio Nariño Por los Derechos del Hombre, 6 de noviembre de 1985.

trabajadores en el Palacio, ni de las personas que hacían diligencias allí el día de la toma, ni de los guerrilleros del M-19. Reyes Echandía logró comunicarse por teléfono a un programa de radio, en medio del fuego cruzado: “Por favor que nos ayuden, que cese el fuego. La situación es dramática, estamos rodeados aquí de personal del M-19, por favor que cese el fuego inmediatamente, divulgue ante la opinión pública esto, es urgente, es de vida o muerte. ¿Si me oyen? es que no podemos hablar con ellos si no cesa el fuego inmediatamente. Por favor, que el Presidente dé finalmente la orden de cese al fuego” (Comisión de Verdad, 2010, p. 133). El final llegó después de 28 horas de toma, después de la muerte 93 personas, entre ellos los miembros del M-19 que participaron en las operaciones², y de la desaparición forzada de 11 personas más (Comisión de Verdad, 2010, p. 203).

Desde que sucedieron los hechos la atención se volcó a los excesos de la fuerza del Ejército. Aunque el ataque del M-19 aparece como el génesis de la tragedia, el énfasis está en otro lado. En adelante, los procesos judiciales en la Fiscalía y en la Procuraduría fueron contra el Presidente y contra los militares que participaron en la retoma. Con los años siguieron los procesos penales contra el coronel Alfonso Plazas Vega y el brigadier general Jesús Armando Arias Cabrales, el informe de la Comisión de Verdad, *Que cese el fuego*, la condena al Estado Colombiano por parte de la Corte Interamericana de Derechos Humanos, y la publicación de varios libros investigativos al respecto, entre los que destacan el *Palacio sin máscara*, de German Castro Caycedo, y *El Palacio de Justicia*, de Anna Carrigan. Toda esta producción académica y judicial ha puesto el énfasis de la memoria en el Ejército. El M-19, su acción, su motivación y sus expectativas, aparecen marginalmente en estos trabajos.

Estudiar la toma al Palacio de Justicia desde otro énfasis puede ofrecer una explicación de esta acción militar que no es normal, dentro del contexto del conflicto armado colombiano. Esta “anormalidad” (la violencia contra la sede de la rama judicial, en el centro de la capital, por un grupo armado habituado a las acciones espectaculares y publicitarias) puede ayudar a explicar el lugar especial que ocupa esta toma en el repertorio del conflicto colombiano. Para hacerlo, hay que ver hacia atrás, y estudiar el contexto para el M-19 de la toma: el fracaso de las negociaciones con el Gobierno Nacional. Esto cambió arrojó a la guerrilla a un cambio de

² Clara Enciso, del M-19 logró escapar del Palacio, haciéndose pasar como estudiante (Behar, 1988); Irma Franco, guerrillera, fue desaparecida.

estrategia, lo que revela las tensiones con las que se construyó la ideología del M-19. De este modo, estudiar la toma centrada en el M-19 permite entender mejor la posición política de este.

Pregunta De Investigación

¿Cómo fue la transformación ideológica del M-19 desde los acuerdos de Corinto hasta la toma del Palacio de Justicia?

Justificación

El M-19 aparece marginalmente en los estudios académicos sobre el Palacio de Justicia, así como en las investigaciones judiciales. Por su parte, el Palacio de Justicia aparece muy poco en los estudios dedicados al M-19. Esto es llamativo, para el M-19 esta acción también fue central, marca un antes y un después en su trayecto, y abre, en cierta medida, las puertas a su desmovilización, 5 años después. Se trata de un tema poco explorado, en medio de los estudios sobre el Palacio de Justicia. El énfasis en estos trabajos es interesante, y marca un punto de partida para mi proyecto. Un caso importante es el del informe de la Comisión de Verdad *Que cese el fuego*, la primera parte de este informe se dedica a explicar la situación de Colombia previa a los eventos del Palacio de Justicia, los diálogos del entonces Presidente Belisario Betancur con los grupos guerrilleros y la relación de los gobiernos con las Fuerzas Armadas. En otro apartado pasa a estudiar brevemente el lugar del M-19 entre las guerrillas del momento en Colombia, discutiendo el antecedente de la toma a la embajada de República Dominicana. Entonces comienza a describir cronológicamente la toma y retoma del Palacio de Justicia, narra qué estaban haciendo los actores que se vieron envueltos en los eventos, magistrados, guerrilleros, militares. Y en ese momento el acento pasa a tratar las acciones de las fuerzas militares. Es un acento que se hace más grande a medida que avanza el informe, a medida que los testimonios de Plazas Vegas y Arias Cabrales son más importantes. De este modo, la sensación de estar en el centro de la guerra se hace más visible: las explosiones, los disparos, los gritos, el aire irrespirable del incendio y de los gases lacrimógenos, y la petición ignorada del

presidente de la Corte, Reyes Echandía. La ausencia de Belisario Betancur se hace notable también, él que no devuelve las llamadas desde el Palacio.

Este acento continúa en la siguiente parte: los hechos posteriores a la toma. En esta parte se concentra en los casos de tortura, tratos crueles y de las desapariciones forzadas, cometidas a manos del Ejército. Las comisiones de verdad no son solo la manera de reconstruir los hechos, sino que mediante ellas “ciertos grupos no reconocidos pueden ser visibles, algunos asuntos antes no tratados son tematizados en función de movilizar la atención nacional, pero también otros son dejados de lado” (Jaramillo, 2011, p. 237). Este énfasis no es sólo de la Comisión de Verdad, el libro de Castro Caycedo y el de Anna Carrigan repiten el mismo patrón.

Del mismo modo, los avances de las investigaciones judiciales se concentraron sobre todo en las actuaciones de las fuerzas militares. Las investigaciones comenzaron cuando fueron llamados a indagatoria el coronel Plazas Vega, en el 2007 y el General Arias Cabrales, en el 2008; centrándose en los casos de desaparición forzada, y entre ellos, el de Irma Franco³. La Corte Interamericana de Derechos Humanos condenó en 2014 al Estado Colombiano por la desaparición de 11 personas en los eventos del Palacio y por la ejecución extrajudicial del Magistrado Auxiliar del Consejo de Estado Carlos Horacio Urán. En concreto, la Corte IDH condenó al Estado Colombiano por la violación a los derechos a la vida y a la integridad personal de las víctimas. Pero también lo condenó por no haber dado acceso eficiente y oportuno a la justicia. En estos casos, la presencia del M-19 es secundaria. Existe la amnistía de la que se beneficiaron en 1990 cuando se desmovilizaron, pero esto no es suficiente para explicar la marginalidad del M-19 en estas investigaciones. Las obras de Castro Caycedo y de Carrigan también se centran en la responsabilidad del Estado.

La toma al Palacio de Justicia fue una acción anormal que retó el repertorio de explicaciones de la sociedad. Se trató de una violencia para la que no había palabras. En este sentido, se trató de un *acontecimiento*, según el término de Veena Das (2008), que arrasa la vida

³ Durante el proceso contra Plazas Vegas, se pudo establecer que Irma Franco, guerrillera del M-19 que participó en la toma, salió viva del Palacio. Fue rescatada por los militares y llevada a la Casa del Florero, justo al lado del Palacio, donde los cuerpos de inteligencia del Ejército tomaban control de las personas rescatadas. Después de esto, el paradero de Irma Franco se desconoce.

cotidiana y cuyos efectos se siguen sintiendo en el futuro. Su efecto es tal que, para explicar el presente, siempre es necesario referirse a él. La toma al Palacio de Justicia tiene un lugar especial en la formación de memoria del conflicto en el país. Se llegó al punto de la hipérbole, a este acontecimiento se le conoce también como *holocausto*, el holocausto colombiano. Este término aparece ya desde el 11 de noviembre de 1985, seis días después de la toma, en una declaración pública del M-19, en su estilo prolijo en sentimientos y alegorías tan característico: “Hoy la Nación reclama adolorida una explicación del holocausto en el Palacio de Justicia el jueves 7 de noviembre de 1985, y hoy -más que nunca- se plantea la necesidad urgente e inaplazable de lograr la paz para Colombia”⁴. La guerrilla se suma al dolor causado por la toma (el incendio, los muertos, el miedo...) y la reivindica al tiempo, curiosamente, con esa “necesidad urgente (...) de la paz en Colombia”. Que esta guerrilla reivindique su propia acción no es extraño; pero los términos que utiliza sí lo son, y llaman la atención sobre las expectativas del M-19 y de los fines del uso de la violencia.

“Por nuestra parte, asumimos la responsabilidad de nuestra acción con mirada limpia, dignidad, y con el dolor profundo por el sacrificio de hombres y mujeres que no participaron en el enfrentamiento directo, de nuestros combatientes y de los compatriotas que pelearon en las filas de la oligarquía. La enfrentamos con la serenidad y firmeza que inspiró esta *demanda armada* por los derechos de la nación, de la patria y del ciudadano, y con la integridad de un comportamiento manifiesto en toda nuestra actuación pública, en las tomas de pueblos y ciudades, en la Embajada de la República Dominicana y en el respeto inmenso hacia los prisioneros de guerra”⁵ (énfasis fuera del texto).

Aquí la clave es esa *demanda armada*, y todo lo que condensa esta expresión. Estudiando a fondo esta expresión en el M-19, y la otra que la impulsa, el diálogo nacional, es posible entender a esta guerrilla, darle sentido a la decisión extrema de hacer un ataque armado espectacular (sin que lo vieran así), en contra de la rama judicial (la única que consideraban

⁴ M-19. Declaración del M-19 ante el holocausto del Palacio de Justicia. 11 de noviembre de 1985.

⁵ M-19. Declaración del M-19 ante el holocausto del Palacio de Justicia. 11 de noviembre de 1985.

legítima), buscando un impacto publicitario que es el medio y el fin de sus acciones. Por su parte, esta acción implica el fracaso de los esfuerzos de paz de Belisario Betancur, que había llegado en 1982 a la presidencia con una campaña de negociación de paz. Su proyecto, solitario en el Gobierno, incluyó no sólo a la comisión de paz negociando con las guerrillas, sino la formación del Plan Nacional de Rehabilitación que atendía las necesidades de la población afectada por situaciones graves de pobreza.

Esta acción representa un punto de quiebre en la historia del M-19, el punto álgido de su conflicto con el Estado, luego del fracaso de los acuerdos de Corinto. Estos acuerdos, firmados en agosto de 1984 en Corinto, Cauca, entre el Gobierno, por un lado, y el EPL y el M-19 por el otro, consistían en una tregua entre las partes para dar espacio a un diálogo en el que el pueblo tendría voz sobre una cantidad de temas sin definir, con miras a producir algo que el M-19 llamaba Diálogo Nacional.

Además, se nombró una comisión de verificación para asegurar que se respetara la tregua. Sin embargo, el Ejército no apoyaba la negociación y sucedieron una serie de violaciones a la tregua hasta que, luego del atentado en Cali contra Antonio Navarro Wolff, Iván Marino Ospina, comandante del M-19, declaró rota la tregua y los acuerdos. La planeación de la toma comenzó poco después del rompimiento de estos acuerdos. En la planeación de la toma y en su ejecución, el M-19 concentró sus expectativas. De modo que la toma del Palacio de Justicia hace más visibles las tensiones y las expectativas de este grupo guerrillero. Estudiar esta acción específica, tan importante en la historia del país y del M-19, es una oportunidad para profundizar en la posición ideológica de este grupo guerrillero.

Objetivos

El objetivo principal es: analizar la tensión entre el discurso democrático y la acción militar de grandes proporciones en el M-19 durante la década de los ochentas.

Los objetivos específicos son:

1. Comprender la idea de Diálogo Nacional que defendió el M-19 durante los acuerdos de Corinto.

2. Analizar la tensión entre el uso de las armas y el discurso de apertura democrática al interior del M-19 durante la primera parte de la década de los ochentas.

Marco Teórico

En Colombia existe una larga tradición de estudios académicos sobre las guerrillas. Una obra central en esta corriente es de Eduardo Pizarro Leongómez (1996), desde una perspectiva comparativa, intenta explicar el contexto en el que las guerrillas emergen. Esto hace parte de un esfuerzo para crear una “sociología de la guerrilla”, como lo expresa él, en que comienza creando una serie de tipos ideales de las guerrillas y relacionando estos tipos ideales con las varias guerrillas colombianas. Así, *Insurgencias sin revolución* marca la consolidación de un largo trabajo realizado por Pizarro Leongómez y otros *violéntólogos* de estudio de las guerrillas, más allá de estudios dedicados por aparte a cada una de ellas. La clasificación en guerrillas está centrada en su composición ideológica, congruente con su idea general, que las guerrillas no surgen por causas objetivas –ese viejo fantasma- sino por la convicción ideológica. Esto es muy importante, porque considera a la revolución “no como un comportamiento-respuesta, sino como una conducta política” (Pizarro Leongómez, 1996). En el contexto latinoamericano, hay tres elementos que contribuyen a la formación de estos grupos armados: la creencia firme en las “condiciones estructurales” provenientes del marxismo; la idea del foquismo, en la que un grupo de avanzada, un foco revolucionario, podría impulsar a la población a la insurrección; y finalmente, la influencia de las teorías de la dependencia, aportadas por el cuerpo académico latinoamericano. Esta obra de Pizarro Leongómez es muy importante en su intento de construir una teoría sobre las guerrillas en el contexto latinoamericano, más allá de clasificarlas entre urbanas y rurales, o por la variedad de corrientes que siguen, maoísta, guevarista, marxista-leninista, sin desestimar el factor ideológico, tan importante para las guerrillas. También es una respuesta a las posiciones de antaño sobre las causas objetivas de la violencia, que aludían únicamente a la situación socioeconómica de cada país. Este cambio de énfasis significa un llamado a la complejidad: “La decisión de empuñar las armas por parte de un grupo social no es una decisión clara y súbita, sino el resultado social complejo” (Pizarro Leongómez, 1996, p. 22). Es decir, el surgimiento de una guerrilla no se explica simplemente por el empeoramiento de la situación económica o por el cerramiento de un sistema político.

Por su parte, Mario Luna Benítez (2006) critica a Pizarro Leongómez porque el énfasis en la voluntad que da inicio a las guerrillas (inspirada en la ideología) hay poco espacio para pensar en las circunstancias políticas y sociales que también influyen esta voluntad. Las críticas de Luna no pretenden destruir la teoría de Pizarro Leongómez, más bien, se trata de una construcción sobre esta. La invitación de Luna Benítez es entonces a considerar las incidencias de estos factores *subjetivos* en la conformación de las guerrillas: “Se necesitan estudios en profundidad sobre perfiles del asentamiento social y de la inserción política de las guerrillas en un sector considerable de la población. Todavía está por investigarse con claridad el fondo social, cultural y subjetivo de ellas sobre lo cual son insuficientes las referencias a sus ideologías” (Luna, 2006, p.185).

Para hacer más visibles los contextos políticos y sociales que influyen en la inspiración ideológica que inicia una guerrilla, Luna propone otro enfoque: el contexto de violencia. Esta no debe confundirse con *La Violencia*, en mayúscula, como periodo histórico, sino en el sentido en que las guerrillas son otras expresiones de violencia política, en la que nacen y de la que se apartan con el tiempo. Desde esta perspectiva, Luna explica la posición del M-19, como una guerrilla distantemente relacionada con La Violencia, pero que intenta relacionarse a esta a través de la experiencia personal de sus líderes. Existe allí entonces una memoria común del grupo que se refiere este periodo, sin anclar al M-19 allí. Más bien, la Violencia hace parte de un repertorio más amplio de memoria que sirve de inspiración y legitimación de su acción armada. La experiencia política y armada de varios de sus líderes (Iván Marino Ospina, Jaime Bateman, entre otros, que pasaron por las Farc); sus relaciones con personas provenientes de varias corrientes, junto a la crisis de las guerrillas, sirvieron en conjunto para ampliar las bases de la organización. De este modo, el M-19 tiene fuerza suficiente para impulsar en sí misma un nuevo contexto de violencia, que además es urbano. A inicios de los ochentas, la presencia urbana es combinada con un intento de armar un frente rural, en Caquetá y Putumayo, por un lado, y el norte del Cauca, y así volviendo a la forma anterior de violencia, fundamentalmente rural.

En la caracterización del M-19 que hace Luna del M-19 está marcado por contrastes con las otras guerrillas del momento, lo que permite ver la importancia de esta guerrilla y la manera en que creó un nuevo contexto de violencia. Se trata de la centralidad urbana del M-19,

que llevó al centro del país, por así decir, el conflicto armado. El M-19 buscó ser un interlocutor con estas acciones para presionar por un cambio en el sistema político, de ahí la importancia de la publicidad en esta guerrilla. La presencia en las ciudades también tuvo un impacto en la opinión pública, un nuevo elemento de publicidad del M-19. A la larga, esto también implicó un cambio en la estrategia militar en la que no se trataba sólo de golpear y huir, como lo era la estrategia tradicional de las otras guerrillas, sino organizarse de modo que pudiera enfrentar militarmente al ejército. Por otro lado, el origen tan políticamente diverso del que se alimentó el M-19 la hizo dinámica, cambiante, adaptable a la coyuntura.

Así, el enfoque, para Luna, debe estar en este contexto de violencia, a través de temas como la memoria colectiva del grupo y la historia personal de los miembros de la guerrilla. En este sentido, es necesario apuntar a un campo muy relacionado, al que llamaré estudios de la memoria guerrillera. En este campo, es importante la contribución de Mario Aguilera (2003) por su recuento de las figuras más importantes, recordadas y honradas en las guerrillas. Según Aguilera, esto puede ayudar a explicar por qué estos grupos no se fragmentaron al relacionarse más con el narcotráfico, puesto que sirven de valor unificador entre sus miembros. Aguilera clasifica estas figuras en cuatro grupos: los profetas revolucionarios, dentro de los que están Marx y Lenin, y más tardíamente, Stalin y las figuras de la revolución en China, así como el Che Guevara, una figura central en América Latina. El segundo grupo son los padres fundadores, directamente relacionados con la creación del grupo, y al que se le asignan cualidades superlativas. En este campo están Manuel Marulanda Vélez, el cura Camilo Torres (imagen principal de la refundación del ELN luego de la batalla de Simacota) y, en el caso del M-19, Jaime Bateman. De Bateman se recuerda su vida como la serie de enseñanzas de un hombre mágico y bienaventurado, el hombre costeño, sabio y bonachón. El tercer grupo es el de los héroes patrióticos, próceres de la independencia recuperados como inspiración guerrillera. La figura principal en este grupo es Simón Bolívar, primero en el M-19, con su acción fundacional: el robo de su espada y que siguió creciendo en el grupo, como la imagen de su nacionalismo. Esto fue un cambio importante, puesto que, para las otras guerrillas, la independencia era un escenario menor. Sin embargo, la influencia del M-19 en este aspecto creció al punto que la Coordinadora Guerrillera adoptó el nombre de Bolívar. Finalmente, el cuarto grupo es el de los hermanos revolucionarios, guerrilleros muertos en combate y que son recordados y objetos de homenajes.

A partir del culto a estas figuras se condensa y sirve de vehículo de los principios doctrinarios de las guerrillas, sus ideas de lo que será una sociedad justa, y este discurso, articulado en torno a estas figuras centrales, tiene efectos a la hora de sumar apoyos entre sectores campesinos, obreros o estudiantiles. Pero también sirven como vida ejemplar, de principios, lealtad y sacrificio.

Así, se revela la importancia de la memoria para la formación de los grupos guerrilleros. María Victoria Uribe (2007) hace una comparación entre tres grupos guerrilleros muy distintos: los Tigres Tameses, en Sri Lanka; el IRA, en Irlanda; y las Farc, en Colombia. Son tres escenarios de conflicto muy distintos, además; el primero es eminentemente étnico; el segundo, religioso; el tercero, político, en torno a la tierra. El argumento de Uribe consiste en clasificar todos estos conflictos como políticos, retomando la definición de Carl Schmitt de la política: la división entre ellos y nosotros. La violencia es política (Uribe, 2007). Esto le permite ofrecer un marco explicativo para estos conflictos que, antes, estaban separadas por tipos de conflicto. Para lograrlo, Uribe explora los mitos fundacionales de estos grupos. No se trata sólo de la historia de la organización, sino de la historia a la que aluden para encontrar la justificación de sus acciones. Esta historia puede extenderse por siglos, como es el caso del IRA, que moviliza la colonización inglesa de Irlanda, en el siglo XVII, el robo de tierras, las masacres de Cromwell y las hambrunas, y tiende una continuidad hacia el presente para justificarse. Esto quiere decir que es un discurso permanentemente actualizado, que se acopla a las coyunturas actuales. En estas historias hay ejes comunes, como la tradición de violencia del Estado, y de la acción colectiva en medio del sufrimiento, que termina por enaltecer al bando propio, en torno a la que se construyen sus discursos y sus justificaciones. “En contextos de polarización donde prevalece la dicotomía amigos-enemigos, todos los conceptos, ideas y palabras que circulan poseen un sentido polémico, pues son formulados con relación a un antagonismo concreto. Lo político puede extraer su fuerza de los ámbitos más diversos de la vida humana, pero desde el momento en que una oposición que no es política da lugar a una que sí lo es, pasan a segundo plano los componentes puramente religiosos, culturales y étnicos” (Uribe, 2007, p. 28).

En lo relacionado con estudios específicos del M-19, Paulo León Palacios hace aportes importantes. Se trata de las relaciones entre los miembros principales de este grupo guerrillero

y otras instituciones políticas, fruto de las relaciones personales de los líderes del M-19 y de ciertas afinidades ideológicas. En primer lugar, León Palacios (2008) analiza los vasos comunicantes entre la revista *Alternativa* (fundada por Gabriel García Márquez, Orlando Fals Borda, y Enrique Santos, con un proyecto de izquierda que trascendiera dogmatismos), y el M-19. No se trata sólo del proyecto similar, a nivel político, sino que, de hecho, parte de *Alternativa* también hacía parte del M-19. El proyecto editorial abrió las páginas a textos de varios grupos de izquierda, en un ambiente en el que se trataba menos de definir la línea a seguir y más de abrir el diálogo. Finalmente, la revista terminó en una disputa entre un grupo que la pensaba como un instrumento para politizar la revista *Alternativa*. Además, su relación con el M-19 revelan una serie de tensiones en el grupo guerrillero y en la izquierda en los setentas. La historia de la revista *Alternativa* también ofrece una explicación tanto al éxito del M-19 como a la simpatía de las clases acomodadas en las ciudades.

En otro artículo, León Palacios (2012) se centra en la conflictiva relación entre el M-19 y la Anapo. El M-19 ubica su origen en un evento que ocupa directamente a la Anapo: la derrota de Rojas Pinilla en las elecciones del 19 de abril de 1970, en un contexto de crisis del Frente Nacional. Un grupo de jóvenes radicales pertenecientes a este partido, pero provenientes de varias corrientes decidieron tomar las armas, reclamándose como parte de la Anapo: su lema era “con las armas, con el pueblo, con María Eugenia, al poder.” Sin embargo, el M-19 no era el brazo de la Anapo; la naciente guerrilla había planeado una mera relación instrumental con el partido, como una avanzada desde la que llamar a la revolución socialista. Aquí los símbolos son importantes: la referencia al pueblo anapista, y entonces al populismo; el robo de la espada de Bolívar, que rescata una nueva imagen nacionalista; el llamado a las armas, como guerrilla, entonces de izquierda. Sobre estas bases, el M-19 montaba un programa ambivalente, como lo llama León Palacios, lleno de tensiones con las que el grupo seguirá.

Este programa, y la conclusión de que el auge nacionalista de los setentas podía servir para fortalecer a las organizaciones guerrilleras, para evitar que las organizaciones populistas la capturaran. De este modo, aunque el M-19 se reclamara como representante de la Anapo, su relación era conflictiva: la fortaleza de los movimientos populistas debilitaba a la revolución, y viceversa. Esto llevó a una relación conflictiva y finalmente al rompimiento de toda relación entre el M-19 y la Anapo, a través de una serie de cartas en términos muy duros contra María

Eugenia, la hija de Rojas Pinilla. Esto fue, por supuesto, un fracaso en su intento de mimetizarme en el partido, con fines instrumentales. “Las ideas entorpecieron constantemente el sentido práctico” (León Palacios, 2006, p. 245).

El discurso del M-19 está muy cargado de un lenguaje emotivo, que llama menos a incluirse en un proyecto político y más a participar en algo mágico, seductor. Este lenguaje impregnaba la estrategia militar y la dirección del proyecto político de esta guerrilla. Por esta razón, la emotividad en el discurso debe tomarse más que como una cuestión de propaganda; se trata, en muchos aspectos, de la propuesta misma del M-19. El contexto del M-19, su nacimiento y el rumbo que tomaron, está íntimamente relacionado con un contexto de populismo en el país, que esta misma guerrilla formó. Para entender a la guerrilla en su contexto, es muy importante la obra de Ernesto Laclau (2013), pues ofrece un marco en el que el populismo no tiene una connotación negativa. La vaguedad, la confusión, la ausencia de un proyecto concreto, racional, no son para Laclau características negativas del populismo, sino una oportunidad para preguntarse “¿A qué realidad social y política se refiere el populismo?” (2013, p. 31). En consecuencia, Laclau no apunta a un contenido ideológico concreto, sino a una lógica más general: el populismo ocurre cuando se busca la construcción de una identidad totalizadora, que incluya todas las demás, la única válida: el pueblo. (Laclau, 2013).

De este modo, mi análisis de la ideología de la guerrilla incluye también un estudio de los orígenes y de los sueños (en forma de proyectos vagos para el país) de los miembros, para describir la manera en que estos, más que un proyecto ideológico claro, dirigen las acciones militares del M-19.

Metodología

El archivo del M-19

El 24 de abril de 2014 el Centro Nacional de Memoria Histórica organizó una ceremonia en el Museo Caquetá, en Florencia, para oficializar la devolución del material de

archivo sobre el M-19⁶. Las copias digitalizadas de este archivo hacen ahora parte del Archivo de los DDHH, que recopila violaciones a los derechos humanos durante los más de cincuenta años de conflicto armado en el país. Originalmente, este archivo fue compilado por Arjaid Artunduaga, que fue miembro del M-19 desde su fundación hasta la desmovilización. Por su papel de secretario en la organización, otros integrantes le fueron entregando los documentos, que él organizó en un Centro de Documentación. En el 2015 Artunduaga también entregó en una ceremonia 19 DVD con unas sesenta horas de vídeo a la Biblioteca Nacional. En esa ocasión dijo que: “no hay memoria de un país que sea inútil”⁷. El archivo contiene documentos que van desde la fundación del M-19, en 1974, hasta años recientes, aunque el grueso de los documentos va hasta 1990, año de la desmovilización y de la participación en la asamblea constituyente.

Este archivo está compuesto por dos grupos de documentos: la producción de prensa y la producción del M-19. En el primer grupo están las notas de prensa, que son cortas y se refieren a hechos diversos y enfrentamientos que eran cotidianos en la dinámica del conflicto. También están los reportajes más extensos, que se refieren en mayor detalle a los combates más grandes y al significado político de estos, en el contexto de la tregua pactada en los acuerdos de Corinto, entre 1984 y 1985. Estos incluyen entrevistas con los miembros del M-19 e interpretaciones sobre las acciones, por lo que hay más material que analizar; también hay directamente entrevistas, a veces hechas desde la clandestinidad, en donde la voz del M-19 se puede leer en más detalle, respondiendo a la coyuntura política, y de este modo se puede rastrear mejor los cambios en el pensamiento del M-19. Puesto que estos artículos son más extensos, permiten rastrear las preocupaciones de los autores. Esto es especialmente importante cuando estos tienen otras funciones; por ejemplo, Malcolm Deas reporta el fracaso de los acuerdos de Corinto, meses antes de la toma al Palacio de Justicia; o Diana Turbay reporta en extenso desde los campamentos del M-19 en el norte del Cauca, también en el desarrollo de los acuerdos de Corinto, al tiempo como periodista y como observadora delegada por el Partido Liberal.

⁶ Documentos del M19 llegan al CNMH. Centro Nacional de Memoria Histórica. 19 de mayo de 2014. Consultado el 13 de agosto de 2016. Enlace: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/noticias/noticias-cmh/documentos-del-m19-llegan-al-cnmh>

⁷ El archivero que recopiló durante 16 años la historia del M-19. Revista Arcadia. 19 de septiembre de 2015.

Comúnmente, estos reportajes más largos se combinan con entrevistas cortas a miembros del M-19, en las que se discute la coyuntura y los avances en la negociación. Esa es la oportunidad para ver de cerca la posición momentánea del M-19 en varios temas importantes, como la participación de los partidos políticos; lo que significa su propuesta de diálogo nacional; por qué rechazan primero y aceptan luego la amnistía. La extensión en el tiempo de estos reportajes me permitirá rastrear los cambios de posturas del M-19, así como las constantes y rastrear de ese modo las tensiones.

Hay que hablar aparte de las notas de prensa de un diario llamado *Oiga Hermano*. Aunque tiene formato de diario, reproduce constantemente informes de prensa del mismo M-19 sobre el avance de las negociaciones y sobre el diario de la guerra, incluyendo tomas y combates. Además, usa un lenguaje con una clara carga política, por ejemplo, expresiones como oligarquía, “minorías en el poder” o el “Diálogo Nacional”. No he podido rastrear los orígenes de este diario, ni su posición política, para verificar si hacía parte del M-19, se trataba posiblemente del periódico del M-19. En 1983, poco antes de morir en un accidente de avión, Jaime Bateman Cayón concedió una entrevista en México a Ramón Jimeno, y esa entrevista se llama, precisamente, “Oiga Hermano”. Por estas razones, tomaré los artículos de *Oiga Hermano* como si fueran producidos por el M-19, y de este modo los exploraré como parte de la visión de este grupo.

En segundo lugar, el archivo de los derechos humanos incluye una serie de documentos producidos por el M-19 muy importantes. Este tipo de documentos se dividen en tres tipos: correspondencia; entrevistas explicando a los miembros de la guerrilla las decisiones que tomó el estado mayor en los avances de las negociaciones y varios borradores de estos acuerdos. Hay cartas abiertas dirigidas al presidente, a los partidos políticos, al “pueblo”, o a delegados observadores. Por supuesto, las cartas y los comunicados oficiales reflejan la visión del comando del M-19; aparecen normalmente las firmas de Jaime Bateman, Vera Grabe, Luis Fayad, Iván Marino Ospina, Antonio Navarro. Sin embargo, las entrevistas dirigidas a aclarar las posiciones al resto de militantes de la guerrilla también permiten deducir las dudas y los centros de controversias al interior del grupo. Hay una serie de repeticiones que dejan descubrir los temas más controversiales. Hay varios temas que, a partir de la repetición a lo largo de las negociaciones de los acuerdos de Corinto, permiten concentrarse en estos temas

controversiales para estudiar más a fondo los cambios de opinión del M-19. Entre ellos está la posición respecto a la amnistía, primero solicitada y luego rechazada; las razones por las que rechazaron el acuerdo entre el Gobierno Nacional y las Farc; su negativa a negociar con la comisión de paz creada por el Gobierno, por su voluntad de crear un *diálogo nacional*; la legitimidad de los partidos y del Gobierno, percibidos como minorías en el poder, oligarcas, al tiempo que son interlocutores válidos en ese diálogo nacional.

Las autobiografías

Por otra parte, los miembros del M-19 han publicado varios libros de tono autobiográfico o novelado. Son tres libros especialmente importantes: *Noches de humo*, de Olga Behar, periodista quien no hacía parte del M-19 ; *El silencio de mi cello*, de Vera Grabe; y *Bitácora de una militancia*, de María Eugenia Vázquez. Todos son libros que exploran la militancia en la guerrilla, dejan ver las razones para haber entrado y el recuerdo de estos eventos. Mientras *Noches de humo*, de Behar, es una versión “mitad testimonio mitad novela” de Clara Enciso, la única guerrillera que logró escapar viva de la toma del Palacio, los otros dos libros son autobiografías que giran en torno a la reinserción, a lo que implica volver a la vida civil y a la fractura que significó para ellas la militancia en la guerrilla. Mientras las notas de prensa y las entrevistas extensas del archivo de los derechos humanos revelan un ámbito público del M-19, estas narraciones, todas hechas por mujeres, revelan el lado privado de las discusiones, donde salen a flote los sueños y las esperanzas. En las entrevistas se nota sobre todo el posicionamiento ideológico, que se encuentra en el ámbito privado con deseos de notoriedad y de la planeación de operaciones espectaculares, muy publicitarias, precisamente como la toma al Palacio de Justicia.

En 1988, Behar pudo hablar extensamente con Clara Elena Enciso, la única guerrillera que logró escapar de la toma del Palacio. Tuvo varios encuentros con ella para escribir el libro, desde el exilio, posiblemente desde México. La mayor parte del libro está narrado en tercera persona, desde la posición de Clara, alias Claudia. Excepto durante la narración de la toma y la retoma, donde su testimonio calla, y la narración pasa a otros personajes. Distinto a las otras biografías, Clara Enciso no tenía un cargo elevado en la organización y su participación en la preparación de la toma suceden encerrada en la casa, aprendiendo lo que será necesario,

encargándose del cuidado de los otros guerrilleros, a la espera de órdenes. Por esta razón, en esta narración no aparece tanto en contexto más general que me interesa. El libro es muy importante, sin embargo, porque a través de la preparación minuciosa de la toma y de la alusión a las normas de la conspiración y la táctica militar, es posible encontrar lo que esperaban de la toma a un nivel más práctico, que no se puede encontrar en el discurso de las entrevistas ni de la demanda armada que presentaron⁸.

Durante la toma, el acento pasa a la voz de otros personajes, como Reyes Echandía, reconstruido a partir de los archivos radiales y de conversaciones con su hijo y amigos. La voz de Clara aparece poco, en ese momento, apenas para contar su miedo y tensión, encerrada en el baño, sintiendo más allá la destrucción, atendiendo a los heridos y sintiendo compasión por los rehenes. Es una voz femenina, inevitablemente, volcada al cuidado de los otros, como en la primera parte del libro, en la que aparece su historia de amor con Ramiro, otro miembro del M-19, y sus roles de ama de casa en la casa en la que vivieron los días antes a la toma, las rutinas de cocinar, lavar la ropa y cuidar para que todos tuvieran lo necesario. Clara también escucha las historias de los otros, durante el tiempo muerto. Esta voz que se preocupa por los otros y los cuida es la que aparece en *Noches de humo* durante la toma, dispersa en medio de la voz de Reyes Echandía. Este libro es complicado por la mediación de Olga Behar en la producción del texto, y su voluntad de hacerlo en forma novelada. También es complicado porque Clara intercala su nombre con su alias; y también lo hace con sus compañeros, lo que lleva a preguntarse por la identidad de las personas en la militancia. Esto también sucede con el uso de comillas para los alias.

Razones para la vida, de Vera Grabe, con el subtítulo “El silencio de mi cello” es una autobiografía, publicada en el 2000, diez años después de su desmovilización. Allí, Grabe narra su vida, y esa narración gira en torno a su militancia en el M-19, desde su infancia hasta su desmovilización y el regreso a la vida civil. “El silencio del cello” en el subtítulo hace referencia a ese regreso a la vida civil y la oportunidad de retomar un instrumento que abandonó cuando entró a la guerrilla. Al lado de los motivos para tomar las armas, del discurso político y de los sueños que tenían por el país, la biografía está marcada por la vida cotidiana en la clandestinidad y la gran amistad creada entre los miembros del M-19. La vida cotidiana no es

⁸ A esta demanda armada me referiré en detalle en el capítulo 3.

simplemente un asunto al margen en el grupo. Al contrario, la importancia de esos sueños de un país mejor que motivaron la militancia tienen grandes efectos en la toma de decisiones políticas. Por esta razón, es importante poner en diálogo ambos tipos de textos, los textos públicos (entrevistas, comunicados de prensa) y los relatos más íntimos para entender los discursos del M-19.

Bitácora de una militancia, de María Eugenia Vasquéz, fue presentado como tesis de Antropología. Realizada a través de un diario intensivo, propuesto por el profesor Jaime Arocha, la tesis explora el significado de la militancia justo después de la desmovilización, en 1988, un año antes que lo hiciera el M-19. Este diario intensivo consiste en una escritura extensa de los recuerdos, y también en grabar los sueños recién despertaba. El trabajo se centra en tres momentos de socialización: en una familia de clase media, urbana; en un grupo armado, el M-19, con los códigos de la clandestinidad, para no ser detectado; y la dificultad para romper con los códigos de la militancia para regresar a la vida civil, a la que se había desacostumbrado. Durante este ejercicio sucede algo muy importante. Jaime Arocha se interesaba por cómo enterraban a los muertos del M-19. Vásquez comienza a recordar a sus muertos, dice que llora y recuerda, llora y recuerda (1998, p. 119). La dificultad inicial para recordar y hablar (la clandestinidad la había acostumbrado al silencio) dio paso a los recuerdos y al llanto, al punto que ya no buscaba los recuerdos, llegaban a ella intempestivamente. Y con ellos, el descubrimiento de lo que había sucedido. Como si, mientras los vivía, no fuera consciente de que le ocurrían. En Cuba, mientras se recuperaba de las heridas de un atentado con una granada que sufrió en Cali, el mismo en el que resultó gravemente herido Antonio Navarro Wolff, Vásquez siguió por la radio, en la distancia, la toma al Palacio de Justicia. Sólo pensaba en el sufrimiento de sus compañeros en el incendio del edificio.

La tensión en el M-19

Mi propuesta consiste en poner en relación el archivo del M-19 y las tres autobiografías de las que ya hablé. Lo haré en dos partes. En primer lugar, exploraré una tensión visible entre su inspiración guerrillera y la legitimidad del Estado. En segundo lugar, exploraré los efectos de la toma al Palacio de Justicia, de ese estruendoso fracaso, al interior de la guerrilla.

Para ello, ahondaré en el periodo de negociación de los acuerdos de Corinto, firmados el 24 de agosto de 1984 y declarados rotos por Iván Marino Ospina en 1985. Este periodo es muy importante porque su fracaso fue uno de los antecedentes de la toma al Palacio de Justicia, el evento al que más se refirió el M-19 en el texto de la demanda armada contra Belisario Betancur y en las declaraciones ocurridas los días siguientes. El archivo del CNMH me será especialmente útil para esta parte. Allí, exploraré los continuos cambios de opinión de los negociadores del M-19, a partir de dos puntos: el rechazo de la tregua y amnistía propuestas por la comisión de paz nombrada por el Gobierno y que el M-19 consideraba ilegítima⁹; y el significado del *diálogo nacional*, que el M-19 exigía. Encuentro ahí una tensión entre la inspiración guerrillera del M-19, y su inspiración populista, por una apertura democrática y el final del Frente Nacional. Por un lado, son un grupo guerrillero que se alza en armas contra un Estado que consideran ilegítimo, atrapado por las “minorías gobernantes”, como las llaman; por el otro lado, es con los representantes de estas minorías (los representantes de los partidos políticos, los gremios industriales, la iglesia) con quienes quieren construir su *diálogo nacional*. Lo que revelan estos puntos es una tensión respecto a la legitimidad del Estado. En el archivo del CNMH, dentro de los reportajes extensos sobre el conflicto, en las entrevistas dadas, en los comunicados internos de negociación, hay muchos trazos de estas tensiones. Mi propuesta es hacer visibles estas tensiones sobre la legitimidad del Estado a través de los trazos del archivo del CNMH durante el periodo de los acuerdos de Corinto.

Para analizar esta tensión hace falta poner atención también a la posición de Belisario Betancur, que como Presidente dio espacio para las negociaciones de paz, algo que había sido parte de su campaña. Lo que significó un cambio de la política guerrillera de Turbay Ayala que siguió siendo apoyada por gran parte del Ejército y del Gobierno. Cuando ganó la presidencia, el M-19 interpretó la situación y aumentó sus propuestas de paz. Por esta razón, varios de los discursos de Betancur son importantes, porque fue por esta vía, fundamentalmente, que la guerrilla leyó la posición del Gobierno, a pesar de que el contexto mostraba una situación más compleja. Por su parte, la respuesta del M-19 a la oportunidad de diálogo del Gobierno permite aclarar la postura del M-19, discernir mejor su postura respecto a las armas y a la democracia. A través del diálogo entre la guerrilla y el Presidente, es posible ver una

⁹ Rueda de Prensa Convocada por el M-19, 8 de abril de 1984. Archivo CNMH.

construcción de la ideología del M-19 más coyuntural que responde a los retos y oportunidades de la negociación.

Esta tensión se hace todavía más notoria durante la toma del Palacio de Justicia. Un ataque violento en pleno centro de Bogotá contra la rama judicial, precisamente la única que el M-19 considera legítima, “poder moral y reserva democrática para la supervivencia del Estado de Derecho”¹⁰, como los llama en la declaración del comando Antonio Nariño por los Derechos del Hombre y que servía como introducción a la demanda que pretendían presentar ante el Consejo de Estado y la Corte Suprema de Justicia. Este documento viene antecedido de una carta, llamada “lo que el Gobierno de Belisario Betancur NO quiso que se supiera”, reivindicando la toma y acusando al Gobierno por su respuesta descarnada, del 6 de noviembre de 1985. Además, existen una serie de cartas abiertas, al país, al Presidente, a la ONU, del M-19 en los días que siguieron la toma. Estos documentos son muy importantes para revelar los trazos de la tensión en torno a la legitimidad del Estado en el contexto de la toma del Palacio de Justicia. Más importante, estos documentos no muestran sólo una reivindicación política; también dejan ver el dolor por la pérdida de sus compañeros y la muerte de los magistrados, algo que ellos no esperaban.

Los trazos de este dolor se ven mejor en el libro de Olga Behar. Allí, el ambiente de celebración y expectativa anterior a la toma del Palacio de Justicia se transforma en el escenario de terror. Los guerrilleros comienzan a prepararse para la muerte, Clara Enciso recuerda una y otra vez los últimos momentos muy vívidamente, pero no entiende. En el Palacio, encerrada en el baño, escondida del avance del ejército y pensando en la muerte, Clara recuerda ya con nostalgia ese sueño roto en el que la toma iba a ser exitosa, que el pueblo saldría a las calles a acompañar el juicio político, y ellos entrarían a la Casa de Nariño en un ambiente de fiesta. Ese sueño roto es muy importante. En el *Razones de vida* y en *Bitácora de una Militante* hay un tema recurrente: el sueño por un mejor país. Es este sueño, más que un convencimiento ideológico concreto, es la explicación de la militancia en el M-19.

¹⁰ Archivo. Declaración comando Antonio Nariño por los derechos del hombre.

La fiesta en la que el M-19 se imaginaba la toma del Palacio de Justicia, el “sancocho nacional para arreglar el país” del que hablaba Jaime Bateman¹¹, y esos deseos, a veces poco claros, sobre el país tienen que ser tomados en serio. En este trabajo los tomaré como parte de las razones para la militancia. Es decir que harán parte de la ideología del M-19, y de este modo podré entender mejor sus decisiones durante el desarrollo de los acuerdos de Corinto, su rompimiento y, sobre todo, la toma al Palacio de Justicia. Este es el centro de la tensión sobre la legitimidad del Estado y la inspiración guerrillera del M-19.

El duelo y los homenajes rendidos a los guerrilleros muertos durante la toma del Palacio de Justicia es otro evento que hay que analizar con cuidado. Durante los días en que se siguieron, el texto que antecede la declaración del comando Antonio Nariño del que ya hablé honra la memoria de los guerrilleros muertos, y el diario la Jornada, de México, reporta que al año de los eventos el M-19 intervino la radio para recordar a los guerrilleros muertos. Después de esto, los homenajes y las recordaciones se fueron apagando. La importancia de la toma al Palacio y el honor que significó para los elegidos contrasta con la poca notoriedad de los guerrilleros muertos en los homenajes. Esto llama más la atención porque el M-19 se centraba bastante en la personalidad de sus líderes, como Jaime Bateman, Álvaro Fayad y Carlos Pizarro. Rastrearé los trazos en los homenajes a los guerrilleros muertos, para encontrar la diferencia entre estos líderes notables y recordados y el silencio en torno a los que murieron en el Palacio de Justicia. Esta comparación continuará con las autobiografías de Vera Grabe y María Eugenia Vásquez, en la que el regreso a la vida civil significó también la oportunidad para hacer duelo a sus compañeros. A través de estos trazos comprenderé la particularidad de la toma al Palacio de Justicia dentro de las acciones armadas del M-19, una que está en el centro y que resume la importancia de los *sueños por un mejor país* dentro del proyecto ideológico de esta guerrilla.

¹¹ Entrevista realizada por Ramón Jimeno a Jaime Bateman, Publicada en 1984 en *Oiga Hermano*.

El M-19 y la invención del diálogo nacional

Luego de varios años de intentos y reuniones fallidas, el 24 de agosto de 1984 el M-19, junto con el Partido Comunista M-L y su grupo armado, el EPL, firmaron un cese al fuego. Este cese al fuego se conoció como los acuerdos de Corinto, por el municipio donde se firmaron, al norte del departamento de Cauca (aunque los acuerdos se firmaron conjuntamente en El Hobo). Este cese al fuego tendría una duración de seis meses, inicialmente y se prestaba como un requisito previo para dar lugar a un gran *diálogo nacional*, en el que harían parte el Gobierno Nacional, el Ejército, los partidos políticos, la Iglesia católica, representantes de los sindicatos y de los grupos empresariales. Luego de acciones armadas de parte y parte, y en especial luego del asesinato de Carlos Toledo Plata y del atentado contra Antonio Navarro Wolff, en junio de 1985 el comandante del M-19, Iván Ospina, declaró que el Gobierno había roto la tregua y en consecuencia el grupo volvería a realizar acciones armadas. El 6 de noviembre de 1985, cinco meses después del fin de la tregua, el M-19 asaltó el Palacio de Justicia, en un intento por sentar en un juicio al entonces Presidente Belisario Betancur, precisamente por el fracaso de los acuerdos de Corinto.

En el año largo que va desde la firma de los acuerdos hasta la toma del Palacio de Justicia, el tema recurrente en las conversaciones entre el Gobierno y el M-19, y en sus acciones políticas y militares fue el *diálogo nacional*, este es el tema central en esta guerrilla. Se trata de una idea compleja, que se moviliza para caber en la coyuntura política y militar del grupo armado. Por esta razón, este concepto permite explorar las tensiones al interior del M-19, lo que hace a esta guerrilla tan única en el contexto del conflicto armado colombiano. Estudiar de cerca esta idea de diálogo nacional permite entender mejor las acciones militares del M-19, tan sorprendidas y extrañas, con ese tono de espectáculo y publicidad. Hay otro elemento importante, una consecuencia, de esta idea de diálogo nacional: fue muy exitosa a la hora de granjearse apoyos de simpatizantes y nuevos miembros, al tiempo que sirvió para mantener la unidad de una guerrilla en la que sus miembros tenían trayectorias muy distintas.

En este capítulo me centraré en los orígenes del M-19, la diversidad de orígenes de sus miembros, y su relación con la Anapo. Estos orígenes permitirán comprender de dónde viene

la idea de diálogo nacional. El M-19 nació en 1974, en un contexto enrarecido, pero el *diálogo nacional* es de 1980, en el marco de la toma de la embajada de República Dominicana. Son seis años entre el nacimiento del grupo y el nacimiento de la idea que defenderían en adelante. Mientras tanto, era la búsqueda de rumbo, bajo la influencia de Jaime Bateman, fundador y gran influencia de la guerrilla, héroe guerrillero en los términos de Mario Aguilera (2003). Estos seis años de diferencia marcan una pregunta muy importante: ¿qué moviliza la decisión de tomar las armas? Esto no desaparece completamente después de 1982, como pretendo mostrar, por la dificultad de comprender qué es el diálogo nacional.

El M-19 en su nacimiento estaba sustentado en un impulso para tomar las armas, en una ideología vaga, imprecisa y difícil de explicar para sus miembros. La existencia de este impulso y, más todavía, el éxito de este impulso es algo que necesita explicación, sobre todo cuando ocurre en ausencia de un proyecto ideológico concreto, e invita a preguntarse por sus condiciones sociológicas. Siguiendo la propuesta de Luna (2006), la respuesta se debe encontrar en el contexto, y en la historia de vida de los miembros de la guerrilla. Vera Grabe había sido enviada para buscar apoyos en la Universidad Nacional y ganar reclutas para la organización. Era una de sus primeras misiones en el M-19, así lo recuerda: “Cuando me preguntaron qué proponía, solo atiné a echarles el cuento de la lucha armada urbana, contra el imperialismo y la oligarquía, por la unidad y el pueblo. Sí, eso está bien, comentaron, pero, ¿qué más? Ni idea, quedé mustia. Muchas gracias, muy amable su oferta, pero dejémoslo para luego. Qué fracaso... En ese momento no había de dónde sacar más, quien llegaba al Eme lo hacía por ganas de hacer algo, dispuesto a ir construyendo, porque no había verdades hechas. Era una historia en borrador, una hoja por llenar. Esto era una ventaja. Una inmensa oportunidad. Pocos entendían qué pretendíamos, y creo que la mayoría de nosotros no tenía esa película del todo clara”¹².

Ganas de hacer algo, dice Grabe, ir construyendo algo. Bajo la inspiración de Jaime Bateman, este tipo de lenguaje persistiría, aún luego del desarrollo de la idea de diálogo nacional, como mostraré más adelante. Su éxito se debe a la explotación de una serie de circunstancias particulares en la década de los setentas, y que se extendería hasta los ochentas. En primer lugar, es una crisis del Frente Nacional. Esta crisis es estudiada por César Ayala (2006) a partir

¹² Vera Grabe. Razones de vida. Editorial Planeta, 2000. p. 74.

de las elecciones de 1970, precisamente en aquellas en las que Rojas Pinilla, de la Anapo, estuvo a punto de ganar. La Anapo recogió el desencanto con los dos partidos tradicionales, el Conservador y el Liberal, y sirvió de partido para recibir varias disidencias de lado y lado. Por otro lado, es un contexto de rápida urbanización, y de aumento en la cobertura de la educación. También llegó al país una gran influencia de las revoluciones cubana y nicaragüense, en la que la inspiración ideológica se combinó con el poder de los símbolos, en especial todo lo que encarnó el símbolo del Che Guevara, el culto a su personalidad. Hay otro punto importante que destaca Ayala; el populismo entonces no fue encarnado sólo por la Anapo. Belisario Betancur también hacía parte del populismo, tercermundista, como lo llama Ayala (2006). Por otro lado, este periodo vio el crecimiento de una serie de personajes importantes, intelectuales, que en el ámbito universitario, dan fuerza a una voz populista, que no cabe en el bipartidismo del Frente Nacional. Entre estos personajes destacan Mario Arango Jaramillo, y su influencia anti colonialista después de haber estudiado en la Universidad De Los Pueblos Pedro Lumumba, en Moscú. También Alberto Zalamea y Indalecio Liévano Aguirre cuyo discurso tenía más influencias hispanistas, reivindicadas como más cercanas a la identidad del país (Ayala, 2006, p. 21).

Este periodo es el que Ayala llama populismo polifónico, en el que la Anapo, de todos modos, era la voz principal. “El populismo integra alrededor de él otros elementos. Sus componentes dependen de las circunstancias históricas y culturales de los países donde emerja. Entre nosotros el nacionalismo ocupará un lugar especial. Los intelectuales que se expresaban en la Anapo intentaron el riesgo de generar y regenerar mitos de origen e integración” (Ayala, 2006, p. 22). Ayala ve el populismo como síntoma de algo más, de unas circunstancias históricas y culturales. En particular, el populismo “es además un fenómeno integrador ligado al proceso de conformación de la Nación” (2006, p. 22). La circunstancia es un crecimiento industrial y una enorme migración del campo a la ciudad. Los nuevos ciudadanos, así como los intelectuales de las universidades, que no vienen de ninguno de los partidos tradicionales, más autónomos, se encuentran con un sistema político en el que no caben.

El populismo en boga en ese momento no alude a un contenido ideológico preciso. La vaguedad de su contenido, la dificultad para explicarlo, la importancia de la retórica en su mensaje (el uso de metáforas, alegorías), y el énfasis en la diferencia entre ellos y nosotros

(pueblo y oligarquía, por ejemplo) no son defectos del populismo, sino expresiones de su contexto. Ernesto Laclau (2013) argumenta que esto es una expresión de toda la política: “Sólo en un mundo imposible, en el cual la administración hubiera reemplazado totalmente a la política y una *piecemeal engineering*, al tratar las diferencias particularizadas, hubiera eliminado totalmente las dicotomías antagónicas, hallaríamos que la “imprecisión” y la “simplificación” habrían sido realmente erradicadas de la esfera pública. En ese caso, sin embargo, el rasgo distintivo del populismo sería sólo el énfasis especial en una lógica política, la cual, como tal, es un ingrediente necesario de la política *tout court*” (Laclau, 2013, p. 33). Así, cuando me refiero a la propuesta del M-19 como vaga e imprecisa, no se debe tomar en su sentido peyorativo, sino como una característica que alude a las circunstancias históricas y sociales que posibilitan el populismo. También es una alusión, como lo explicaré más adelante, al recibimiento del M-19 en la década de los ochentas, en los medios de comunicación, entre la confusión y la simpatía.

Si populismo no se define por un contenido político concreto sino por el contexto en el que surge, entonces ¿de qué se trata? “tenemos dos formas de construcción de lo social: o bien mediante la afirmación de la particularidad (...), cuyos únicos lazos con otras particularidades son de una naturaleza diferencial (...), o bien mediante una claudicación parcial de la particularidad, destacando lo que todas las particularidades tienen, equivalentemente, en común. La segunda manera de construcción de lo social implica el trazado de una frontera antagónica; la primera, no. A la primera manera de construcción de lo social la hemos llamado lógica de la diferencia, y a la segunda, lógica de la equivalencia. Aparentemente, podríamos llegar a la conclusión de que una de las precondiciones para el surgimiento del populismo es la expansión de la lógica de la equivalencia a expensas de la lógica de la diferencia” (Laclau, 2013, p. 104). Es decir, el populismo se sustenta en una lógica totalizadora que borra las diferencias, pretende homogeneizar y hacer del *pueblo* la única identidad posible. Esto, por supuesto, implica una tensión, precisamente porque todo significado ocurre a través de una diferencia. Más adelante, cuando discuta las tensiones de la idea de diálogo nacional en el M-19, volveré sobre esto.

La voluntad *de hacer algo* a la que se refiere Vera Grabe para explicar sus propios inicios en el M-19 es sumamente importante, y hace parte del recurso retórico impreciso, sí, pero capaz de movilizar una gran cantidad de significado. Para Pizarro Leóngomez (1996), la voluntad es la

explicación central para el nacimiento de una guerrilla: “las guerrillas latinoamericanas de los años sesenta emergieron, ante todo, como resultado de una decisión subjetiva en un contexto histórico y cultural apropiado” (1996, p. 27). Para Leóngomez, ese contexto histórico favorable es uno de revoluciones en la región, en un contexto de dominio comunista en la Unión Soviética y China, fundamentalmente. “Los grupos guerrilleros que surgieron bajo el impacto de la Revolución Cubana o de la ruptura chino-soviética nacen de una decisión política, en un contexto sociocultural e ideológico favorable para asumir tales opciones” (1996, p. 21). ¿De qué contexto sociocultural se trata? Para toda la región, es el foquismo, es decir, la influencia directa del Che Guevara: “No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas” (Citado en Pizarro Leóngomez, 1996, p. 29).

El foquismo implica una inversión en los términos dentro de las posturas comunistas, de los revolucionarios profesionales –políticos, ellos- de Lenin, a la primacía de las armas en el Che Guevara y en adelante las guerrillas en América Latina. En su vocación de lograr una teoría comprensiva, explicativa de un fenómeno complejo, Leóngomez unifica la diversidad de las circunstancias políticas y sociales en América Latina por la influencia del foquismo. Luego pasa a explicarlo, a partir de un análisis hermenéutico del marxismo y de la formación del partisano desde Lenin y la revolución bolchevique. De este modo, parece que el foquismo fuera una doctrina única, que fue recibida, además, de igual manera en todos los países en América Latina donde se conformó una guerrilla. Leóngomez no dedica espacio a entender la recepción de estas teorías en los diversos contextos, ni a lo largo del tiempo, luego de la revolución cubana y nicaragüense.

Esto, precisamente, es lo que critica Luna Benitez (2006) de la teoría de Pizarro Leóngomez: “Nada nos dice Pizarro de los tiempos de llegada y de confluencia de esos elementos hasta formar esa ideología revolucionaria que, según él, conduce al voluntarismo impulsor de las guerrillas. Ni siquiera un indicativo de las fechas de publicación, de traducción y de circulación de los libros que les sirven de soporte, aunque sabemos que esa no es la única vía de difusión y de apropiación de las ideas. En principio pensamos que esas temporalidades fueron distintas para cada país” (Luna Benitez, 2006, p. 161). La crítica no sólo apunta a una falta de análisis, sino que este tipo de generalizaciones atacan la propia tesis de Pizarro Leóngomez: “Dada la

naturaleza de los tres elementos, el llamado contexto sociocultural latinoamericano queda reducido a una subjetividad de carácter ideológico general, que compite fuertemente en el texto de Pizarro con su llamado a considerar las condiciones nacionales” (Luna Benitez, 2006: 162).

El caso del M-19 es un buen ejemplo para ilustrar estas críticas. Sin un marco ideológico que sea eminentemente marxista, ortodoxo en alguna manera, no es posible buscar la existencia de “causas estructurales” ni del foquismo. La teoría de la dependencia aparece en la ideología del M-19, aunque lejanamente. A través del discurso nacionalista y la oposición al imperialismo yanqui, que fue tan importante en los inicios del grupo. Sin embargo, el énfasis nacionalista se desdibujará más adelante, en favor de la idea de diálogo nacional. Lo que queda es el impulso por tomar las armas, Siguiendo el consejo de Luna Benítez (2006) de estudiar los grupos guerrilleros en su contexto histórico, en vez de considerarlos estables en el tiempo, el M-19 no se adapta a las categorías de Pizarro Leóngomez. Aquí, el hueco en los tipos ideales de Pizarro Leóngomez revela la particularidad del M-19 en el contexto armado colombiano, su extrañeza y, precisamente, el interés para estudiarlos.

La idea de Luna (2006) es más adecuada. El contexto de violencia es el de una *continuidad* del conflicto; continuidad no como una linealidad del conflicto entre la Violencia y la década de los ochentas, sino como una inercia violenta que origina, con el tiempo, nuevos contextos de violencia política. “Aquí asociamos a las guerrillas con contextos de violencia diversos. Esta alternativa no debe confundirse con una idea de encasillar la violencia guerrillera dentro de una continuidad de la violencia de los años 50. Las guerrillas representan otros sentidos de la violencia política, generados en contextos diferentes y por lo tanto con rupturas con aquella” (Luna Benitez, 2006, p. 175). En ese punto entre continuidades y rupturas están las guerrillas. Su éxito consiste en hacerse un lugar en el conflicto, abrir nuevas posibilidades, ya sea militares o políticas. “el M-19 atraviesa desde 1974 distintas fases, definidas por tipos de acción y cambios de estrategias impulsados en su interacción con actores institucionales e ilegales. Son fases asociadas a contextos de violencia guerrillera, el de los años 60 y el que va de fines de los 70 a mediados de los 80” (Luna Benitez, 2006, p. 181). Un punto importante es el de la continuidad: el contexto de violencia actual revela trazos de sus posturas anteriores, de modo que, ocurren tensiones.

Esta inercia es el contexto político y social del “esfuerzo voluntarista”, según la expresión que usa Pizarro León Gómez para señalar la simple decisión de tomar las armas, de organizar una guerrilla. La inercia también explica la permanencia en el grupo armado, la búsqueda de nuevos espacios, y de los cambios en la ideología para permanecer allí. Sin esta inercia, sin este contexto, el esfuerzo voluntarista queda sin explicación, más allá de la subjetividad del individuo.

Este capítulo se estructura a partir de: los orígenes del M-19, de la mano de Jaime Bateman y una relación turbulenta con la Anapo, así como la llegada de varios cuadros provenientes de otras guerrillas o de personas, como Vera Grabe o María Eugenia Vásquez, para quienes el interés político ya se había tornado hacia la lucha armada. Por otra parte, las tensiones que están en el centro de la ideología del M-19, producto en parte de la diversidad de orígenes; finalmente, en la tercera parte analizo la llegada del *diálogo nacional*, y allí la condensación de estas tensiones.

Orígenes

El nombre del grupo guerrillero M-19 alude a las elecciones del 9 de abril de 1970, en las que resultó ganador el candidato conservador Misael Pastrana, en lugar de Gustavo Rojas Pinilla, candidato de la Alianza Nacional Popular, Anapo, en medio de acusaciones de fraude. La Anapo llevaba desde su fundación en 1961 reuniendo disidencias de distintas corrientes, aglutinadas en una idea nacionalista y populista. Tras la derrota en las elecciones, se unen en un proyecto los Comuneros, liderados por Jaime Bateman y un grupo de radicales anapistas. La suma de estos dos grupos es el origen del M-19 y marca desde su inicio esa marca doble de populismo y lucha armada. Jaime Bateman había sido expulsado de las Farc en 1970, y siguió impulsando su proyecto de insurrección urbana con el nombre de Comuneros.

Comuneros no estaba compuesto por la disidencia de Bateman en las Farc. No había una estructura orgánica, centralizada, ni giraba en torno a la formación de una guerrilla. Tanto Vera Grabe como María Eugenia Vásquez llegaron al M-19 a través de esta organización, sin saberlo, como puede leerse en sus biografías. Sus recorridos para llegar al M-19 son similares. Una sensibilidad política, inspirada en la imagen del Che Guevara y el triunfo de la Revolución

Cubana, que creció en el ambiente del movimiento estudiantil altamente politizado de la Universidad Nacional en Bogotá, donde ellas participaron. Este movimiento estaba fragmentado en varias ortodoxias: marxistas leninistas, trotskistas, maoístas, guevaristas... y ellas no encajaban en ninguno. María Eugenia Vásquez lo describe así: “Era cosa de nunca acabar. Cada criterio era una sigla y cada sigla un grupo político distinto que no se entendía con los demás. La izquierda universitaria de los setenta se partía en trocitos diminutos”¹³. Más bien, su interés estaba menos en los debates ideológicos, casi hermenéuticos, del comunismo de entonces, y más impulsadas por las ganas de *hacer algo*, como lo decía Vera Grabe. Esta crítica a los sectarismos en la izquierda se convertiría en una marca importante en el M-19 y parte del éxito a la hora de reclutar y ganarse apoyos de la población de clase media urbana.

Vera Grabe participó indirectamente en la preparación militar de la primera acción armada del M-19, antes de saber incluso el nombre del grupo. Ella hizo inteligencia en la Quinta de Bolívar. Mientras se encargaba de ese tipo de conspiraciones y de buscar bases en las universidades y, quizá nuevos reclutas, su relato pasa de largo un punto importante del M-19 en su nacimiento: la relación convulsionada con la Anapo.

En 1974, luego de su primera acción armada, el robo de la espada de Simón Bolívar, el M-19 reivindicó tanto su inspiración anapista como su inspiración guerrillera. Sin embargo, las relaciones de este grupo armado con la Anapo fueron complicadas desde un principio y revela las dudas internas del grupo guerrillero respecto a su lucha armada, a lo que esperaban obtener y a la manera como pensaban hacerlo, argumenta León Palacios (2012a). En 1974, ya una parte de la Anapo pertenecía al M-19, llevando a esa guerrilla la pluralidad de corrientes, y la reivindicación de unas elecciones robadas. Pero esto puso de frente una tensión para la Anapo entre lo legal y lo ilegal, y para el M-19 entre alcanzar el poder por la vía armada o la vía electoral. Para el M-19, la relación con la Anapo era instrumental: la guerrilla daría lugar a una insurrección de masas, con tinte nacionalista, que la Anapo convocaría y del que tomaría fuerzas (León Palacios, 2012a, p. 243).

La aparición de Bolívar en el M-19 es significativa. Simón Bolívar había sido un símbolo conservador, el héroe patrio sobre el que Laureano Gómez impulsó la “Cátedra Bolivariana”

¹³ Vásquez, María Eugenia. Escrito para no morir. Alcaldía de Bogotá. 2011. p. 93

en los colegios, en contraposición al liberalismo (Melo, 2008), es decir, con un proyecto antidemocrático, nacionalista y católico. “Al mismo tiempo, se hacen grandes esfuerzos para probar la compatibilidad del pensamiento del libertador, con excepción de sus extravíos juveniles enciclopedistas, con el catolicismo integrista y antidemocrático que se promueve desde el Gobierno” (Melo, 2008, p. 19). Por supuesto, esta visión de Bolívar, aunque hegemónica, no es la única. Melo (2008) recuerda las obras de Liévano Aguirre y Milton Puentes que, en los medios urbanos y universitarios de los sesentas, proponen un Bolívar que tiene cabida dentro de la lucha popular de América Latina. La llegada del símbolo de Bolívar al M-19 llegó por dos caminos. Por un lado, Bolívar hizo parte, junto con Jesús, del programa político de Rojas Pinilla. Por esta vía, Bolívar fue reinterpretado para adaptarse al proyecto nacionalista y populista de la Anapo. Esto habrá familiarizado sin duda a varios miembros de la Anapo que también lo fueron del M-19 a la figura de Simón Bolívar. Por otro lado, Jaime Bateman estuvo fuertemente influenciado por la obra de José Abelardo Ramos, *Bolivarismo y Marxismo*, publicado en 1969. La idea de esta obra era adaptar el socialismo a América Latina, por medio del nacionalismo, más allá de importar completamente otro modelo (León Palacios, 2012b, p. 107). Este es un antecedente del socialismo a la colombiana que será importante en medio de las relaciones conflictivas entre el M-19 y la Anapo. Sobre esto hablaré más adelante.

Su inclinación a la lucha armada o a ganar las elecciones democráticas variaba según los resultados armados o electorales. “Para el M-19, en sus inicios, era importante dividir la política entre “populistas” y no populistas, y evidentemente esa guerrilla no se consideraba entre los primeros (...) a los ojos del M-19, nacionalismo, populismo y revolución podían ser o no sinónimos, todo dependía de la posición del observador: si el M-19 dirigía a los nacionalistas, el nacionalismo era revolucionario; si dirigía a los nacionalistas, el nacionalismo era revolucionario; si dirigía a los populistas, el populismo era revolucionario; si no “populismo” y nacionalismo eran reaccionarios” (Palacios, 2012a, p. 245). Esto hizo complicada su relación con la Anapo, al vaivén de los resultados electorales. Si a la Anapo le iba bien, entonces la vía electoral era la adecuada; si no, entonces era un error adoptar solo la vía pacífica. Esta ambigüedad entre vía electoral y vía armada no marca solo la relación con la Anapo, sino también es el marco interpretativo de todas las acciones políticas y militares del M-19.

Eso fue lo que sucedió tras la derrota electoral más tarde en 1974. María Eugenia Rojas perdió las elecciones, y la representación anapista se redujo enormemente en el Congreso. Como consecuencia, el M-19 publica una carta extensa, dirigida al “pueblo colombiano”, en la que afirma que la derrota de la Anapo a haber insistido en la vía legal después del fraude electoral 4 años atrás, lo que había desilusionado a las masas: “Hasta ahora no sabemos qué causó más desconcierto y estupor en las masas, si el robo de los elecciones o la mansa actitud del resignado General Gustavo Rojas Pinilla”¹⁴. Por eso llamaba a una reestructuración radical del partido. Criticaba en especial el culto a la personalidad de Rojas Pinilla, el caudillo, y el discurso del socialismo a la colombiana que promovía María Eugenia Rojas. Esto es interesante, porque el M-19 crecería después a través de un culto a la personalidad de Jaime Bateman, de sus expresiones y manera de ser. Por su parte, la crítica al “socialismo a la colombiana” queda en medio de una propuesta extraña; socialismo sólo hay uno, dicen, la alternativa verdadera, la alternativa histórica está entre capitalismo o socialismo”¹⁵.

Por otra parte, afirma que “[l]a clase popular de Colombia (...) no cabe en los estrechos esquemas organizativos en que la han querido aprisionar algunos revolucionarios”, para proponer en consecuencia “una organización política que en la férrea inflexibilidad de algunos pardos revolucionarios, supere radicalmente la espantosa precariedad organizativa de la Anapo actual. Se trata de armar, con la participación de todos los anapistas, una estructura política de fácil acceso para todas las clases y sectores explotados del país”. El rechazo al socialismo a la colombiana ocupa ahí un lugar extraño, entre un único socialismo y la invitación a integrar a todos los sectores del país, contribuyendo a las relaciones paradójicas del M-19 con la Anapo. Curiosamente, ese “socialismo a la colombiana” que atacan pasaría a ser la puerta de entrada, como explicaré más adelante, a la propuesta del *diálogo nacional*.

La reestructuración, proponía el M-19, consistía en incluirse con personas de otros movimientos, como una forma de evitar los dogmatismos. El M-19 quería hacer de la Anapo un frente abierto a otras organizaciones y corrientes. Por esta razón, la crítica al socialismo a la colombiana es más desconcertante, porque su defensa de un solo socialismo hace parte del dogmatismo que querían criticar. Respecto a la estrategia del M-19, en relación a esa suma de

¹⁴ Archivo M-19. Carta a María Eugenia. 1974.

¹⁵ Archivo M-19. Carta a María Eugenia. 1974

de fuerzas en la que planean convertir a la Anapo, se debate entre la lucha armada y la vía electoral. Comienza diciendo que en el sistema legal “burgués” no caben los intereses de las clases explotadas, para justificar la lucha armada. Sin embargo: “No hemos dicho que la única vía para la revolución sea la acción armada. No hemos pontificado sobre dónde debe operar el núcleo central de la acción insurreccionada si en la ciudad o en el campo. No hemos afirmado que participar en el proceso electoral sea hacerle el juego al sistema”¹⁶.

Tras la publicación de esta carta y de otros intentos del M-19 de cooptar a la Anapo, y después de la muerte de Rojas Pinilla en el 75, los miembros del partido que pertenecían a la guerrilla fueron expulsados, así como María Eugenia Rojas se desmarcó de ellos. En 1976 declaró en el diario El Tiempo: “Nosotros siempre hemos condenado todo acto de delincuencia (...) los integrantes de ese grupo han querido usurpar el nombre de Anapo”¹⁷. A partir de este momento, el M-19 tomó un camino aparte, profundizando las tensiones del grupo que se habían iniciado desde su fundación y su ambivalente relación con la Anapo (León Palacios, 2012a).

Más allá del desorden, tanto en la estructura como en la postura ideológica del M-19, en sus primeros años su búsqueda de un frente amplio y sus disputas con la Anapo revela el nuevo contexto de violencia al que apuntaban, la manera de direccionar la inercia de violencia de la que venían y en la que se inspiraban, en parte. Echaban mano de varias corrientes de forma poco coherente, pero que se ajustaba a los ideales de sus miembros y a la impronta de Jaime Bateman en el grupo, su personalidad y su encanto. El nacionalismo, el populismo, el socialismo (el socialismo ortodoxo, “el socialismo a la colombiana”), el fin del Frente Nacional, e incluso el impulso *de hacer algo* por el país hacen parte de un repertorio general que sirven para ofrecer una opinión respecto a temas coyunturales en el país, desde la deuda externa, la situación de derechos humanos, o la extradición, al tiempo que ofrece un discurso en el que el uso de las armas está sustentado. Esto implica una serie de tensiones que definirán a largo plazo la postura del M-19, entre una defensa de la democracia y del Estado de Derecho y del uso de armas contra ese Estado y ese sistema, al que consideraban ilegítimo porque capturado por la oligarquía.

¹⁶ Archivo M-19. Carta a María Eugenia. 1974.

¹⁷ Diario El tiempo, 1976, citado en León Palacios (2012a, p. 253)

Tensiones

Desde sus inicios, el M-19 atrajo mucha atención mediática. Fue consecuencia de la campaña de expectativa que lanzaron en los periódicos, como si de un producto de limpieza se tratara: “¿Gusanos? ¿Parásitos?... espere M-19”. Pero el éxito venía también del estilo de esta guerrilla: urbana, cuando las demás eran primordialmente rurales; tomando un símbolo entonces novedoso en la lucha armada, Simón Bolívar; y con un estilo de lucha que llamaba más al espectáculo, al impacto mediático, que a la dinámica de una estrategia militar. Llegaron con un discurso socialista, oligarquía, “minorías gobernantes”, clases oprimidas, imperialismo yanqui, pero no se parecía a las otras guerrillas en el panorama colombiano. Su énfasis estaba en otro lado: por la liberación de los presos políticos y el fin del estado de sitio. Esto decía Jaime Bateman en entrevista con Consuelo Araujo Noguera en 1980: “Depende. Si la amnistía va al fondo del problema... ¿cierto? Depende. Porque el problema no es liberar a unos guerrilleros... ése no es el problema. El problema son las oportunidades de mejorar las condiciones sociales del país. Sí; y estamos haciendo las cosas porque nos vemos obligados a ello, pero si hay una apertura democrática, que es lo que queremos, indudablemente las cosas y las tácticas cambiarían”. Mientras aquí Jaime Bateman deja entrever que su fin es la apertura democrática, en otras circunstancias el M-19 insiste en que las armas son la única vía. Esto es una constante desde su lema: “con las armas, con el pueblo, al poder”, y que reafirma Fayad, cuando dice en 1986 que “solamente la resistencia militar y solamente la victoria militar abre espacios políticos en Colombia”. Aquí se revela la tensión más importante al interior del M-19: entre la inspiración guerrillera y su voluntad democrática. Esta tensión sigue a lo largo de la existencia armada de la guerrilla, parece anularse a favor del uso total de las armas, en el periodo anterior a la toma del Palacio de Justicia, pero es el motor, la justificación de esa acción armada.

Esto hace al M-19 una guerrilla única en el panorama político y militar del país, durante la década de los ochentas. A diferencia de otras guerrillas en Colombia, el M-19 no quería llegar al poder con las armas, o al menos no es el centro de su propuesta; las armas no tenían utilidad sólo militar. A diferencia de otras guerrillas, las acciones armadas del M-19 no se entienden sólo dentro de las dinámicas de estrategia militar, sino que están encaminadas a un impacto político, a presionar su agenda de diálogo nacional y apertura democrática. Por ejemplo, Jaime

Bateman decía, en entrevista con Consuelo Araujo Noguera que: “nosotros siempre hemos partido, dentro de nuestra concepción de las acciones militares, del presupuesto de que no puede haber una acción militar que no tenga incidencia política ¿cierto? Eso para nosotros es sagrado. Las acciones militares, las armas, los carros, los tiros... no tienen ninguna significación si no van unidos a un proceso político”. El uso de las armas queda supeditado a esos logros políticos, aunque sean inspirados por un vago activismo, por unos sueños para el país. Con el tiempo, las armas pasarán a ocupar un lugar más importante en su acción política; el uso de las armas se convierte en el único medio de acción política. Este es el contexto de violencia del M-19 al que se refiere Luna (2006, p. 183) llevar el conflicto a la ciudad también implica ponerse en el centro político del país. Más importante aún, sus acciones, más por el impacto político y espectacular que militar, posicionaron a la guerrilla, al punto que el Gobierno perdió la iniciativa, tanto en el campo militar, como en el campo político, en la negociación.

La búsqueda del centro político del país, combinada con el tono publicitario de sus acciones, llevaron al M-19 a una relación especial con los medios de comunicación. Por un lado, hacían parte de la ecuación de las acciones de la guerrilla. Tenían que hacerse notar para funcionar, más allá de una utilidad en el terreno militar. Por eso solían enviar comunicados a los medios con sus discursos a la ocasión de sus acciones militares o para hacer declaraciones a propósito de temas coyunturales. Notablemente, el M-19 envió una serie de comunicaciones con varias exigencias a los medios de comunicación el 5 de noviembre de 1985, día de la toma al Palacio de Justicia. También ofreció varias ruedas de prensa, más o menos clandestinas (siguiendo los hábitos de la conspiración) y tomó contacto, a veces en operaciones muy parecidas al secuestro, con varios periodistas reconocidos para hablar en largo. Jaime Bateman se entrevistó con Pacheco, con Germán Castro Caycedo, con Consuelo Araujo Noguera, con Julio Sánchez Cristo y con Patricia Lara. Los medios de comunicación dieron un cubrimiento especial, más allá de la publicación de las entrevistas, o de pequeñas notas sobre las notas de prensa del M-19 (aunque no los reproducían completos). Es decir que el proyecto del M-19 de ponerse en el centro político del país no se hizo solo a través de las acciones armadas; su estrategia frente a los medios de comunicación era buscar entrevistas, reportajes, enviarles comunicados de prensa, y más adelante, ordenar que publiquen su demanda armada y que sirvan a su espectáculo de la toma al Palacio de Justicia.

El cubrimiento de los medios de comunicación revela una mezcla de atracción y curiosidad por el M-19; los periodistas no sabían dónde poner a esta guerrilla, explicar su propuesta. De hecho, esto es una pregunta que sale constantemente en las entrevistas a Jaime Bateman. La atracción es ambigua, es decir, no implica que los medios apoyaran al M-19. Van Dijk (1994) estudia el discurso en los medios de comunicación, como una forma de revelar la *cognición social* de la sociedad. Van Dijk entiende por esto una serie de conocimientos compartidos por los miembros de dicha sociedad: “para mí la cognición es también algo social, tanto como lo son las actuaciones de la gente y los pensamientos; los conocimientos que la gente tiene son esquemas sociales que resultan de lo que las personas comparten con otras” (Van Dijk, 1994, p. 58). El interés de Van Dijk, el objetivo de su *Análisis crítico del discurso* es “saber cómo el discurso contribuye a la reproducción de la desigualdad y la injusticia social determinando quiénes tienen acceso a estructuras discursivas y de comunicación aceptables y legitimadas por la sociedad”. (1994, p. 8). Aunque el objetivo de mi investigación no es precisamente ese, su método da pistas para comprender lo que significa ese encanto de la prensa con el M-19.

De paso, el análisis de Van Dijk daría a entender que los medios de comunicación manipulan la información, y que esto ocurriría de forma vertical: lo que ellos dicen, es apropiado. “Toda esta información puede influenciar el modelo, pero cuando se repiten continuamente, y si no hay contra-información, estas opiniones se convierten, se generalizan en una actitud común. Experiencias científicamente probadas muestran que después de un número repetido de noticias en el periódico, la gente tiende a construir el tipo de prejuicios generales que en ellas se expresa. Con sólo dos artículos para constatarlo es suficiente, no se necesita ni siquiera la repetición del mismo artículo” (Van Dijk, 1994: 81). Sin embargo, hay que matizar esta afirmación, y darle más poder a la reacción de las personas, que no se forman sus imágenes sólo de los medios de comunicación. La cognición social tiene espacio para los desacuerdos y esto es muy importante.

Ahora bien, para que la lectura de un texto tenga sentido, quien lee debe compartir una serie de valores. “Tengo una idea global sobre lo que pasó, aunque muchos de los aspectos que allí intervienen no aparecen en la noticia y esta noticia es completada por las informaciones que poseo en el modelo, como por ejemplo: «un carro tiene ruedas, tiene una velocidad, y un

conductor», todas estas informaciones que hacen parte de nuestros conocimientos generales, sociales y culturales 'son las que conforman el modelo. Poseemos una representación, un esquema de accidente que se activa al leer una noticia". (Van Dijk, 1994, p. 65). Esto es relevante porque implica que hay varios niveles de interpretación de los textos. Hay un nivel sintáctico, en el que el lector descifra el texto pensando en el orden de las palabras y su valor gramatical. Además, hay un orden semántico en el que el lector lo relaciona con sus propias experiencias, con el contexto y sus expectativas de lo que lee. (Cassany, 2017).

Así, se puede esperar que hay ciertos conocimientos compartidos entre el lector y el escritor, que permiten que el texto tenga sentido allí. El M-19, por supuesto, era una guerrilla, y una muy peligrosa, y al tiempo, encantadora. En concreto, Jaime Bateman, con su inteligencia y su manera de hablar, tiene elementos de un ser mítico. La introducción de la entrevista que Bateman concede a Consuelo Araújo Noguera es así: "Pero si uno recibe un día cualquiera una carta firmada nada menos que por el jefe máximo de la organización guerrillera que tuvo al país en jaque con la toma de la Embajada y que ahora mismo lo tiene a la expectativa con el debate del proyecto de amnistía..., y si esa carta –amable, cordial, respetuosa- contiene una invitación para ir a la fuente misma donde ahora está una de las noticias más trascendentales del momento... y si uno se la ha pasado haciendo o tratando de hacer un periodismo de investigación (...) y decide entonces que sí. (...) Cuando un poco más tarde de las 8 a.m. y varias cuadras más arriba del edificio donde vivo me embarqué en un carro con esos tres tipos que me salieron al paso sonriendo y uno de los cuales me dijo: "tranquila Cacica, nosotros somos", y yo iba pensando en mis hijos..."¹⁸. Más allá de la estructura sintáctica de la narración, queda clara la seducción que causa el encuentro con Jaime Bateman. Esta introducción, en la crónica de Consuelo Araújo no es sólo informativa, sino *literaria*, quiero decir que busca involucrar al lector, atraparlo para el resto del texto. Y esto implica que los lectores, en esa época, compartían esos valores: es decir, el encanto con el M-19. Esto no quiere decir que el encanto se traduzca automáticamente en apoyo: también debe compartir la consternación sobre el proyecto político del M-19. Precisamente la primera pregunta de Consuelo Araújo (algo que, como explicaré más adelante, es bastante común) revela la dificultad de enmarcar al M-19 en el panorama de las guerrillas en Colombia: "¿Qué es

¹⁸ Araújo, Consuelo. Confesiones de Bateman. Grandes reportajes de la Cacica. El Espectador. 15 de noviembre de 1980.

concretamente, ¿qué busca y para dónde va exactamente el M-19?”¹⁹. En todo caso, la relación con los medios, sea por el encanto, sea por la curiosidad, fue muy útil para poner al M-19 en el centro político del país, como lo esperaban. Los medios de comunicación hicieron parte del proyecto del M-19, entonces.

Hay otra característica del M-19 que la diferencia del resto de guerrillas en Colombia durante los ochentas. Se trata de su relación con el comunismo. Como ya había dicho, Jaime Bateman venía de las Farc, y su grupo Comuneros fue uno de los primeros integrantes del M-19 en 1974. A lo largo del tiempo, se fueron sumando más disidentes de las Farc, así como de otras guerrillas, como el ELN y el EPL. Además, usaban un lenguaje que se prestaba a ser interpretado como comunista, en especial en tiempos de la guerra fría: oligarquía, explotación, imperialismo yanqui, capitalistas, etc. Sin embargo, no se reivindicaban comunistas, no a lo largo de la década de los ochentas. El M-19 termina su declaración sobre el robo de la espada de Bolívar llamando “por una Colombia socialista, con el pueblo, con las armas, al poder”. También hace parte del primer programa de cuatro puntos que tuvo el M-19, antes del robo de la espada de Bolívar. Vera Grabe, que hizo parte del grupo desde su fundación, los recuerda así: “uno, lucha contra la oligarquía, por la liberación nacional, hacia el socialismo; dos, rescate de los valores nacionales; tres, apoyo al campo socialista, sin distinciones; cuatro, unidad guerrillera; cinco, combatir actitudes como el sectarismo y el dogmatismo, que al país y a la misma revolución le hacían tanto daño”²⁰. El llamado al socialismo se mantuvo hasta que la relación entre el M-19 y la Anapo se rompió definitivamente, en 1976²¹.

Sin embargo, el socialismo al inicio de los M-19 tenía más bien un discurso nacionalista, que es la inspiración misma del robo de la espada de Bolívar, y no una propuesta claramente socialista; no existen reivindicaciones por la eliminación de la propiedad privada, ni hablan de la inspiración de los símbolos del comunismo, Mao Tse-Tung, Vladimir Lenin, Karl Marx, ni Fidel Castro. Sólo aparece Simón Bolívar, como un símbolo nuevo en el panorama de las guerrillas en Colombia, y un discurso abierto por el pueblo. El énfasis cambió en 1982, cuando Jaime Bateman Cayón propuso el diálogo nacional para destrabar las negociaciones para la

¹⁹ *Ibidem*.

²⁰ Vera Grabe. *Razones de vida*. Editorial Planeta, 2000. p. 55.

²¹ Archivo M-19. *Revista Mayorías*. Anapo Socialista no es el M-19. 29 de abril de 1976.

liberación de los rehenes de la embajada de la República Dominicana. La combinación entre la inspiración comunista y la nueva propuesta de diálogo nacional, que fue sorpresiva, se convertiría en la marca del M-19.

El 27 de febrero de 1980, un comando del M-19 se tomó por asalto la sede de la embajada de República Dominicana, en Bogotá. Allí tomaron por rehenes a los embajadores de varios países que celebraban la fiesta de independencia de República Dominicana. Con esta acción política, el M-19 quería denunciar la situación de derechos humanos en el país y pedía también la liberación de los presos políticos. La toma comenzó en desorden porque uno de los guerrilleros, Rosemberg Pabón, se asustó con su reflejo en un espejo y disparó antes de tiempo²². Era una acción de la que esperaban un impacto político, más que uno militar. Las negociaciones se extendieron hasta el 25 de abril de 1980, cuando el Gobierno y el M-19 acordaron que el comando del M-19 y los rehenes viajarían a La Habana, donde los rehenes serían liberados y los miembros del M-19 tendrían asilo. El M-19 renunció a exigir la libertad de los presos, a cambio de abrir un *diálogo nacional*, con participación de todos los sectores del país. Esta propuesta de Bateman se convertiría en la marca del M-19, su reivindicación hasta después de la desmovilización.

A pesar de este cambio en la ideología del M-19, el lenguaje de usanza comunista fue conservado. La dificultad para leerlos no como comunistas, sino como “socialdemócratas” (como los llamaban las otras guerrillas) revela sus orígenes, la tensión entre guerrilla y democracia. En su biografía, *Razones de Vida*, Vera Grabe, que estuvo en el M-19 desde su fundación e hizo parte del comando general, describe así el paso: “Cuba recibió a los compas de la embajada. Vino la primera entrevista entre Fidel y Bateman, que fue amor a primera vista y significó romper el monopolio de la relación de Cuba con los comunistas y el ELN. Para ellos comenzar a apostarle a un grupo como nosotros, que no éramos comunistas, suponía enfrentar su propia ortodoxia. Porque, sin falsa modestia, fuimos perestroikos precoces al dar el paso de socialistas a demócratas a secas”.

El discurso del *diálogo nacional* derivó entonces desde el socialismo de sus inicios, y el primer punto de distanciamiento con las otras guerrillas. Se trata de una discusión respecto a lo que

²² Para un testimonio de primera mano, ver: Pabón, Rosemberg (1984). Así nos tomamos la embajada. Planeta.

ofrecían las teorías comunistas del momento para entender el país. Era un momento en el que las corrientes comunistas existían siguiendo el ejemplo de otros países: el ala soviética, el ala pro-China, el ala cubana, el ala albanesa, etc. En la entrevista que concedió Antonio Navarro Wolff en diciembre de 1985, poco después de la toma al Palacio de Justicia, en México, explica la relación del M-19 con el comunismo y la manera en que la democracia tiene cabida en su proyecto: “La verdad es que el análisis del proceso de paz marcó el énfasis en los sectores más dinámicos durante ese periodo. Pero el proyecto estratégico del M-19 reconoce la necesidad de un proyecto de nación que incluya a las mayorías: a los marginales y a los campesinos, a los obreros, a los sectores medios de la población, a la pequeña y a la mediana industria y aun a la gran industria nacional no monopolista, a los productores agrarios capitalistas no monopolísticos, a la religión y no sólo a la católica sino a las nuevas religiones que en Colombia son montones”²³. Esta necesidad, dice Navarro, viene porque quienes han promovido las reivindicaciones sociales, los que han dirigido el cambio, han sido de lo que llama él una pequeña burguesía, que en todo caso es un movimiento distinto a la concepción de los partidos leninistas de un proletariado organizado que demanda el comunismo. Por esa razón, las reivindicaciones de cambio social se han hecho a través de la democracia. “Pero la orientación estratégica de la política revolucionaria parte de la concepción que la democracia es revolucionaria, que la democracia no tiene el mismo origen que el liberalismo, que tiene una historia de contenido mucho más popular, y que los revolucionarios de América Latina la abandonamos en los últimos años para que la manejara la burguesía. La democracia es el elemento fundamental del revolucionario, más que el socialismo, pero creemos que democracia y socialismo no son conceptos contradictorios sino complementarios”²⁴.

La historia del paso de socialismo a la democracia detrás del diálogo nacional debe buscarse también en los orígenes de la guerrilla, no en los términos de su ideología, sino en su inspiración. Para esto, la formación política y la ortodoxia de su pensamiento son menos importantes que las expectativas de los integrantes de la organización. Aquí, la afirmación de Jaime Bateman en la entrevista con María Consuelo Araújo Noguera en 1982 cobra plena importancia: “nosotros siempre hemos partido, dentro de nuestra concepción de las acciones

²³ Jimeno, Ramón. Entrevista a Navarro Wolff . Enero de 1986. Archivo del M-19.

²⁴ Jimeno, Ramón. Entrevista a Navarro Wolff . Enero de 1986. Archivo del M-19.

militares, del presupuesto de que no puede haber una acción militar que no tenga incidencia política ¿cierto? Eso para nosotros es sagrado. Las acciones militares, las armas, los carros, los tiros... no tienen ninguna significación si no van unidos a un proceso político”. El M-19 es único en el panorama de las guerrillas en Colombia en que precisamente el impacto político es el centro de sus acciones. El llamado de atención de la situación en derechos humanos, la libertad de los presos políticos, la permanencia del estado de sitio, la explotación de petróleo, la extradición, todo tema de coyuntura entra entonces en la voluntad de impacto político del M-19. Y todos ellos, en su conjunto, aluden a algo menos concreto, el sueño de un país distinto. Se trata de una curiosidad política que, en las convulsiones de las décadas de los setentas y ochentas, tomó forma de brazo armado.

Esta fue la marca que dejó Jaime Bateman en el movimiento, y que sobrevivió después de su muerte, el 28 de abril de 1983 en un accidente aéreo. Fue este énfasis en los sentimientos políticos, más que en una posición ideológica clara, el que permitió que el M-19 aglutinara gente venida de varios partidos, de varias guerrillas, y de varias posiciones políticas. También es el sentimiento que le da forma a su idea del *diálogo nacional*. En este discurso, el culto a la personalidad de Jaime Bateman es bastante importante; su manera cotidiana de hablar, su sentido del humor, incluso en momentos críticos, marcaron la acción política y el éxito al reclutar soldados y simpatizantes del M-19. Antonio Navarro Wolff lo explicaba así: “Para nosotros era una cosa inicialmente incomprensible, porque uno, con mentalidad cartesiana, espera que sea la gente que va entendiendo el proceso la que se irá comprometiendo. Pero resulta que lo que decía Bateman es cierto: usted no tiene que ganarse tanto la mente de la gente, tiene que ganarse su corazón. Una vez que se ha ganado el corazón, empiece a ver cómo se va a ganar la mente. Primero tiene que despertar la pasión por la revolución, por la lucha, tiene que despertar la ilusión. Si le habla al corazón de la gente, a la pasión, conseguirá resultados muchísimo más eficaces y rápidos y concretos que si intenta educar en células a todo el mundo para que comprenda por qué es necesaria la revolución (...) A toda esa gente, ¿a qué la convoca usted? A una cosa medio mágica, audaz, novedosa, vital, que lo enamore”²⁵.

Esa cosa mágica, audaz, novedosa, tomó forma de *diálogo nacional*. La idea del *diálogo nacional* fue la manera en que Jaime Bateman condensó la seducción del M-19, la alusión a ensoñaciones,

²⁵ Jimeno, Ramón. Entrevista a Navarro Wolff . Enero de 1986. Archivo del M-19

que tuvo tanto éxito al principio. La militancia en el M-19 se trataba menos de afiliarse a una corriente específica de pensamiento y más a la voluntad de trabajar por el país. “Quien llegaba al Eme lo hacía por ganas de hacer algo, dispuesto a ir construyendo por que no había verdades hechas”²⁶, “pero el Eme no era para hombres y mujeres perfectos”²⁷, por eso no tenía el mismo régimen militar de obediencia que las otras guerrillas; “la magia estaba en la actitud, la simbología, el lenguaje y el cuento que acompañaba la acción. Se trataba de sacarles el máximo provecho a los recursos existentes, y sacar provecho consistía en desentrañar y dimensionar el sentido político y ético del pueblo”²⁸. No podían perder la conexión con “el pueblo”, por esa razón la acción militar del M-19 se centró en las ciudades, a diferencia de las Farc y el ELN, guerrillas principalmente rurales, con su centro de operaciones en medio de la selva al sur de Colombia. En ese discurso audaz, casi robinhoodesco, el diálogo nacional concentró ahí mismo las tensiones entre la inspiración de guerrillera y la inspiración democrática.

Esta cosa audaz y novedosa que se gana los corazones, además, está íntimamente ligada a la persona de Jaime Bateman, como parte de su ascenso como padre fundador, en los términos de Mario Aguilera (2003). Se trata de una personalidad central en la historia del grupo, mediante el cual se articula su propia ideología “Por lo general hay en esos relatos una mitificación del origen de cada grupo guerrillero y, en consecuencia, del padre fundador” (Aguilera, 2003, p. 10). La memoria del padre fundador, su historia personal y sus palabras sirven para justificar sus acciones. “En 1974, el M-19 retomó ese episodio [el posible fraude electoral en las elecciones en 1970] para proponer otra opción; en palabras de Jaime Bateman, se trataba de invitar al “pueblo” a que ejerciera “el derecho elemental de armarse para enfrentar a la oligarquía que le arrebató su triunfo mediante un vergonzoso fraude electoral” (Aguilera, 2003, p. 9). De este modo, el culto a la personalidad del padre fundador sirve de elemento aglutinador para el grupo guerrillero. Su ejemplo también crea unidad en el grupo y hace parte de su programa ideológico. “Es decir, el orden interno de la guerrilla no es resultado exclusivo de la disciplina militar propia de los aparatos de guerra sino también de una peculiar fantasía patriótica” (Aguilera, 2003, p. 25). En el caso del M-19, su éxito no es sólo militar; se trata,

²⁶ Vera Grabe. Razones de vida. Editorial Planeta, 2000. p. 74.

²⁷ Vera Grabe. Razones de vida. Editorial Planeta. 2000. p. 178

²⁸ Jimeno, Ramón. Entrevista a Navarro Wolff . Enero de 1986. Archivo del M-19

sobre todo de la capacidad para movilizar la idea del diálogo nacional, a través del culto de la personalidad de Jaime Bateman y su historia personal.

Además, ese discurso audaz, pensado en ganarse los corazones que es el diálogo nacional, dan un peso importante a la historia. Las alusiones históricas en el M-19 son muy importantes, la resignificación de Simón Bolívar, el Frente Nacional, el asesinato de Guadalupe Salcedo, etc. Esto es común en los grupos armados, como argumenta María Victoria Uribe, y una manera muy efectiva de fortalecer la unidad del grupo: “En ese sentido los mitos condensan lo afectivo, lo emotivo y lo cognitivo en un plano simbólico de gran intensidad. También pueden ser máscaras que ocultan realidades que deben permanecer encubiertas pues reflejan intereses y objetivos que no convienen con los fines que persigue el movimiento. En tal sentido suelen recubrir, recortar, distorsionar e incluso invertir los contenidos mismos de los procesos históricos”. (Uribe, 2007, p. 33). Los mitos, como los llama Uribe, también son parte importante del discurso, de lo que justifica la acción armada.

Diálogo Nacional

En 1986, en medio de todavía otros intentos de diálogos, Malcolm Deas escribió: “a pesar de toda esta publicidad, es difícil discernir los fines exactos del M-19, más allá de objetivos coyunturales como la liberación de la cárcel de miembros del movimiento. Se hace énfasis en el nacionalismo, pero este no se expresa en ningún programa concreto”²⁹. Por su parte, el M-19 se alimentó de miembros de la Anapo (que en sí mismo venía conformado por una variedad de disidencias conservadores, liberales y varios sectores de izquierda) y de otras personas que antes habían pertenecido a la guerrilla de las Farc. En el panorama de las guerrillas en Colombia, el M-19 es un caso especial, con una conformación y unos ideales provenientes de varios sectores, sin fines claros; una guerrilla especialmente urbana, dada a las acciones espectaculares que le garantizaran notabilidad, una sed publicitaria que Malcolm Deas describe como narcisista.

²⁹ Deas, Malcolm. Convulsiones de un proceso. Lecturas Dominicales. 4 de abril de 1985. Archivo del M-19.

Los comentarios de Malcolm Deas reflejan un sentimiento más generalizado respecto a la propuesta del M-19. Sus acciones son intrépidas, espectaculares, y atraen una gran atención mediática, que era esperada por la guerrilla. Pero en medio de estas celebraciones, se oscurece el proyecto del M-19, o mejor, la idea de hacer algo por el país, no satisface todo el proyecto. A la curiosidad le sigue esa pregunta.

Un día a finales de 1980, Consuelo Araújo Noguera, la Cacica, reconocida periodista, recibió una carta de Jaime Bateman. Se ofrecía a conceder una entrevista. Luego de subirse en Bogotá con cuatro desconocidos y seguir unos códigos, pudo encontrarlo. Su primera pregunta es contundente: “ya todo el país conoce muchas cosas de su vida y su trabajo político pero hay una pregunta que siempre me he formulado a solas cuando leo sobre usted y su movimiento: ¿qué es concretamente, qué busca y para dónde va exactamente el M-19? Si es una organización guerrillera porque sí, porque eso es lo que está de moda o si por el contrario tiene suficiente madurez política y social para enfrentarse, en una perspectiva más amplia a los problemas de orden nacional”³⁰. Esta entrevista ocurre luego de la toma a la embajada de República Dominicana, es decir, luego del nacimiento de la idea del *Diálogo nacional*. Bateman responde “esa pregunta más o menos me la hizo Germán Castro Caycedo en otra oportunidad y madurando la cuestión yo creo que la organización representa una época de la vida política del país”. Luego narra la frustración de su generación por la combinación del Frente Nacional con el asesinato de sus dirigentes. Dice que el movimiento recoge “todas las tendencias” en dos décadas. “Es difícil decir que nosotros perseguimos determinada idea u objetivo. Este realmente ha sido un movimiento de rebeldía, de inconformidad que representa lo que la mayoría de la población busca y quiere”³¹. Entonces Bateman persigue la formación de un frente amplio, algo que viene desde los tiempos ambivalentes en la Anapo, lo que causa más consternación, porque la vía armada no parece la adecuada. He ahí una muestra de las tensiones que encarnan el proyecto político del M-19. Tanto el comentario de Malcolm Deas como la pregunta de Consuelo Araújo revelan dos cosas, que persisten a lo largo de toda la década de los ochentas: lo novedoso de este discurso en el panorama de las guerrillas en este periodo, que no menciona los puntos constantes: comunismo, contra el imperialismo yanqui,

³⁰ Araújo, Consuelo. Confesiones de Bateman. Grandes reportajes de la Cacica. El Espectador. 15 de noviembre de 1980.

³¹ *Ibídem*.

etc; en segundo lugar, y su textura abierta, quiero decir, en la propuesta del Diálogo Nacional, de recoger todos los proyectos de dos décadas, la frustración de una generación cabe de todo.

Dentro de las investigaciones académicas sobre los procesos de paz en Colombia, la posición del M-19 es entendida diferente. La dificultad para entender de qué se trata el *diálogo nacional*, en un contexto tan convulsionado, da paso a un doble juego. Marco Palacios (2000) acusa el fracaso de las negociaciones de paz del Gobierno de Betancur a que las guerrillas, en especial las Farc, usaron “la paz como una estrategia de guerra” (2000, p. 22). Para Palacios, la cadena de desencuentros que fueron esas negociaciones entre las guerrillas y el Gobierno de Betancur, así como la posición de las Farc en la Séptima Conferencia, demuestran que las guerrillas no tenían intenciones de firmar la paz, y que el espacio abierto fue usado en sus dinámicas de guerra, para extender a la guerrilla. Esta visión es compartida por William López Gutiérrez: “El movimiento guerrillero, aprovechando la tregua firmada con el Gobierno, amplió su pie de fuerza y multiplicó sus frentes, al amparo del “gramaje” cobrado al narcotráfico y de la extorsión realizada a las multinacionales del petróleo. Esta situación se hizo más difícil, sobre todo cuando el Ejército ha sido socializado en operaciones de contrainsurgencia durante más de treinta años” (1999, p. 250).

Así, el proyecto político del M-19, el diálogo nacional, fue comprendido de dos maneras: ya sea como algo sin forma, sin propuesta concreta; o bien como parte de una fachada para usar el diálogo como una estrategia de guerra. Se trata de dos opciones que están en extremos distintos para entender tanto la violencia de la guerrilla como el populismo que lo integra. Es necesario detenerse en ambos extremos para ofrecer una explicación más adecuada a la complejidad del M-19.

Por un lado, la acusación de un discurso vago o impreciso, en un sentido peyorativo, impide llevar más lejos el análisis, como ya lo he explicado antes, a partir del argumento de Ernesto Laclau (2013). Dado que Laclau se aleja de una explicación del populismo a partir de la distinción entre racional/irracional, preciso/impreciso, claro/engañoso, su análisis va por otro lado. En primer lugar, Laclau explica tres categorías: la primera, “Discurso. El discurso constituye el terreno primario de constitución de la objetividad como tal. Por discurso no entendemos algo esencialmente restringido a las áreas del habla y la escritura, como hemos

aclarado varias veces, sino un complejo de elementos en el cual las relaciones juegan un rol constitutivo” (Laclau, 2013, p. 92). Las acciones también hacen parte del discurso cuando relaciona cosas a partir de su diferencia. La segunda, los significantes vacíos y la hegemonía, según el cual las identidades diferentes se marcan por un principio de exclusión: “la única posibilidad de tener un verdadero exterior sería que el exterior no fuera simplemente un elemento más, neutral, sino el resultado de una exclusión, de algo que la totalidad expelle de sí misma a fin de construirse (para dar un ejemplo político: es mediante la demonización de un sector de la población que una sociedad alcanza un sentido de su propia cohesión)” (Laclau, 2013: 94). Finalmente, está la retórica cuando un término literal cambiado por otro término figurativo (Laclau, 2013, 95). El uso de metáforas, metonimias o sinécdoques no son sólo un recurso literario, sino que van más allá, pues apunta a “nombrar algo que es esencialmente innombrable como condición de su propio funcionamiento. En ese caso, el lenguaje original no sería literal, sino figurativo” (Laclau, 2013, p. 96).

Por otro lado, decir que los intentos de diálogo estaban dentro de una estrategia de la guerra, para aumentar reclutas, armamento y posiciones, atribuye a la lucha armada una postura exclusivamente instrumentalista. El discurso, como lo explica Laclau, no sólo incluye las palabras, sino también las acciones, como las militares, siempre que tengan un significado, esto es, que marquen una diferencia. En consecuencia, su estrategia militar no se debe ver solo dentro de una visión instrumentalista, sino política. Esto es especialmente cierto para el M-19, en el que todas sus actividades militares debían decir algo, *tener un presupuesto político*, como decía Bateman. Por su parte, Pizarro Leongómez (1996) desecha la explicación instrumentalista de la violencia precisamente porque esta no es un comportamiento-respuesta, no responde a hechos de pobreza estructural, sino es un acto político complejo.

Así, ese énfasis en el *diálogo nacional*, en el que se arropan los miembros del M-19 en todos sus documentos de prensa, debe ser tomado en serio. Allí se puede ver no solo el proyecto político del M-19, sino la relación con los sueños por un mejor país que inspiraron a tantos militantes a entrar, el impulso de las ganas de *hacer algo*, el impulso a tomar las armas. Dado los orígenes variopintos del M-19, con los radicales anapistas y los Comuneros liderados por Jaime Bateman, la idea de *diálogo nacional* fue lo suficientemente amplia para aglutinarlos en la guerrilla, al tiempo que permitió darle distintas formas según las circunstancias. Bajo esta

bandera estuvo la oposición al tratado de extradición con los Estados Unidos, la reforma constitucional, el fin del estado de sitio, la liberación de los presos políticos, los campamentos de paz, y la toma al Palacio de Justicia.

En 1980, Jaime Bateman acuñó en una entrevista que Colombia necesitaba un sancocho nacional para arreglar el país. Ese sancocho sería una concertación de “todas las fuerzas sociales”, una suma de actores sociales “que claman por la paz”. Después, en 1984 Fayad define el *diálogo nacional* como “dejar hablar a Juan Pueblo”. Hablar de un sancocho en este contexto no es sólo una forma de estilo, un estilo informal quizá para hacerse más atractivos, sino que es también el contenido mismo de su proyecto político. En otros escenarios, como en los campamentos de paz en Cali en 1984, en las tomas a pueblos, y en lo que Clara Enciso, única sobreviviente guerrillera de la toma al Palacio de Justicia, imagina que vendrá después de la toma al Palacio de Justicia, los triunfos vienen acompañados de un ambiente festivo. Por ejemplo, en el parte de guerra sobre la toma a Corinto, que inaugura el frente occidental, el 4 de abril de 1984, el M-19 declara: “El control del parque central; allí se [liberan] los presos de la cárcel y se recupera un arma; se toma la estación de bomberos, donde se recuperan 2 escopetas y la bandera nacional. El parque se convierte en el centro de esa fiesta popular que es para la población de Corinto nuestra toma; y es allí donde se congrega para escucharnos conversar y enfocar nuestras consignas”³².

El *diálogo nacional* se convierte en centro de la propuesta del M-19. Estuvo presente en todos los intentos de negociación, desde la toma a la embajada de República Dominicana, como ya lo expliqué, es decir, 6 años después de su primera acción armada. Luego se vuelve una constante en los discursos y las propuestas del M-19 desde 1982, año en el que Belisario Betancur llega a la presidencia y ofrece la amnistía a los guerrilleros que decidan desmovilizarse. En ese momento, el M-19 comienza una relación complicada con la propuesta de amnistía. La opusieron al *diálogo nacional*; dudando entre aceptar la amnistía o rechazarla. En noviembre de 1982, en un documento interno de la organización³³, en forma de entrevista, el M-19 aclara su posición al respecto: “Compañero, ¿el M-19 está de acuerdo con la amnistía? R: sí compa. Es indudable que con la aprobación de la amnistía el movimiento democrático del país logra su

³² Archivo M-19. Toma de Corinto. Parte de guerra N.1. mayo de 1984.

³³ Archivo M-19. El M-19 responde a sus bases. Noviembre 1982

segundo triunfo político, el primero fue el levantamiento del estado de sitio. Y es el triunfo que se consigue después de dos años de combates políticos y militares. Después de haber enterrado con el lenguaje de los hechos y con la expresión política varios proyectos de rendición a los que se les había puesto el membrete de amnistía”³⁴. El contexto en el que se da esta entrevista, en 1982, es importante. Belisario Betancur había llegado a la presidencia con el proyecto de negociar con las guerrillas, había pasado una ley de amnistía por el congreso y se había reunido con Iván Ospina en Madrid, por mediación del Gobierno español y de Everth Bustamante. En esa reunión, las partes habían acordado continuar en Colombia las negociaciones de paz, con miras a un diálogo nacional. Este es el antecedente remoto de lo que sería, dos años después, los acuerdos de Corinto.

Luego, en el mismo documento de noviembre de 1982, el entrevistador pregunta por qué, si están de acuerdo con la amnistía, siguen realizando operaciones militares: “Vea compa, nosotros decimos que la amnistía es un paso pero que LA AMNISTÍA NO ES LA PAZ”. Esta paz era el fin de Muerte a Secuestradores (MAS), que el M-19 considera un escuadrón de la muerte constituido por el Ejército. Al respecto, dice: “Es sencillo. Que todas las fuerzas del país se sientan en una misma mesa para hacer un diagnóstico de los problemas nacionales más urgentes para que proyecten y den paso a las salidas que estos requieran para resolverse. Implica entonces que el Gobierno, las Fuerzas armadas, la Iglesia, los gremios de los empresarios, los obreros, campesinos y estudiantes, los pequeños industriales, los consumidores, los partidos políticos y el movimiento pacten un programa de reformas políticas, económicas y sociales. El *diálogo nacional* es poner frente a frente y con el país como testigo a todas las fuerzas en conflicto. Es darle paso a un encuentro del Presidente Betancur con el comandante Bateman, para fijar así claramente las pautas de la paz y la apertura democrática”³⁵.

Una vez sucediera el *diálogo nacional*, se desarticulara el MAS, los militares volvieran a los cuarteles y terminaran los hostigamientos contra los campesinos en el Caquetá, el M-19 depondrá las armas. No entregarlas, sino deponerlas, “no las entregamos, las armas quedan en manos del pueblo como garantía del cumplimiento de los tratos, como garantía de que no se le

³⁴ Archivo M-19. El M-19 responde a sus bases. Noviembre 1982

³⁵ *Ibíd*em

traicionará impunemente, como garantía que sus dirigentes no serán impunemente asesinados como ocurrió con Guadalupe Salcedo, como garantía de que el proceso de paz no dará marcha atrás”³⁶. Respecto a las armas en poder del pueblo como garantía de lo cumplido, hay que subrayar dos cosas. Primero sobre las políticas concretas, variables y pasadas como parte del diálogo nacional. Segundo, sobre la importancia de las armas en el M-19, que se ponen en tensión con el impulso de la paz y de las negociaciones.

Aunque la propuesta de *diálogo nacional* parecía limitarse a una apertura democrática, a dejar hablar a Juan Pueblo, allí también hay una serie de políticas de fondo. En ese fondo del diálogo nacional está el contenido variable, ensoñador que inspiraba a los militantes del M-19 y permitía la amalgama de tantas corrientes en su interior. Incluye a veces una propuesta de reforma agraria, de nacionalización del sistema financiero, y de un cambio de las relaciones con Estados Unidos, además de los temas más constantes: el fin del estado de sitio y la liberación de los presos. Sin embargo, este tipo de propuestas se desdibujan al momento de negociar con el Gobierno. El centro era la participación de los grupos sociales, los partidos, los sindicatos, los estudiantes, los indígenas, “Pero que hable la CTC, que hable la UTC, que hable la CSTC que representan miles de obreros en este país, que hable FANAL, que hable la ANUC, que los indígenas, el CRIC tiene mucho qué decir en este país, que hablen los intelectuales, que hablen ustedes los periodistas. ¿O es que ustedes no tienen nada qué decir?”³⁷.

Las armas tienen sus propias dinámicas, y combinadas con una desconfianza histórica frente al Gobierno y una historia de sufrimientos en Colombia, llevan a convertirlas en el centro de la actividad del M-19. Aunque esta guerrilla reivindicara sobretodo su actividad política, el símbolo político de su acción armada, pronto el uso de las armas se convirtió en su propio símbolo. Muchos años después, en 1989, cuando Carlos Pizarro había tomado la decisión de desmovilizar la organización, y el Gobierno de Virgilio Barco apoyó la decisión. Las bases del M-19 dudaron por un tiempo de la decisión de su jefe: las armas ya eran parte de su identidad, y seguían temiendo una traición al Gobierno. Esta resistencia ocurría a pesar de la promesa, entonces tan cercana, de la paz, esa misma paz que habían repetido tanto en sus discursos³⁸.

³⁶ Archivo M-19. El M-19 responde a sus bases. Noviembre 1982.

³⁷ Archivo M-19. Diario La Nación. Bateman Habla. Noviembre 1982.

³⁸ Vera Grabe. Razones de vida. Editorial Planeta, 2000.

En la rueda de prensa de abril de 1984, justo antes de firmar los acuerdos de Corinto, el M-19 menciona como partes del *diálogo nacional* como una manera de “recoger los combates y las luchas del universitariado colombiano, de los indígenas, de los campesinos, de la Iglesia, del Ejército, de la academia”³⁹. Curiosamente, en ese mismo diálogo está el Gobierno, el Ejército y la Iglesia, además de los partidos Liberal y Conservador, justamente esos que el M-19 había llamado la oligarquía, las minorías gobernantes sin representación. Aquí está la primera tensión, entre la inspiración democrática del M-19, con su llamado de un *diálogo nacional* como una forma de democracia directa, y la inspiración guerrillera, que reconoce al Gobierno, el Ejército y los partidos como enemigos. En contraste, en el documento de 1982, dice que antes del *diálogo nacional* hay que “derrotar a los sectores guerreristas que se resisten a permitirle a Colombia el bienestar sin desangre”. En 1984, en otro documento para sus bases⁴⁰, el M-19 declara que “los partidos tradicionales ya no representan al país, ni el país real cree ya en ellos”. Esto revela la tensión avanzada por Laclau, que he discutido antes. El pueblo, en el populismo del M-19 es la identidad totalizadora, que incluye a todas las demás. Sin embargo, todavía necesita marcar una diferencia, a partir de la cual construir un significado. Ahí aparecen los partidos tradicionales, que ya no representan al país, y la oligarquía, contra la que se enfrentan, y los Estados Unidos, y su influencia. Es una tensión que no se puede resolver, se puede ver a lo largo de la historia del M-19, relacionada con la coyuntura militar y política.

Los cambios de tono entre 1980 y 1986 respecto al diálogo nacional y la beligerancia contra lo que llaman oligarquía y sectores guerreristas tienen que ver con las dificultades para avanzar en el proceso. De parte del M-19, no veían las negociaciones como un camino a la desmovilización. Por eso el rechazo a la amnistía, y la insistencia en que esta no es la paz, sino la oportunidad de abrir el diálogo. En ese tiempo, rechazaron incluso la desmovilización, argumentando que guardarían las armas como garantía del cumplimiento por parte del Gobierno. Este discurso estaba sustentado en una desconfianza frente al Gobierno y a la élite colombiana, recordando una larga historia de traiciones e incumplimientos a los pactos anteriores, con otras guerrillas. Se trata de una serie de violencias históricas que el M-19 recupera y usa para sustentar su desconfianza. Al tiempo, se incluyen en este relato, en una

³⁹ Archivo M-19. Rueda de prensa. 8 de abril 1984.

⁴⁰ Archivo M-19. Con estado de sitio ¿habrá paz? Mayo 1984

continuidad de sujetos que han sufrido en la historia. El vínculo se extiende desde Guadalupe Salcedo, un guerrillero liberal que en los cincuentas se acogió a una amnistía y fue asesinado tiempo después; al asesinato de Gaitán, el asesinato de líderes sociales, y el asesinato selectivo y continuado de militantes de la Unión Patriótica. En una carta que el M-19 le escribe a la UP, publicada en *Voz*, puede leerse esta acusación: “los autores materiales de tales crímenes son los mismos que perpetraron los atentados de Florida y Cali contra los Comandantes Carlos Pizarro y Antonio Navarro, respectivamente, y de los asesinatos de Carlos Toledo, Oscar William Calvo y Álvaro Fayad. Pero son responsabilidad no exclusiva de los sectores militaristas de las Fuerzas Armadas del régimen, sino también de aquellos sectores civiles que se oponen sistemáticamente a ceder sus privilegios en aras de la participación política y social de las nuevas mayorías”⁴¹.

De parte del Gobierno, la situación era complicada, entre los intentos de paz del Presidente Betancur y su rechazo por parte de la Fuerza Armada. Además, la agenda del Gobierno estaba en un plan distinto al del M-19: para el Presidente Betancur, la negociación con la guerrilla y la oferta de la amnistía deberían conducir a la desmovilización, y las discusiones debían hacerse directamente con el Gobierno. La agenda de paz del Gobierno era lograr la desmovilización. Eso queda claro en su discurso de inauguración, del 7 de agosto de 1982: “Tiendo mi mano a los alzados en armas para que se incorporen al ejercicio pleno de sus derechos”. Ni el *diálogo nacional*, ni un acuerdo que se firmara mientras se extiende la existencia de un grupo armado estaban en los planes del Gobierno.

Para entender entonces el discurso de *diálogo nacional*, hace falta estudiarlo entonces junto con el impulso de hacer operaciones militares espectaculares y publicitarias. El llamado a un sancocho, la imagen de fiestas y celebraciones con el que vestían las tomas a los pueblos, el lenguaje informal de sus comunicaciones, hacen parte de este discurso del *diálogo nacional*, es parte de su expresión por un proyecto de apertura democrática, de reformas generales, de democracia directa, en fin. Por medio de estas acciones y del discurso de diálogo nacional se da sentido a la variedad de orígenes y propuestas de sus miembros, atraídos por el encanto de las acciones. También pudo mantener en su interior la tensión entre la inspiración guerrillera y la

⁴¹ Archivo M-19. El M-19 se dirige a la Up. *Voz*. 11 de septiembre de 1986.

defensa de la democracia, porque, en el ambiente celebratorio que construyeron, en su espectáculo, ambas cosas hacían parte del mismo proyecto.

El fracaso de los acuerdos de Corinto y la toma del Palacio de Justicia

La llegada de Belisario Betancur a la presidencia en 1982 le dio espacio al llamado al diálogo que venía haciendo el M-19. El tono de lo que sería su Gobierno se vio desde el discurso de posesión, el 7 de agosto. Al principio, esto cambió el ambiente, y esta guerrilla dio declaraciones para lograr acercamientos. Lo que pudo haber sido el inicio de unas negociaciones exitosas en realidad tomaron mucho más tiempo, y se llevaron a cabo en medio de un ambiente enrarecido. Había una gran desconfianza de parte y parte, y los conflictos continuaron aún en medio de una tregua. Sobre todo, la apertura de las negociaciones coincidió con una tendencia en el M-19 inclinada hacia la violencia, hacia el uso político de las armas, como ya expliqué: hacer acciones publicitarias. Se trata de un proceso que se profundizó con el tiempo, entre 1982 y 1986, tras el éxito de la toma de la embajada. Durante este periodo, las tensiones en esta guerrilla se hicieron cada vez más notables, hasta que desencadenaron la toma al Palacio de Justicia.

En este capítulo, discutiré esta transformación, a partir de las tensiones que encarnan el discurso del M-19 a través de la idea de *diálogo nacional*. En primer lugar, analizaré la posición de Belisario Betancur, lo que implicaba, en realidad, su llamado al diálogo. Al poner en contacto esta posición con la de la guerrilla, pretendo resaltar las dificultades de llevar la idea de diálogo nacional a puntos concretos. Belisario Betancur, en su proyecto de paz negociada, estuvo muy solo en el Gobierno. Fue criticado tanto por los mandos militares como por los miembros de su gabinete. No se trató sólo de críticas, sino de entorpecimientos activos: el rechazo a respetar la tregua como amenazas en medio de las negociaciones. Luego, analizaré la manera en que la búsqueda de acciones intrépidas, en combinación con el rechazo del Ejército al diálogo, sirvieron para radicalizar al M-19. En este escenario, la toma al Palacio de Justicia representa la acción política más importante y más desastrosa de esa guerrilla.

Diplomacia de la paz

Ese 7 de agosto de 1982 Jaime Bateman dio el discurso inaugural de su VIII Conferencia Nacional. Bateman celebra que el grupo haya sobrevivido a pesar de las dificultades. “desde la VII Conferencia a esta Conferencia nos han derrotado mil veces y mil veces hemos surgido en los combates y ahora somos más que antes y ahora tenemos mejor voluntad de lucha y sabemos que vamos a triunfar”⁴². Estos años difíciles son los del Estatuto de Seguridad del Gobierno de Turbay Ayala, del Partido Liberal, que persiguió una política de derrota militar. En esta conferencia también participan miembros del ELN y Bateman hace un llamado para acercarse a las otras guerrillas a pesar del sectarismo y las disputas. Bateman favorece continuar con los acercamientos. Dentro del proyecto del M-19, esta apertura tiene mucho sentido, como ya he explicado. Sin embargo, esta conferencia resulta en un antecedente mucho más cercano a la formación de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar. Respecto a la posesión de Betancur, el M-19 no tenía expectativas especiales, más allá de continuar la lucha, de no rendirse: “Hoy se acaba uno de los Gobiernos más reaccionarios, más militarista, más torturador, más asesino, de la historia colombiana (...). Hoy asume un conservador. Para el M-19 no hay prejuicios que en otras épocas hicieron que colombianos se mataran unos contra otros. El M-19 es el abanderado de una política para el pueblo, no de una política partidista; el M-19 es abanderado de una política nacionalista, que resuelva los problemas de la nación, no de la oligarquía; que resuelva los problemas de la inmensa mayoría de nuestro pueblo”⁴³.

Este discurso debió haber sido dado antes del discurso de Belisario Betancur, ese mismo día, que abrió las puertas al diálogo. Fue más allá de extender las manos “a los alzados en armas para que se incorporen al ejercicio pleno de sus derechos” y tocó algunos puntos en común con el discurso del M-19. En primer lugar, habló de dos Colombias, una en el centro, guiada por el Estado de Derecho y por la huella de Santander y de Bolívar; y otra Colombia, olvidada, alejada, a la que los beneficios le son negados: “He andado una y otra vez por los caminos de mi patria y he visto ímpetus heroicos, pero también gentes mustias porque no hay en su horizonte solidaridad ni esperanza. La turbamulta les es ajena pues procede de grupos que les

⁴² Archivo del M-19. Jaime Bateman. Discurso inaugural de la VIII Conferencia Nacional del M-19. “Acabar con el mito del hombre perfecto”. 7 de agosto de 1982.

⁴³ *Ibidem*.

son ajenos; la otra Colombia les es remota u hostil. ¿Cómo afirmar sin sarcasmo la pertenencia a algo de que están excluidos, en donde su voz resuena con intrusa cadencia? Y para los más poderosos o los más dichosos ¿a qué reivindicar algo tan entrañablemente unificador como es la patria, a partir de la discriminación y del desdén?”⁴⁴.

Por otro lado, Betancur también retoma una serie de proyectos en favor de fortalecer la unión latinoamericana, y se refiere ahí al proyecto de Bolívar: *“Los conflictos que agobian a Latinoamérica, tanto de origen interno como los proyectados por las potencias extracontinentales desde las Malvinas, reclaman solidaria presencia de quienes orientamos el destino de estos pueblos. Por ello, en el momento en que asumo el compromiso supremo con mi Patria que es parte de la Patria ampliada americana, recojo el eco hemisférico tendiente a que se reúnan en Panamá, escenario del Congreso Anfictiónico de 1828, los ministros de relaciones exteriores; y a que los mandatarios de la comunidad americana, nos reunamos en este año en Cartagena de Indias, aquel parpado de piedra bien cerrado que dijera un poeta nuestro, para trazar nuevos rumbos al sistema interamericano, el cual podría disolverse ante nuestras miradas atónitas y pasivas. Ningún más claro homenaje para iniciar la celebración del bicentenario del nacimiento del Libertador, que infundir aliento a su Idea de la Carta de Jamaica, de formar en este “Mundo Nuevo una sola nación...”*⁴⁵. Como consecuencia de este proyecto, Betancur afirma que seguirá los trámites necesarios para conseguir que Colombia pertenezca a la agrupación de los países No Alineados, un grupo muy importante para contrarrestar la influencia de los Estados Unidos. Este discurso fue muy importante, y más de un año después, en noviembre de 1983, el M-19 todavía lo recordaba para intentar acercarse al Gobierno y sentarse al diálogo. Sobre esto me referiré más adelante, en detalle.

A nivel internacional, Belisario Betancur alineó su proyecto con la búsqueda de salidas negociadas al conflicto en Centro América. Esta política fue impulsada por una mezcla de la inspiración bolivariana, y una política de solidaridad regional, porque la seguridad se extiende más allá de las fronteras nacionales: “...en ocasiones hemos estado alejados del escenario de decisiones del Área del Caribe, que nos es propio y natural... creemos en la indivisibilidad de la paz y somos conscientes de que ella no se logra tan solo con la acción dentro de las fronteras y

⁴⁴ Betancur, Belisario. Progreso con equidad. Discurso del Doctor Belisario Betancur al tomar posesión como Presidente de Colombia ante el Congreso: agosto 7 de 1982. Archivo del M-19.

⁴⁵ *Ibíd*em

casi siempre se pone en peligro fuera de ellas en un mundo profundamente interrelacionado”⁴⁶. En concreto, Belisario medió en la guerra civil de El Salvador, llamando a la formación de lo que sería el Grupo de Contadora (Tokatlian, 1999, p. 345). Esta mediación, lograda entre Colombia, México, Panamá y Venezuela probó ser bastante importante para avanzar en la salida negociada del conflicto en El Salvador.

El M-19, por su parte, felicitó la participación de Betancur en la resolución del conflicto en El Salvador. En una de las pocas cartas dirigidas al presidente, el 11 de octubre de 1984: “Ha aceptado usted mediar en el conflicto social, político y militar que desde hace varios años afecta al pueblo salvadoreño. América y el mundo han sido testigos del interminable derramamiento de sangre que ha padecido esa nación hermana y del heroísmo de un pueblo alzado a la pelea para construir nuevos horizontes para la búsqueda de soluciones políticas negociadas. El movimiento 19 de Abril, M-19 sabe valorar su decisión porque constituye un nuevo esfuerzo de esperanza para la búsqueda de soluciones negociadas y pacíficas a los conflictos que padecen varios países de América Latina”⁴⁷. Para el M-19, la salida negociada de ese conflicto es congruente con su propio proyecto a nivel nacional. Pero también tiene sentido dentro del proyecto latinoamericanista de esta guerrilla, que ya había establecido contactos con los Montoneros de la Argentina y con el Alfaro Vive, Carajo, en Ecuador.

Betancur tenía una perspectiva distinta respecto al conflicto armado en Colombia que a su vez lo distanciaba de la influencia de Estados Unidos y del proceso de la Guerra Fría. No se trata solo de una amenaza comunista, sino de condiciones sociales y políticas más amplias. Esto ya se puede ver en el discurso de posesión, donde habla de esa Colombia olvidada, de gentes mustias, como lo dice, que no tienen acceso al Estado de Derecho. Cuando se firman los acuerdos de Corinto, el 26 de agosto de 1984, Betancur concede una entrevista a Cambio16, donde profundiza en este tema. Dice que cada negociación debe ser distinta, pues los problemas de cada país son distintos: “Personalmente, yo había analizado de vieja data el problema, y nos lanzamos a resolverlo teniendo en cuenta esos factores y el hecho de que en las motivaciones de la guerrilla, fuera de la cuestión ideológica, había elementos de discusión y

⁴⁶ Discurso del presidente Belisario Betancur en la Escuela Superior de Guerra, el 6 de mayo de 1983. Citado en Tokatlián (1999)

⁴⁷ Archivo del M-19. El Salvador, por una solución negociada. Carta del Comando Superior del M-19 al señor presidente

de acuerdo sobre situaciones reales del país, como las carencias populares en muchos aspectos. Ese es el gran escenario en que actuamos, y pienso que ello ha permitido los primeros acuerdos”⁴⁸.

Hay un punto en que se pierde el contacto, y sobre el que hay que detenerse, porque es muy importante. Se trata de la finalidad de las negociaciones, concretamente, más allá de la grandiosidad de los discursos y de los proyectos de parte y parte. Belisario Betancur buscaba la desmovilización de la guerrilla, como era de esperarse. De eso se trataba la invitación a los alzados en armas en su discurso de posesión; de eso se trataba la ley de amnistía (ley 35 de 1982) que pasó por el Congreso. La amnistía general había sido la manera tradicional de conducir los procesos de desmovilización. Es el reconocimiento del contrincante como actor político con el objetivo de bajar el nivel de conflicto (Aguilera 2001). Para el M-19, sin embargo, la negociación no conduciría a su desmovilización, sino al diálogo nacional, que son dos cosas distintas, como ya he explicado anteriormente. De hecho, el texto de los acuerdos de Corinto no incluía la desmovilización. Betancur usó la amnistía como una herramienta para lograr la desmovilización, a pesar de que el proyecto del M-19 no lo podía concebir entonces. Este desencuentro fue la primera dificultad del proceso.

Esto no quiere decir que el M-19 hubiera sido claro desde el principio respecto a la amnistía. Hubo algunos titubeos, que causaron consternación en los medios de comunicación. En una entrevista publicada el 20 de noviembre de 1982, en *El Tiempo*, Carlos Pizarro condiciona deponer las armas a que haya un cese al fuego: “El requisito indispensable para que el proyecto de amnistía no encuentre ningún tropiezo es que se dé un alto el fuego (sic). Esto significa que el presidente Betancur garantice una tregua, un armisticio, que los guerrilleros cuenten con las garantías suficientes de que se respetarán sus vidas, de que el movimiento campesino no va a seguir siendo perseguido”⁴⁹. La entrevista fue lo suficientemente ambigua para crear la duda. No usa la palabra desmovilización, sino deponer las armas, y luego insiste, a partir de la pregunta del periodista, para insistir en su programa de diálogo nacional. Sin embargo, esta

⁴⁸ Archivo del M-19. *El Herald*. Betancur: “Por el *diálogo nacional*”. Barranquilla. 26 de agosto de 1984. Tomado de *Cambio* 16.

⁴⁹ Archivo del M-19. *Habla el M-19*. Si hay tregua, depondremos las armas. *El Tiempo*. 20 de noviembre de 1982.

entrevista fue lo suficientemente importante como para hacer pensar que esta guerrilla se acogería a la amnistía.

En un reportaje del diario La Nación, también del 20 de noviembre de 1982, expresan la sorpresa por la negativa de Bateman a acogerse a la amnistía: “Pasaban como Pedro por su casa de la cumbre en el ministerio de Gobierno a “Cita con Pacheco”. Inclusive hubo miembros de la dirección del movimiento que llegaron a hablar de su participación en las próximas elecciones de mitaca y de sus planes políticos como partido legal (...). Tal era el tono como hablaba el M-19 que la opinión pública, dando por hecho el fin de su etapa armada, ya especulaba con detalles como la forma (sic) en que se presentaría el Bateman amnistiado ante las autoridades (...) Pero de repente se cambió la película”⁵⁰. Esto fue muy costoso políticamente para el M-19, pues el cubrimiento en los medios, como por ejemplo La Nación, se volvieron más duros, y criticaron el rechazo a la amnistía. Hay que insistir en la ambigüedad del rechazo: la personalidad de Bateman y de los otros líderes del M-19 era lo suficientemente fuerte para atraer las miradas y abrir el espacio a las entrevistas y referencia a sus comunicados. Esto puede verse más adelante, cuando los medios tengan que cubrir la batalla de Yarumales. Sobre esto volveré más adelante.

Por supuesto, no fue el único incidente. La propuesta de amnistía y el avance de la negociación fueron abiertamente criticados por miembros del Gobierno central. Ahí destacan dos figuras. El coronel Fernando Landazábal, ministro de defensa, y líder importante del Ejército, y Jaime Castro, ministro de Gobierno. El 31 de octubre de 1982, Fernando Landazábal publicó una editorial extensa en el diario El Tiempo, criticando abiertamente la amnistía. Como ministro de defensa y como militar, su posición refleja la del ejército, que había tenido mucha importancia en los asuntos políticos del país durante el Frente Nacional. Que un diario como El Tiempo publicara una columna de alguien tan radical como Landazábal, sin más, no es un hecho aislado, y da cuenta de la posición de este diario durante la década de los ochentas. García Corredor (2013) hace un seguimiento a los editoriales de El Tiempo durante la toma a la Embajada a República Dominicana. “El periódico no sólo distingue entre un Nosotros y un Ellos. Esta distinción es fundamental para comprender cómo el periódico representa los actores que participan en la toma, así como las acciones que realizan. En ese sentido, El

⁵⁰ Archivo del M-19. La Nación. Bateman ¿Sí o no? 20 de noviembre de 1982.

Tiempo no sólo definió un Nosotros Constituidos por colombianos que apoyan al Gobierno, y las decisiones que este tome. El Gobierno es representado como el exponente máximo de una colectividad que respeta las normas y las leyes en una democracia representativa. También se pudo establecer que el periódico representó medidas como el Estatuto de Seguridad no sólo como herramientas para garantizar los intereses nacionales” (García Corredor, 2013, p. 47).

Su crítica refleja en primer lugar un desacuerdo respecto a las causas del conflicto. Landazábal lo considera sólo como una amenaza comunista, inspirada por una ideología dañina de minorías que no pueden llegar al poder por vías democráticas, convenciendo a las mayorías: “Muchas de las corrientes políticas que por razón de ser minorías se consideran de ser relevadas de responsabilidad en el mantenimiento del orden democrático ante las limitaciones inherentes en forma natural, a los movimientos políticos incipientes y no pocas veces ante la ausencia de cuadros fecundos para el liderazgo y la consiguiente conquista de la voluntad popular, buscan los senderos de la fuerza, practican el sectarismo intransigente y se lanzan por los caminos de la violencia para superar con ellos los vacíos de su propia estructura. Se declaran revolucionarias para mover con el magnetismo del término, el pensamiento estático de las masas bajo el amparo resonante de la propaganda, se acogen a la teoría discutible y discutible de hacer bueno todo lo que favorece a la revolución”⁵¹.

Además, Landazábal ve la amnistía como un símbolo de debilidad del Estado y de indiferencia del pueblo sobre los males de la subversión: el secuestro, el crimen, la humillación y la barbarie. Mientras la gente no se ponga de pie, “Colombia seguirá de amnistía en amnistía”. Este es un viejo argumento, que ve en la amnistía (o incluso en la ligereza de las penas) el origen de un nuevo conflicto, en la continuidad de la violencia. Landazábal va tan lejos hasta a llamar a los beneficiados por la amnistía como “partidos con brazos armados tendientes a sojuzgar el orden, intimidar a la población, y a buscar el poder mostrando los cañones de la ilegalidad para conseguirlo”⁵². Nótese que tratarlos de brazos armados justifica su persecución y exterminio, como en efecto ocurrió en el caso de la Unión Patriótica. También está ahí el impulso detrás de la repetida persecución al M-19 aún en medio de la tregua.

⁵¹ Landazábal, Fernando. Esperamos que sea la última amnistía. El Tiempo. 31 de octubre de 1982.

⁵² *Ibíd*em

Más importante aún, es que Landazábal entiende la amnistía como una afrenta personal contra las fuerzas militares. Al menos ve en la propuesta de la amnistía una ocasión para quejarse de que el pueblo no apoya lo suficiente al Ejército, y que este ha sido maltratado en su honra, al ser acusado de represor. “La sociedad colombiana como un todo no ha querido comprometerse en apoyo a sus instituciones y sus armas. Las fuerzas armadas han pagado el costo desproporcionado y altísimo de ataques alevos que lesionan su dignidad y su decoro”.⁵³ Más adelante continúa: “En muchas ocasiones el cumplimiento del deber por los hombres en armas se vilipendia, el heroísmo se califica de atrocidad, la muerte en emboscada de torpeza, el uso de las armas en monstruosa represión y el cumplimiento estricto de las leyes de la guerra es señalado como máscara para quebrantar los derechos humanos. Diríase que la sociedad entera ha permanecido indiferente al conflicto y que cuando los militares hemos levantado la voz en búsqueda por lo menos del apoyo moral, los corigeos de la avanzada y los avanzados de la retaguardia inconforme, nos han calificado de macartistas, de retóricos, de retardatarios hasta enemigos del propio sistema que hemos venido defendiendo. Es así como desde ciertas tribunas se le ha sindicado al instrumento militar como un instrumento de barbarie. Se ha ligado la organización con las más siniestras agrupaciones del crimen, con el claro y nítido propósito de auspiciar su desprestigio.”⁵⁴

Jaime Castro, por su parte, como ministro de Gobierno, también expresó su rechazo al proceso. En su concepción, sólo el ofrecimiento de la amnistía debería bastar, y no había necesidad de dar más políticas (Comisión de Verdad, 2010, p. 54-55). Su posición fue muy importante porque él fue el representante del Gobierno en el marco de las reuniones con el M-19, que se estancaron rápidamente, como una tomadura de pelo, según lo recuerda Navarro Wolff (Comisión de Verdad, 2010, p. 54). Castro también ha sido importante defendiendo la actuación del Ejército en la toma, tanto en medios de comunicación como en instancias judiciales. Sus términos son duros. Dice que la toma era un golpe de estado por parte del M-19, “No era un acto publicitario como la toma de la Embajada dominicana. Si en esa toma el Gobierno negociaba, no comprometía el funcionamiento de ninguna de las ramas del poder. Aquí tuvimos claro que querían todo el poder, no únicamente el Gobierno. Empezaban

⁵³ *Ibídem*

⁵⁴ *Ibídem*

arrodillando a la justicia y luego a los demás poderes. El juicio al Presidente sería su primer acto de Gobierno”⁵⁵. Rechaza por eso la hipótesis de que durante esta acción hubo un golpe de Estado por parte del Ejército, que aisló al Presidente de la toma de decisiones. Otro argumento de Castro es su relación con el narcotráfico: “¿Hubo complicidad de la guerrilla y el narcotráfico en esa toma? Como Gobierno en ese momento encontramos indicios de que el narcotráfico no fue ajeno a esa operación. Así lo dijimos a las autoridades para que investigaran”⁵⁶. Esta relación con el narcotráfico también justificó en su momento el rechazo para negociar, una vez el M-19 había iniciado la toma, porque estaba involucrado el narcotráfico (Comisión de Verdad, 2010, p. 340).

Según la Comisión de Verdad, había alguna relación entre narcotraficantes y miembros del M-19. A veces usaban sus aviones, o se quedaban en sus fincas, como lugares de reposo y de retiro, en las dinámicas del conflicto. Más allá de esto, la toma al Palacio de Justicia se explica por la misma inercia de violencia del M-19 y el proceso de radicalización que ocurrió entre 1984 y 1985, en el marco de los diálogos de Corinto, como intento demostrarlo en este trabajo. Sin embargo, la sombra del narcotráfico hizo parte de la influencia negativa que tuvo Estados Unidos en el desarrollo de la negociación. El periodo de Betancur coincidió con el endurecimiento de la política de Estados Unidos respecto a las drogas. Los vasos comunicantes entre la guerrilla y los grupos narcotraficantes⁵⁷ pusieron una presión extra en el Gobierno: “¿cuando el Gobierno dialogaba con un grupo armado, lo hacía con una insurgencia política o con una agrupación criminal y mafiosa?” (Tokatlián, 2001, p. 346). Para Tokatlián, la influencia norteamericana es muy importante para explicar el fracaso de la diplomacia en la paz de Belisario Betancur, como él la llama. Esta influencia es transcendental, sobre todo cuando se extiende la presión económica de la deuda externa. Pero no puede dejarse de lado la posición del Ejército y de algunos miembros del Gobierno en contra de la amnistía y de la negociación. En especial la afrenta personal, institucional, que veía Landazábal como representante del Ejército en la amnistía y que pudo haber tenido efecto en la brutalidad de la retoma.

⁵⁵ El Tiempo. Jaime Castro: Hoy haría lo mismo. 13 de noviembre de 2004.

⁵⁶ *Ibídem*.

⁵⁷ La extensión de estos vasos comunicarse pueden leerse en detalle en Comisión de Verdad, 2010: La conexión del narcotráfico.

El escenario en el que el lenguaje del nuevo Presidente parecía hacer propicio el diálogo con la guerrilla contrastó con el impulso de los opositores a este diálogo al interior del mismo Gobierno. En la soledad de Betancur, el M-19 leyó la coyuntura del país de modo que su postura se radicalizó. Precisamente en este momento, las tensiones de este grupo armado se hacen más visibles. La radicalización implica un cambio en la comprensión de la violencia, que se agudiza, y en última instancia lleva a la toma del Palacio de Justicia.

“Tenemos que ser Gobierno”

Luego de la reunión entre Iván Marino Ospina, Álvaro Fayad y Belisario Betancur en octubre de 1983 en Madrid, las partes acordaron continuar las negociaciones en Colombia. Esta reunión ocurre luego que el M-19 celebrara la amnistía y luego la rechazara y que el Ejército, dirigido por el general Fernando Landazábal, entonces ministro de defensa, rechazara de frente la agenda de negociación y amnistía del Gobierno. A pesar de que Betancur había llegado a la presidencia con una agenda de negociación y que el M-19 también había llamado a una negociación, los acercamientos eran lentos. La comisión de paz revivida por el Gobierno funcionaba a media marcha, y en 1983, Otto Morales Benítez, presidente de la comisión, renuncia a su cargo, diciendo que había enemigos de la paz, tanto dentro como fuera del Gobierno⁵⁸. Esta comisión había hecho acercamientos importantes con el M-19, pero el M-19 no aceptaba negociar con la comisión, sino directamente con el presidente⁵⁹. Rechazaron tanto a la comisión como al acuerdo de paz firmado entre esta y las Farc porque no veían allí un *diálogo nacional*. “No está el pueblo allí, el problema no es la guerrilla. No lo resuelve ni representa al pueblo colombiano. En Colombia hay una serie de fuerzas que deben participar en el diálogo nacional”⁶⁰.

En noviembre de 1982, un año antes del encuentro en Madrid, el M-19 había enviado una carta al Presidente con una propuesta de negociación incluyendo el diálogo nacional. Incluía un cese al fuego por espacio de seis meses, una comisión de garantías del cumplimiento, y la lista

⁵⁸ Morales Benítez, Otto. Renuncia a la presidencia de la Comisión. 25 de mayo de 1983. Papeles para la Paz. Archivo Banco de la República.

⁵⁹ El Tiempo. Fayad no acepta ni adhiere a pacto Farc - comisión de paz. 14 de abril de 1984.

⁶⁰ M-19. Rueda de prensa. 8 de abril 1984.

de instituciones que deberían participar en el *diálogo nacional*. Este proyecto de desmovilización no terminaba con la desmovilización. En medio de esos desencuentros entre el M-19 y la comisión de paz del Gobierno, el conflicto continuaba. La Procuraduría hizo público un informe sobre la relación del ejército con el MAS. Este informe, junto con la continuación de la guerra, y los abusos, tristemente normales, de la fuerza pública, convencieron al M-19 de que se libraba una guerra contra el pueblo. Una guerra que el presidente no tenía el coraje de detener, aunque agradecían la buena voluntad de paz.

En un documento interno del M-19, parte de otra entrevista para informar a sus bases, dicen: “Creemos en las buenas intenciones del actual Gobierno, pero no bastan buenas intenciones. Para conseguir la paz política, el Gobierno debe meter en cintura a esos enemigos de la paz y dar más pasos CONCRETOS hacia ella. Si así lo hace, puede estar seguro de que coincidirá con nuestra inmodificable voluntad de paz”⁶¹. Este documento es del octubre de 1982. La confianza en el Gobierno la proposición de negociar de Betancur, desde la campaña presidencial, y luego con la amnistía, a pesar de rechazarla luego, argumentando que la amnistía no era la solución. La confianza siguió luego de la reunión en Madrid. En la rueda de prensa de abril de 1984, poco tiempo antes de la firma de los acuerdos de Corinto, el M-19 explica la negativa del Gobierno de decretar un cese al fuego como que “[el presidente] no ha querido... no lo han dejado”⁶². En esa rueda de prensa el M-19 llama la atención que el M-19 diga que sólo está esperando que el presidente rompa su silencio, una medida para continuar los diálogos, según las conversaciones de Madrid. Llama la atención porque al mismo tiempo, la Comisión de Paz nombrada por el Gobierno avanzaba en los acercamientos, lentamente, y fue finalmente a través de ésta que se firmaron los acuerdos de Corinto.

En el M-19 entendieron bien la posición del Presidente y su propuesta de paz. Pero esto no se tradujo en entender que ambos proyectos de paz, el de la guerrilla y el del Gobierno, eran diferentes. Antonio Navarro Wolff explicó así la situación de Betancur en diciembre de 1985: “Al final del Gobierno de Turbay había dos proyectos políticos en la oligarquía. Uno, el de lo que podríamos llamar la oligarquía reformista, decía: frente al fracaso de la política de seguridad nacional, del estatuto de seguridad, de la represión, de las torturas (...), intentemos

⁶¹ M-19. El M-19 responde a sus bases. Noviembre 1982

⁶² M-19. Rueda de prensa. 8 de abril 1984.

una vía política para derrotar a la guerrilla (...) El otro proyecto lo encabezaban las fuerzas militares y algunos sectores ultra reaccionarios”. El Gobierno de Betancur era una disputa entre ambas posiciones, donde Betancur perdía progresivamente poder, al enfrentarse a dos realidades: "por un lado, cuando la guerrilla, en vez de llegar marginalmente a dar sus primeros pasos en la vida política, llega con un gran respaldo de masas; y, por otro lado, la consolidación de una vía que legitimara a la oligarquía requería reformas, y no pudo hacerlas nunca porque no se metió la mano al bolsillo, es decir, nadie quiso pagar el costo de esas reformas. El espacio del proyecto reformista se fue reduciendo y ellos empezaron a plegarse cada vez más a los sectores militaristas”⁶³.

El M-19 criticó a la comisión de paz del Gobierno, así como el acuerdo que lograron en 1984 con las Farc. Pero no hay que minimizar su importancia en este proceso. Su composición numerosa y diversa permitió la continuidad de los contactos entre el Gobierno y las guerrillas, y les dio confianza. Sirvieron de mediadores, ante quienes dejaban constancia de la continuidad de los ataques contra la guerrilla en una guerra sin terminar. También sirvieron para poner de presente el crecimiento de los grupos paramilitares, por ejemplo, a través del informe de la Procuraduría sobre el MAS, los embates del estado de sitio. La existencia de la comisión de paz fue el preámbulo de ese diálogo nacional al que llamaba el M-19, y en el que, curiosamente, los partidos tradicionales contra los que habían emprendido la guerra también debían participar. La guerrilla contaba con la buena fe de los comisionados y del presidente. Y ese apoyo alcanzó para lograr un acuerdo, aunque el trabajo de la comisión no tuviera el poder de superar la posición delicada del presidente Betancur, entre su proyecto de paz y el proyecto de guerra del ejército.

A pesar de la mediación de la comisión de paz, la intensidad y el impacto de la guerra va a aumentar en los meses que anteceden la firma de los acuerdos. Por una parte, el M-19 se toma Florencia, lo que fue la primera toma guerrillera en una capital de departamento, el 17 de marzo de ese mismo año; y en abril inauguran el Frente Occidental con la toma a Corinto⁶⁴.

⁶³ Jimeno, Ramón. Entrevista a Navarro Wolff . Enero de 1986. Archivo del M-19

⁶⁴ Archivo M-19. Toma de Corinto. Parte de guerra N.1. mayo de 1984. Además, Vera Grabe participó directamente en esta toma, y estuvo involucrada en la creación del Frente. En este periodo de tomas armadas, el M-19 intentó estrechar vínculos con el EPL, a partir de un

Como es normal en el M-19, estas acciones buscaban un impacto político, que era forzar el diálogo nacional. La guerrilla liberó a los presos, se robó la plata del Banco Agrario y citó a la población en la plaza central, que acudió con una mezcla de curiosidad y miedo. Para los guerrilleros, el acercamiento a la gente aumentó el ambiente festivo que significaba su lucha.

Por otro lado, el asesinato del ministro de justicia, Rodrigo Lara Bonilla, por parte de los carteles del narcotráfico, llevó a que Betancur volviera a decretar el estado de sitio. Carlos Toledo fue asesinado el 10 de agosto de 1984, saliendo de su casa en Bucaramanga, cuando iba a atender preparativos para la firma de los acuerdos, que ocurriría días más tarde. Como retaliación, el M-19 se toma Yumbo, en el Valle del Cauca dos días después. El mismo día en el que estaba programada la firma, Carlos Pizarro Leongómez fue atacado en un retén de la policía, junto con su caravana, cuando se dirigía al evento. Resultó herido en un brazo. La firma se congeló durante unas horas, mientras el M-19 discutía si firmar o no, a la luz de este atentado. Acordaron más tarde firmar, incluyendo una postdata en el que se pone de presente el atentado y el Gobierno se compromete a adelantar las investigaciones.

Así, el 24 de agosto de 1984, el M-19 y el EPL firman los acuerdos de Corinto, que terminaron por acoger el grueso de la propuesta que había hecho el M-19 en noviembre de 1982⁶⁵: Cese al fuego; garantías de cumplimiento y conversaciones de paz, un *diálogo nacional*. Las medidas de cese al fuego incluían no solo las acciones militares contra el M-19 y el EPL, también el compromiso del Gobierno para investigar casos de desaparición forzada y terrorismo, y la “normalidad civil”, la garantía de las libertades civiles a la población civil.

Al campamento de Yarumales, donde se desarrollaron las negociaciones, comenzó a llegar gente desde todo el país, atraída por la fama del M-19. En su libro, Vera Grabe dice que las fotos con los guerrilleros (y todavía más con los comandantes) eran muy solicitadas. Era el *diálogo nacional*. Y, como tantos de los proyectos del M-19, parecieron a los ojos de la guerrilla como algo parecido a una fiesta. Vera Grabe describe estos momentos entre la vida cotidiana con sus compañeros, la rutina de diálogos y el descubrimiento de una fama inesperada. La

comando de operaciones conjuntos, donde estuvo, nuevamente, Vera Grabe. Ver: Razones de vida. Editorial Planeta, 2000. p. 200.

⁶⁵ M-19. Carta del M-19 al presidente Betancur propuesta de armisticio. 20 de noviembre de 1982.

atracción, en verdad, parecía ser menos por el *diálogo nacional*, y más como un gesto de farándula, para conocer a los guerrilleros que eran como un Robin Hood local. Sin embargo, para el M-19, eso significaba el éxito de su proyecto, la confirmación de que el pueblo que ellos decían representar los apoyaba. “El diálogo se fue metiendo en el alma nacional, su audiencia iba en ascenso. Se amplió, se hizo participación y movilización. El Presidente Belisario le abrió la ventana y entró una corriente de aire fresco... nadie sospechaba aún que se haría tormenta y cerraría la ventana de golpe”⁶⁶.

Esta visión la compartía Navarro Wolff, que durante los acuerdos hacía parte del comando central del M-19 y dirigió en Cali un campamento de paz. El Gobierno reaccionó como si estos campamentos fueran comandos urbanos del M-19, armados, y los atacó con fuerza. Fue en ese contexto en el que ocurrió el ataque con granada en el que Navarro Wolff resultó herido. Ese atentado acentuó el temor de que los diálogos fracasarían, que la oposición a la paz era más grande: “lo que pasó en Corinto a la firma del acuerdo asustó a la oligarquía, porque allí, durante nueve días, hubo una comunión entre el pueblo y la guerrilla. Por Corinto pasaron unas 400 o 500 mil personas en esos nueve días, gente de todo el país, pero especialmente de esa zona del Valle y del Cauca en donde estamos combatiendo hoy; la gente iba a sacarse fotos con los guerrilleros y había tarifas: de 300 pesos si era con un guerrillero común y de 500 si era con un comandante, había baile, fiestas, todo el mundo esperaba que uno le cargara el niño, todo el mundo quería ir allá. Eso asustó a la oligarquía. (...) A partir de Corinto se alzan las voces de la oligarquía en contra del proceso de paz y empieza a cerrarse la diferencia entre el sector oligárquico inclinado a una solución política y el sector oligárquico inclinado a una solución militar”⁶⁷.

Después de la firma de los acuerdos, y en medio de esa fama recién descubierta, el M-19 salió a hacer trabajo político y aumentar el contacto con la población. Fue una consecuencia normal del centro del proyecto político del M-19, en el que estar *cerca al pueblo* era lo más importante. También era una manera de poner en práctica su idea de diálogo nacional, acercándose a aquellos que consideraban marginales del sistema político colombiano. Este plan comenzó a prepararse antes de la firma de los acuerdos. Ya en junio de 1984, según un documento

⁶⁶ Vera Grabe. Razones de vida. Editorial Planeta, 2000. p. 229.

⁶⁷ Jimeno, Ramón. Entrevista a Navarro Wolff. Enero de 1986. Archivo del M-19

interno, el M-19 planeaba “un gran número de integrantes del M-19 se incorporarán a las actividades públicas, a participar en el diálogo y a preparar las condiciones para la organización de las masas en la conformación de un Gran Movimiento de Salvación Nacional. Para el cumplimiento de estas tareas se requiere la participación de todos los cuadros de la organización, por lo que deben prepararse para regresar al país todas las personas que se encuentran en el exterior en el momento que se les indique”⁶⁸.

Puesto en marcha luego de la firma de los acuerdos, esta campaña se tomó el nombre de “campamentos de paz”, impulsados ahora por el punto del diálogo nacional acordados en Corinto. El más importante se desarrolló en Cali, concentrados en los barrios de Terrón Colorado, Siloé, Aguablanca y Petecuy⁶⁹ aunque también hubo campamentos de paz en otras ciudades intermedias del país. Puesto que los guerrilleros del M-19 se sentían protegidos por la tregua recién acordada, salieron a hacer proselitismo abiertamente, montaron tarimas y dieron discursos con megáfono, a la usanza de los políticos colombianos; luego comenzaron a organizar en esos barrios una base de simpatizantes que participaran en el *diálogo nacional*. Aquí se revela un elemento muy particular de este *diálogo nacional*, cuando es impulsado con las armas.

El uso de armas, para el M-19, es una exigencia especial para ser escuchados. El uso de las armas da la expectativa de una propuesta concreta. Era el *diálogo nacional*. Pero, a la hora de avanzarla, hacen cambiar el foco hacia la participación y las propuestas del pueblo. Durante este periodo, Vera Grabe estaba en el Hotel Tequendama, que se convirtió en la sede central para coordinar a nivel nacional el *diálogo nacional*; desde allí se comunicaban con las regiones, con la comisión de paz y con miembros del congreso. Ella declara: “En esos espacios de debate donde aparecían connotadores de los temas propuestos, me asaltaba la angustia frente a los discursos generales. Lo discutimos con el Turco [Álvaro Fayad], y mientras yo le insistía en que era nuestra responsabilidad aportar salidas concretas, él era enfático en afirmar que ese ni era el espíritu del Diálogo ni era nuestra tarea. Ni nos toca, ni sabemos, ni tenemos porqué, decía (...). Sonaba a prohibición: “no hay un pensamiento del Eme, no hay una línea en los

⁶⁸ Informe sobre la situación nacional, tregua y conversaciones con otras organizaciones. 13 de junio de 1984.

⁶⁹ Vásquez, María Eugenia. Escrito para no Morir. Ministerio de Cultura, 1998, 432

temas⁷⁰. Este repentino cambio de foco era la razón de perplejidad de Malcolm Deas, en el texto que cité atrás, y el de tantos otros analistas de la época. Si no había una línea del M-19, quedaba lo demás: el impacto político de sus acciones, el ambiente festivo que querían crear en los barrios, la rumba, la fiesta que para la guerrilla era de verdad su propuesta del *diálogo nacional*.

También fue una experiencia de control territorial de los barrios. Hasta entonces, la presencia del M-19 en las ciudades se resumía en un conjunto de militantes y simpatizantes que usaban la ciudad para expandir sus contactos y esconderse de la acción represiva del Estado. De esos núcleos urbanos salían a hacer sus acciones armadas emblemáticas y en acciones delictivas simplemente publicitarias, como el robo de camiones de leche para distribuir después en los barrios o donar a trabajadores huelguistas. Pero durante los campamentos de paz, consolidaron el control territorial de los barrios. “Los campamentos se regaron como pólvora porque la gente encontró en ellos un mecanismo de participación política, porque las milicias eran el elemento de poder popular que estaba haciendo falta en todo el proceso. Las milicias controlaban el transporte, controlaban a las bandas de ladrones, quienes también formaban parte de las milicias; prohibieron la mariguana y fumar bazuco, un derivado de la cocaína; controlaban la asistencia del maestro de la escuela y el horario del médico del puesto de salud. Los campamentos permitieron el surgimiento de un liderazgo natural en los barrios, antes represado por los mecanismos clientelistas de los partidos tradicionales. Surgió el liderazgo a lo mejor de un individuo medio-delincuente, pero como se volvió persona importante hasta se ajuició⁷¹. Los campamentos de paz fueron exitosos por la combinación de la curiosidad que causaban los guerrilleros del M-19, su fama como una guerrilla distinta con una visión de la publicidad mucho más efectiva; y por enfrentar a los ladrones y prohibir el consumo de drogas. Se trató entonces, en un contexto inestable y poco duradero, de una autoridad local por medio de la que se tramitaban disputas entre los habitantes y se les daba forma a demandas como el médico para el puesto de salud o el profesor para el colegio. Navarro Wolff dice que los campamentos de paz llegaron a los barrios donde el clientelismo de los partidos tradicionales no había permitido la participación de los liderazgos locales, pero el M-19 articuló esas costumbres: apoyo a cambio de favores concretos más que por convencimiento ideológico.

⁷⁰ Razones de vida, Vera Grabe, p. 227.

⁷¹ Jimeno, Ramón. Entrevista a Navarro Wolff. Enero de 1986. Archivo del M-19

El Gobierno reaccionó con violencia y allanó los campamentos, capturó a varias personas, acusadas de ser milicianas del M-19 y militarizó los barrios. Por supuesto, la reacción del Gobierno ocurre en un contexto de tregua endeble que no cuenta con el apoyo de gran parte de los partidos tradicionales ni del Ejército. Además de sus nexos con las acciones armadas del MAS. En junio de 1985, en una panadería en Cali, Antonio Navarro Wolff, María Eugenia Vásquez, Carlos Alonso Lucio, entre otros, todos organizadores políticos de los campamentos de paz en Cali, sufrieron un atentado con granada. Resultaron mal heridos y pasaron su recuperación en el extranjero, primero en México y luego en Cuba.

Por otra parte, los campamentos de paz crean una zona gris entre la acción legítima de las organizaciones en los barrios y la acción política de un grupo armado que, de todos modos, es ilegal. La policía argumentó que en los campamentos se daba, de hecho, instrucción militar, y que patrullaban de noche los barrios⁷². Así, los campamentos de paz sirvieron de parte y parte para acusar la violación a una tregua que nunca tuvo el apoyo ni la claridad necesaria para ser cumplida.

Mientras avanzaban los campamentos de paz, el Ejército tendía el cerco al campamento de Yarumales. Aunque no se había acordado así expresamente, ese campamento quedó como el sitio de concentración del M-19. El Gobierno conocía la ubicación del campamento, puesto que allí habían ocurrido las negociaciones, y una vez firmados los acuerdos, se debería haber entendido protegido por la tregua. Pero el Ejército comenzó a acercarse lentamente. La comisión de verificación de la tregua intentó intervenir. Visitaron la zona y comprobaron el cerco. Inicialmente pensaban hacer su labor en silencio, aceptaron reunirse con el comando del M-19 siempre que no hubiera periodistas, para no dar rienda a los ánimos publicitarios de la guerrilla. Finalmente, decidieron contarlos ante los medios de comunicación, cuando varios periodistas aparecieron embarrados después de subir la montaña hasta el campamento. La mediación aplazó la sorpresa de los combates⁷³. Álvaro Fayad declaró que, si eran atacados, es decir, si el Ejército se acercaba demasiado, se defenderían. Para evitar el combate, Fayad viajó a Bogotá y se reunió con Jaime Castro, entonces ministro de Gobierno, para lograr que el

⁷² La guerra llega a los barrios. Revista Semana 17 de julio de 1985.

⁷³ Cromos. En el Cauca la paz se hace a tiros. Enero 1985.

Ejército se alejara. Castro se reunió con Fayad, finalmente, sólo para decirle “ríndanse o los aniquilaremos”⁷⁴. Finalmente, el combate comenzó, en diciembre de 1984.

La oposición violenta del Ejército no se explica solo por el desacuerdo ideológico en materia de paz con el Gobierno de Belisario Betancur. La fragmentación de las fuerzas es más profunda. Durante los años del Estatuto de Seguridad de Turbay Ayala (1978-1982), la fuerza pública se acostumbró a usar en exceso la fuerza, sin cuidado de respetar la ley ni los convenios internacionales de derechos humanos. Por supuesto, la represión no apuntaba directamente a los grupos guerrilleros, sino a cualquier actor social que sonara a izquierda (Rivas y Rey, 2008, p. 47). El hecho de operar por fuera de la ley probó ser efectivo contra la guerrilla, a un costo enorme en vidas, y terminó por involucrar a varios mandos militares en organizaciones paramilitares. Ante esta entrada en el contexto criminal, la relación entre militares y paramilitares pasó rápido a ser un proyecto político más amplio, antidemocrático, en el que las élites locales participaron para controlar el territorio y hacerse a la tenencia de las tierras (Reyes, 2009).

En este contexto, la lucha contraguerrillera sirvió de fachada para avanzar un proyecto político conservador, de democracia reducida, que en la práctica buscaba el despojo de las tierras (Romero, 2000). Durante las negociaciones de paz del Gobierno Betancur, la relación entre fuerzas militares, élites locales y paramilitares comenzó a consolidarse. “Elites regionales y organización militar coincidieron en su oposición a las políticas de paz durante el Gobierno de Belisario Betancur, y desde entonces esa coincidencia ha sido definitiva para los resultados de los intentos de reconciliación que han pretendido ir más allá de la mera desmovilización y reinserción de los guerrilleros (...) Esa concurrencia a nivel regional, sumada a la inversión de diferentes narcotraficantes en la compra de predio rurales y propiedades urbanas a todo lo largo y ancho del país, evolucionó hacia el fenómeno paramilitar y de autodefensas del presente” (Romero, 2000, p. 281). El M-19 detectó los nexos de la fuerza pública con los paramilitares, que les sirvieron para sustentar su argumento de una oligarquía que rechazaba con violencia cualquier oportunidad de apertura democrática, que no estaba dispuesta a ceder

⁷⁴ Esta referencia aparece en Razones de Vida, de Vera Grabe (página 236). También aparece en Prohibido Olvidar. Dos miradas sobre la toma del Palacio de Justicia, de Maureen Maya y Gustavo Petro (página 105), y en Noches de Humo, de Olga Behar (página 76).

parte de sus privilegios. En este sentido, el informe que hizo la Procuraduría, señalando pruebas de las relaciones entre las Fuerzas Armadas y el MAS, fue muy citado por el M-19, como un argumento de autoridad en sus denuncias (Comisión de la Verdad, 2010). Esto tuvo efectos importantes en el cambio de estrategia del M-19.

El M-19 organizó sus posiciones en trincheras, usó explosivos y mantuvo las posiciones. En la batalla de Yarumales el M-19 aplicó nuevas tácticas de guerra que había aprendido desde la creación del Frente Occidental, con las tomas de Corinto y de Florencia, pero también en la salida. Anteriormente, salían en desbandada después de tomar un pueblo, huyendo de la reacción del Ejército. En Corinto y Florencia se prepararon distinto y aprovecharon la sorpresa para recibir al Ejército desde posiciones ventajosas, desde trincheras en lo alto de las lomas, para causarle mayor daño. Y la estrategia funcionó, al cabo de 26 días el M-19 había resistido el ataque del Ejército, lo que forzaría una adenda a los acuerdos de Corinto. (Comisión de la Verdad, 2010, p. 55). El Gobierno se comprometió a permitir la salida de los miembros del M-19 desde Yarumales a un nuevo campamento, en Los Robles, y a evitar otro enfrentamiento. En los Robles no hubo un nuevo enfrentamiento, pero el Ejército los sitió de hecho, controlando las vías de acceso. (Comisión de Verdad, 2010, p.55)

Militarmente, este fue el mayor triunfo en la historia del M-19, y un hito entre las guerrillas colombianas. Fue la primera vez que una guerrilla soportó un ataque de tal intensidad durante tanto tiempo. También fue la consecuencia de una serie de decisiones militares que sólo recientemente habían tomado, de impulsar la fuerza militar y de lograr el control territorial de la cordillera occidental: Navarro Wolff describe así el cambio: “no se podía a pelear una vez cada seis meses porque aunque la pelea fuera muy exitosa producía algún efecto político pero ningún efecto militar”⁷⁵. Es una decisión militar que, por supuesto tenía orígenes políticos: un cambio desde lo militar en función del efecto político, un cambio desde un diálogo nacional hacia una idea vaga de ser Gobierno. La experiencia de los campamentos de paz y el triunfo en la batalla de Yarumales consolidaron el cambio, cargando todavía las tensiones originarias del M-19.

⁷⁵ Jimeno, Ramón. Entrevista a Navarro Wolff. Enero de 1986.

El contacto con la población civil durante el periodo de los acuerdos de Corinto, así fuera con los tonos de farándula y de fama robinhoodesca, dio un gran impulso al M-19. No sólo la consideraron la *prueba* de que el diálogo nacional era necesario, también era el triunfo de sus acciones militares, medido por su impacto político, más que por una dinámica de estrategia militar. Este impulso, combinado con el ascenso de los ataques del ejército en medio de una tregua frágil inclinó la balanza entre la inspiración democrática y la inspiración guerrillera al centro del M-19. La democracia es realmente una necesidad, pero la oligarquía no la permitirá, entonces hay que ser directamente Gobierno. “Ya basta de protesta, ya basta de denuncias, ya basta de gritarle a la oligarquía las sordas verdades de siempre. Llegó la hora de las afirmaciones... Este país ya no cabe en unas instituciones centenarias al servicio de la mentira y la violencia. Es el momento del pueblo. Por ello, el [M-19] convoca a todos los patriotas, a las mayorías, a ser Gobierno, a asumir sus derechos y ejercerlos. Que cada organización popular se convierta en un bastión del nuevo Gobierno. Que cada lucha por la salud, por la vivienda, por el salario, por la educación, se libren como voluntad de ser Gobierno (...) Hoy el gran propósito es una nación gobernándose a sí misma”⁷⁶.

Operación Antonio Nariño por los derechos del hombre

La idea de ser Gobierno fue creciendo a medida que la tregua se debilitaba, en un ambiente de guerra continuada y de desconfianza mutua. Finalmente, con el atentado con granada en Cali a Navarro y los otros guerrilleros, Carlos Pizarro Leongómez, comandante del M-19 declara rota la tregua. La comisión de verdad Que Cese al fuego lista dos acciones armadas del M-19 entre agosto de 1984 y julio de 1985: el 11 de marzo de 1985 asaltaron junto con ¡Alfaro Vive, Carajo! la central de radio patrulla y el Comisariato de la Policía Nacional en Ecuador. En junio de 1985 secuestraron a un banquero en Ecuador, junto con AVC. Pero estas dos acciones ocurrieron fuera del territorio colombiano, y por eso fuera del marco de la tregua. Un problema con los acuerdos de Corinto es que no se delimitó exactamente qué quedaba incluido y no en la tregua. Las expresiones de “cese operaciones militares” al que se comprometen el M-19 y el EPL en los acuerdos era muy amplio para ser aplicado en un contexto de desconfianza mutua. En especial, cuando el siguiente punto era el *diálogo nacional*, para el que no

⁷⁶ IX conferencia del M-19, en los Robles. Febrero de 1985

se estableció un mecanismo especial, sólo una comisión, de una parte, y la idea extraña del M-19 de diálogo como “rumba nacional”. Esta falta de minucia en los acuerdos y de mecanismos de verificación aceleró el fracaso del proceso. Por parte del Ejército no era concebible la salida negociada al conflicto, y entonces siguieron con las acciones armadas, en alianza con los nacientes grupos paramilitares. De parte del M-19, la desmovilización era una idea lejana, posible solo luego del éxito del diálogo nacional, definido vagamente como una fiesta, un sancocho, un dejar hablar a Juan Pueblo.

De todos modos, el rompimiento de la tregua profundizó el convencimiento de la guerrilla para ser Gobierno y cambió la opinión respecto a Belisario Betancur. Ya no era el político bienintencionado que estaba atrapado por el avance de la oligarquía más reacia a los acuerdos; luego del rompimiento, era directamente responsable de su fracaso. Clara Enciso participó directamente en la redacción de la demanda armada que el M-19 quería presentar en el asalto al Palacio de Justicia. Ella recuerda la dificultad de las discusiones internas para encontrar la mejor forma de presentar el texto. “Otra de las discusiones era con relación a la forma que debía dársele al contenido: el léxico, el lenguaje. Más que una demanda, tenía que ser un hecho de Gobierno: “¿El eje tendría que ser entonces “yo lo demando a usted y denuncio al Gobierno penalmente por desgobernar” o “este es un acto de Gobierno y lo vamos a juzgar a usted porque somos Gobierno”? Hubo un intenso debate para lograr claridad en el documento. Finalmente se proclamó el ser Gobierno, apegado a la jurisprudencia, porque Almarales y Jacquin, especialmente, creían en la ley”⁷⁷. Esta discusión revela la complejidad de la idea de ser Gobierno del M-19. No se trata sencillamente de una idea de tomarse el poder, algo que sería un cambio en esta guerrilla que quería presionar un diálogo nacional, sin imponer nada.

Clara Enciso tenía una posición importante en el M-19, por eso participó en la toma, pero no en la decisión de hacer la toma. En su relato, todo sucede muy naturalmente. Un día, su pareja, Evencio, le pide que lo acompañe a una vuelta, que resulta ser en el Palacio de Justicia. Acostumbrada a la manera de mirar en la conspiración (los pasos lentos, las preguntas precisas), Clara adivina rápido de qué se trata la visita, y le pregunta si se van a tomar el Palacio de Justicia. Él le responde que sí, y que tiene la autorización de Luis Otero para decírselo. Clara

⁷⁷ Behar, Olga. Noches de Humo. Planeta. 1988, p.88

se lanza a abrazarlo⁷⁸. Ese abrazo es significativo; Evencio no le había dado más detalles, pero sin más la perspectiva de una acción armada ya la emocionó. Y ese sentimiento se agrandó durante esa tarde, cuando discutieron detalles militares en el Palacio y luego en una cafetería aledaña. Se trataba de una acción militar el centro de Bogotá, en el costado norte de la Plaza de Bolívar, el centro del poder en Colombia. Incluso antes de enterarse de que la toma sería un juicio contra Belisario, de bautizar al comando y a la operación, el asalto ya tenía esa imagen de espectacularidad que estaba en el centro de la inspiración del M-19. En ese centro, no se podría ignorar el impacto, tanto político como militar. Navarro Wolff, que no participó en la acción porque se recuperaba del atentado en Cuba, explicó así la toma: “la primera, servir de síntesis militar de todo este proceso, al cual, por haberse desarrollado en una sola región del país y en las zonas rurales, le había puesto sordina la propaganda y el silencio de la oligarquía; la segunda, que sirviera para clarificar lo que había pasado con el proceso de paz y la responsabilidad de la oligarquía sobre su manipulación y su fracaso”⁷⁹. La idea inicial avanzó así, a pesar de los problemas que esto implicaba. La más importante es atacar a la rama judicial, la que llamarían más tarde “reserva moral del país” y en la que ya habían dicho confiar, junto con la Iglesia Católica.

Después de decidir la toma del Palacio, vinieron las discusiones. Y en ellas, como ya expliqué, para Almarales y Jacquin, durante el asalto al Palacio de Justicia era también entender que también existían los poderes judicial y legislativo. Y a partir de ahí, la toma revela las tensiones con las que el M-19 ha cargado desde sus inicios. Los guerrilleros llegaron como un Gobierno armado al Palacio de Justicia, la sede de la “reserva moral del país”, para juzgar al Gobierno de Belisario Betancur, por traicionar los acuerdos. “Los culpables merecen una sola condena: ser desterrados del Gobierno, para que una nueva voluntad —esta sí nacional, patriótica y democrática— asuma la tarea posible, aquí y ahora, de hacer la paz”⁸⁰. El M-19 llegó como Gobierno para enjuiciar al Gobierno, que en su perspectiva era llamar a la gente a una fiesta, una celebración vaga de la Nación y la democracia.

⁷⁸ Behar, Olga. *Noches de Humo*. Planeta, p. 51.

⁷⁹ Jimeno, Ramón. Entrevista a Navarro. Enero de 1986. p. 2.

⁸⁰ M-19. Operación Antonio Nariño Por los derechos del hombre, 6 de noviembre de 1985, p. 33.

Además, llevaron provisiones para un mes, pensando en que se parecería a la toma a la embajada de República Dominicana. Esa operación ocupa un lugar especial en la historia del M-19, es el origen de la propuesta del *diálogo nacional*, por parte de Jaime Bateman. También tuvo el efecto publicitario que esperaban y que confirmó su popularidad, entre curiosidad y encanto, después del robo de la espada de Bolívar. Había, sin embargo, dos diferencias importantes. Por un lado, la toma a la embajada no la pasaron como una acción de Gobierno, sino como una acción política para llamar la atención de los presos políticos; por el otro lado, la manera en que creían que terminaría cada acción era muy diferente. La toma a la embajada esperaba obtener la liberación de los presos políticos, aunque terminó con la promesa de seguir iniciar luego las negociaciones para un *diálogo nacional* y la posibilidad de escapar en avión hacia Cuba. Al final de la toma al Palacio de Justicia, podrían avanzar el *diálogo nacional*. Clara Enciso recuerda que Otero les dijo a los participantes en la acción “¿Saben para donde nos vamos cuando avance la acción? Pues no va a ser al exterior, nada de Cuba o México. Nos vamos a dividir en dos grupos: Uno se va para Siloé, en Cali, y el otro al Cauca, a la fuerza militar de Occidente. Es de una mayor trascendencia política quedarnos en el país”⁸¹. Sería una fiesta, y el pueblo saldría a la calle, en una insurrección popular espontánea.

Pero el ser Gobierno del M-19 no era simplemente marchar hacia la casa de Nariño, más bien consistiría en regresar a los campamentos de paz en Cali, a la fuerza militar en el Cauca, donde el M-19 fue tan famoso, donde se tomaban fotos y ofrecían entrevistas tranquilamente. El ser Gobierno, en este caso, consistía en iniciar la fiesta. Como en la experiencia de los campamentos, la acción política consistía menos en implementar un programa especial y más en dar el espacio a la gente. Como si su impulso armado fuera lo que faltara para iniciar la celebración, y juzgar públicamente a Belisario Betancur. Porque la demanda que el M-19 entregó a los magistrados serviría para citar al pueblo, como constituyente primario, al juicio contra el Gobierno, luego de aceptar la evidencia del fracaso de los acuerdos de Corinto. Al principio del texto de la demanda armada, el comando se identifica como un grupo de ciudadanos, “como expresión de las mayorías para convocar a un juicio público contra el Gobierno del presidente Belisario Betancur. Lo acusamos de traición a la voluntad nacional de forjar la paz (...) por lo tanto, estamos convocando al pueblo, a la nación entera, como fuente

⁸¹ Behar, Olga. Noches de Humo. Planeta. 1988, p. 88.

del poder jurisdiccional, a constituirse como tribunal supremo que habrá de enjuiciar la traición a los anhelos de paz y concordia nacional de las mayorías en Colombia”⁸².

En su discurso se ve, como se espera, la alusión a la propia inocencia. Ha sido el Gobierno, y no ellos, quienes han traicionado la tregua y escalado el conflicto. La posición del M-19 sobre el respeto de la tregua es ambigua, a causa de la intensidad del conflicto y de la ausencia de reglas claras en el proceso. En principio, respetaron la tregua, interrumpieron las acciones armadas, salvo las batallas de Yarumales y el sitio de los Robles, que pueden catalogarse como acciones defensivas, dada la conflictividad del Ejército. En todo caso, es extraño que la guerrilla se hubiese tomado tantos problemas para defender un proceso en el que no estaba considerada su desmovilización, de modo que el *diálogo nacional* y la apertura democrática ocurrirían en medio de las armas, todavía, las del M-19.

La Corte Suprema es el poder jurisdiccional, el órgano de cierre (es decir, la que decide en última instancia los procesos judiciales). Pero en los planes del M-19, pasa a segundo lugar, como un testigo al llamado a la *nación entera*. La primera parte de la demanda armada incluye tres pretensiones, antes de desarmarse discutiendo otros asuntos económicos., la tasa de desempleo, y los efectos de las recetas del FMI, lamentándose de “la nacionalidad mancillada”. Estas eran las pretensiones:

“1.1 Que la honorable Corte Suprema de Justicia asuma el conocimiento y se pronuncie sobre la constitucionalidad del acuerdo del cese del juego y Diálogo Nacional suscrito en Corinto, El Hobo y Medellín el 24 de agosto de 1984”

“1.2 Que sobre este convenio por el restablecimiento del orden público entre el Gobierno de Colombia y los movimientos populares alzados en armas (Sui generis en el derecho público interno, pero con antecedentes en nuestra historia con los pactos de Wisconsin, Neerlandia y Benidorm), la Corte Suprema de Justicia y el Honorable Consejo de Estado Asuman el conocimiento sobre el cumplimiento que hicieron las partes, en el desarrollo y ejecución de los mismos, por encontrar la paz en su dimensión más pública y más humana: la justicia social y la democracia política”.

⁸² M-19. Operación Antonio Nariño Por los derechos del hombre, 6 de noviembre de 1985, p.3

“1.3 Que en ejercicio del mandato constitucional que establece la colaboración de los poderes públicos para la realización de los fines del Estado —y teniendo en cuenta que la paz, la concordia y la convivencia nacional son entre otros, tales fines el poder jurisdiccional encare de manera protagónica la búsqueda de una solución política negociada en Colombia, a los agudos antagonismos del presente. Sobre todo cuando el Gobierno y el Congreso de la República han dado muestras de negligencia agravada, mala fe, y han traicionado un empeño colectivo de la comunidad patria del cual resultaron inferiores”.

Esta demanda armada hace más notable otra tensión del M-19, entre la inspiración guerrillera y la acción democrática. Se trata de la legitimidad del derecho. El M-19 considera legítima entonces la constitución de 1886 para la validez de los acuerdos de Corinto. Todavía más extraño, considera como antecedentes los pactos de Wisconsin, Neerlandia y Benidorm. Los dos primeros implicaron el final de la Guerra de los Mil Días con un pacto entre los partidos Liberal y Conservador. El pacto de Benidorm fue firmado en julio de 1956 por los dirigentes de ambos partidos para encontrar una salida a La Violencia. El resultado fue el Frente Nacional, precisamente contra el que el M-19 se alzó en armas. El M-19 busca antecedentes para su propia búsqueda de un acuerdo en procesos que consideraba como un pacto de élites, de minorías en el poder, sin representación verdadera del pueblo. Ese mismo pacto de élites, y en consecuencia sin representación, ha construido el sistema jurídico en el que el M-19 quiere sustentar la legitimidad de su lucha.

El reconocimiento del derecho como legítimo es muy importante. Dentro de la tradición comunista, el derecho es otra herramienta ideológica de dominación; la separación de poderes, los derechos individuales (en especial la propiedad privada), el principio de legalidad, suelen pasar a un segundo plano como parte del derecho burgués. Que para el M-19 el derecho colombiano fuera legítimo (aun en su manera violenta de aproximarse a lo legítimo) es otra muestra más del cambio de una guerrilla socialista y nacionalista a una guerrilla democrática. La toma del Palacio de Justicia es una acción bastante importante dentro de las dinámicas del M-19, implica un impacto simbólico enorme, central dentro de su programa, que el respeto por el derecho va más allá de algo estratégico. El respeto por el sistema jurídico colombiano hace parte entonces de su programa político. Es ahí mismo donde pretenden hacer valer su juicio político contra Belisario Betancur; es ahí mismo donde harán valer su proyecto, ya desmovilizados, como una fuerza que participó en la Asamblea Constituyente de 1991.

Por eso mismo la Corte Suprema de Justicia es legítima, según la perspectiva del M-19, para conocer su demanda armada. El Consejo de Estado había condenado varias veces a la Nación, representada por el Ministerio de Defensa, por varios casos de retenciones ilegales y tortura (Comisión de Verdad: 2010, p. 95). Y por estas acciones, los consejeros de Estado habían recibido amenazas, quizá provenientes de militares, al tiempo que les valieron el reconocimiento del M-19. Y aquí sucede algo delicado, los magistrados, como autoridad competente, no pueden ser rehenes, no de la misma manera en que los embajadores lo fueron durante la toma a la embajada de República Dominicana. El M-19 decidió, entonces, que serían invitados y podrían marcharse si lo querían, si podían sobrevivir al fuego cruzado en el que los pusieron con su acción. En la confusión de los primeros momentos de la toma, cuando todavía no era claro para los magistrados de dónde venían los disparos y el desorden, estos se escondieron bajo los escritorios de las oficinas en el cuarto piso. Allá llegaron los primeros guerrilleros, lanzando vivas al M-19 y repitiendo que les respetarían la vida. Cuando los descubrían en su escondite, les explicaban que iban a presentar una demanda armada y que ellos no eran rehenes, sino invitados. Esto, además, aparece en el texto de esta demanda: “anunciamos ante el país –con la moral de todos nuestros actos y la fuerza de la verdad con que hemos vencido a la dirección mentirosa del ejército de las minorías oligárquicas- que los Honorables Magistrados no están obligados a asumir el conocimiento de nuestras pretensiones durante el desarrollo de esta conflictiva situación de hecho. Son nuestros anfitriones y sólo su sentido patriótico guiará sus acciones”⁸³. Anuncian ante el país, lo que muestra que esta demanda no era sólo un texto jurídico, sino también parte del proyecto publicitario del M-19.

Al tiempo, un comunicado de prensa llegaba a varios medios de comunicación, informando de la toma, convoca “a la Nación para que enjuicie al Gobierno del presidente Belisario Betancur por su incumplimiento de las promesas de paz y por su traición a los acuerdos suscritos hace un año en Hobo, Corinto y Medellín”. Allí también exige que el Gobierno publique en los medios de comunicación allí señalados el texto de los acuerdos de Corinto, el texto de la demanda armada, y el informe de la comisión de verificación. Esto debía hacerse en días sucesivos. También exigía la transmisión radial de estos textos, y que se abriera una hora diaria en la radio para que la gente expusiera sus necesidades y acusara al Gobierno. Este comunicado

⁸³ M-19. Operación Antonio Nariño Por los derechos del hombre, 6 de noviembre de 1985. p. 5.

de prensa debe entenderse como parte del proyecto de ser Gobierno del M-19 con la toma al Palacio de Justicia. No es sólo un acto publicitario, sino el fin mismo: la certeza de que la gente saldrá repentinamente a la calle a respaldar su demanda armada.

“aquí nos morimos todos”

La guerrilla había interpretado la curiosidad de las personas que salieron a su encuentro en Yarumales y los Robles, así como en los campamentos de paz por apoyo verdadero a su causa del diálogo armado. Por su parte, habían interpretado la tenacidad de los consejeros de Estado al adelantar las investigaciones por torturas como símbolo de su “reserva moral de la democracia”, como una señal de que no abandonarían el Palacio de Justicia y aceptarían ser parte en ese juicio contra el Gobierno. De ahí la esperanza en que podrían hacer un juicio público a Belisario Betancur. Durante la toma al Palacio de Justicia, el proyecto de ser Gobierno estaba menos en las armas empuñadas y en la táctica militar para resistir la reacción del Ejército, y más en la esperanza de una insurrección popular espontánea.

Pero la realidad siempre se impone a este tipo de sueños. Y pronto fue claro que todo se definiría en el cerco que puso el Ejército y en la tragedia que se aproximaba. El acto político, la acción publicitaria de un juicio público, como Gobierno, contra el Gobierno de Belisario Betancur, quedó ahogado en el cruce de disparos y la fuerza desmedida de los militares. Desde los primeros instantes, francotiradores de la Policía y del Ejército estaban apostados en los edificios vecinos y disparaban al interior, lo que dificultó el avance del Ejército, temiendo bajas por fuego amigo (Comisión de Verdad, 2010, p. 120). A la una de la tarde, las personas atrapadas en los pisos inferiores intentaban sobrevivir a los gases lacrimógenos (Comisión de Verdad, 2010, p. 122). A la una y media de la tarde varios blindados entraron por el sótano, estos cascabeles llevaban media hora ubicados en la Plaza de Bolívar. Al tiempo, varios ingenieros militares y explosivistas intentaron abrir un hueco por los baños, para sacar a los rehenes. El cerco se tendió increíblemente rápido contra una guerrilla que era inferior en número y en capacidad militar.

Después de los hechos, cuando el Palacio era una ruina humeante, el M-19 acusó al Gobierno de no haber respetado en su ataque la vida de los magistrados y consejeros de estado. “Hoy la

oligarquía prefirió arrasar el Poder Judicial, antes que permitir que el pueblo colombiano expresara la verdad sobre el incumplimiento de las promesas residenciales y la traición a los acuerdos de paz. Colombia presencié atónica cómo la rama ejecutiva del poder arrasaba a sangre y fuego el poder judicial, con el pretexto de defender las instituciones”⁸⁴. En estos comunicados, el M-19 hizo énfasis en la demanda armada, e incluso se refirió al asalto como una “ocupación pacífica”⁸⁵. Pero el M-19 sí esperaba una respuesta similar, pero se vieron sobre pasados ante la insistencia de la acción armada y la negativa a negociar. La guerrilla había planeado la participación de más guerrilleros, armados con unos dispositivos con dinamita⁸⁶. Si podían repeler mejor la respuesta del Ejército, al menos hasta que caiga la noche, los obligarían negociar “sabemos que combatiremos de once y media de la mañana a seis de la tarde, mínimo. Si tenemos capacidad para combatir y combatir, ellos tendrán que aceptar un cese del fuego y escuchar nuestras demandas”⁸⁷. Fueron nueve guerrilleros que no alcanzaron a entrar al Palacio, y quedaron en un camión estacionados cerca de ahí. Con el éxito en la batalla de Yarumales, el M-19 esperaba un éxito militar también. La espectacularidad de una acción militar en pleno centro de Bogotá también hacía parte de su idea política, publicitaria: llevar la guerra a la ciudad, más allá de la “sordina” a la que se refería Navarro Wolff, es decir, más allá del silencio que ellos percibían de los medios de comunicación. La negociación, sin embargo, no sería como la de la toma a la embajada de la República Dominicana. No se trataba de lograr la libertad de unos presos políticos y la promesa de un *diálogo nacional* en el futuro. En su idea de ser Gobierno, la espectacularidad de la toma al Palacio de Justicia sería respaldada por el pueblo. Y la negociación, las demandas, provendrían del pueblo. Por eso los comunicados enviados a los medios de comunicación exigiendo la publicación de los documentos relacionados con los acuerdos de Corinto y llamando a la gente a pronunciarse sobre sus necesidades en la radio es tan importante.

Ante el avance rápido del Ejército, el llamado a la negociación tomó otro tono más urgente. El M-19 quedó arrinconado en pocas horas en una esquina del Palacio, en los baños entre el tercer y cuarto piso y unas oficinas cercanas. Yesid Reyes, el hijo de Alfonso Reyes, presidente

⁸⁴ M-19. Lo que el Gobierno de Belisario Betancur no quiso que se supiera. 6 de noviembre de 1985.

⁸⁵ El tiempo. El Asalto fue idea de Fayad; M-19 dice que continuará la lucha. 11 de noviembre de 1985. Página 2A.

⁸⁶ Behar, Olga. Noches de Humo. Planeta. 1988, p.88

⁸⁷ Behar, Olga. Noches de Humo. Planeta. 1988, p.88 P. 90

de la Corte Suprema de Justicia, logró comunicarse con su padre en dos ocasiones durante la toma. La segunda vez, habló primero con Luis Otero, que le dijo: “Nosotros necesitamos que paren el fuego o aquí nos morimos todos” (Comisión de Verdad, 2010, p. 132). Yesid habló con varios periodistas, y con el Procurador. Alguno de ellos se contactó con Gabriel García Márquez, quien intentó convencer a Belisario Betancur de un cese al fuego, sin éxito. Por mediación de Yesid Amat, Alfonso Reyes pudo pedir en radio el cese al fuego, en un mensaje que es tristemente famoso:

“¡Por favor, que nos ayuden, que cese el fuego! La situación es dramática, estamos rodeados aquí de personal del M-19. ¡Por favor, que cese el fuego inmediatamente! Divulgue ante la opinión pública, esto es urgente, es de vida o muerte. ¿Sí me oyen? [...] Es que no podemos hablar con ellos, si no cesa el fuego inmediatamente. Por favor que el Presidente dé finalmente la orden del cese al fuego” (Comisión de verdad, 2010, p. 134).

En el relato de Clara Enciso, el peso de la toma se traslada hacia el drama de Reyes Echandía, del “rambo criollo”, (un ex militar que participó de la mano de la Policía en la retoma), y de otros personajes, reconstruidas a partir de archivos radiales y de conversaciones con familiares y amigos. La voz de Clara aparece poco, en ese momento, apenas para contar su miedo y tensión, encerrada en el baño, sintiendo más allá la destrucción, atendiendo a los heridos y sintiendo compasión por los rehenes. Es la misma voz que ocupa un rol femenino en la narración de la preparación de la toma. Es una voz femenina, inevitablemente, volcada al cuidado de los otros, como en la primera parte del libro, en la que aparece su historia de amor con Ramiro, otro miembro del M-19, y sus roles de ama de casa en la casa en la que vivieron los días antes a la toma, las rutinas de cocinar, lavar la ropa y cuidar porque todos tengan lo necesario. El cese no ocurrió, el Presidente no le pasó al teléfono a Reyes Echandía. A medida que el control del M-19 se reducía hacia los baños, cuando todo afuera de éstos era un cruce de tiros sin descanso, respirando con dificultad a causa del humo, con frío por el agua regada y la noche, las esperanzas de un triunfo comienzan a desvanecerse. Clara Enciso es quien cuida a los heridos y a los “invitados”, convertidos inevitablemente en rehenes, en víctimas, en el baño. Cuando todo termina, Clara Enciso sale del Palacio, por órdenes de Almarales y Jacquín, haciéndose pasar por civil, y escapa luego del control del Ejército en la Casa del Florero.

Así terminó, para el M-19, la toma al Palacio de Justicia, y su intento de juicio público al Gobierno de Belisario Betancur. En esta acción armada se reúnen con resultados terribles las contradicciones de esta guerrilla. Una guerrilla en la que las armas tenían una función publicitaria para llamar la atención de su proyecto con acciones armadas espectaculares y retadoras al Gobierno. La oposición del diálogo por parte del Ejército y de varios miembros del Gobierno (una oposición que fue constantemente violenta) sirvió para radicalizar la posición del M-19. Es decir: sirvió de un impulso más para la inercia de violencia con la que esta guerrilla había empezado, en 1974. La toma del Palacio de Justicia no era solo una acción publicitaria. Era una acción de poder, con el objetivo de *ser Gobierno*. Salvo que esto no significaba un golpe de Estado puro y duro, sino algo más difuso, como el proyecto mismo del M-19. El diálogo nacional que esta guerrilla esperaba iba más allá del juicio al Presidente; se trata de una fiesta, en la que el M-19 esperaba que la gente saldría a las calles a apoyarlos y a participar directamente en el juicio político. No podía ser un golpe de Estado porque el programa del M-19 no incluía políticas concretas, un plan de Gobierno ni de país; se trataba precisamente de dejar que la gente hablara, de una ampliación de la democracia en la que todos (incluso los que ellos reconocían como parte de la oligarquía) participaran en la toma de decisiones.

Conclusiones

El discurso del diálogo nacional es una muestra de las tensiones crecientes en el M-19. Durante las negociaciones con el Gobierno de Belisario Betancur, las tensiones comenzaron a agrandarse. Las frustraciones de la negociación, la lentitud de los ritmos de las conversaciones y, sobre todo, la oposición armada del ejército, volcaron al M-19 a aumentar la violencia. El M-19, después de 1980, estaba inspirado en la búsqueda de apertura democrática, al tiempo que se había construido como una guerrilla, inspirada por las historias de vida de sus fundadores y por el contexto del momento en América Latina, la ola de revoluciones.

Esto sucedió en sus propios términos, es decir: en el centro político del país, con una acción que tiene más de político que de militar. La toma al Palacio de Justicia ocurrió en este contexto de violencia. Entraron con armas, sí, y con insumos para quedarse largo tiempo. Además de las armas y los insumos, llevaron una demanda armada que iban a presentar ante los magistrados de la Corte Suprema de Justicia. Momentos antes también la enviaron a los medios de comunicación, junto con una serie de exigencias de publicidad. Ese juicio armado acusa a Betancur por el fracaso de los acuerdos de Corinto, pero también discute otros temas, que vuelven sobre el discurso del diálogo nacional. Se trataba de un proyecto de apertura democrática: que todos (las iglesias, los partidos, las comunidades indígenas, los gremios, los sindicatos, los académicos, los estudiantes) participen, que el estado de sitio termine. Pero esta no es una acción militar normal; no se trata simplemente de un intento de golpe de Estado. Es, en buena medida, una acción publicitaria. Este tipo de publicidad era la marca principal del M-19. El secreto de su éxito en el país, tanto a la hora de enfrentarse al Gobierno, de ponerse en posición de dialogar, como para sumar reclutas y simpatizantes. Allí también está la imprenta más importante de Jaime Bateman, como fundador de esta guerrilla: el culto a su personalidad, su estilo descomplicado, su hablar lleno de historias, su sentido del humor, inspiraron incluso después de su muerte la estrategia política del M-19, y la manera de llevar las operaciones.

Desde sus inicios, el M-19 fue un movimiento populista. Esto, más que referirse a un contenido discursivo específico de esta guerrilla (la exaltación del pueblo que exige participación, un líder carismático, la alusión de la oligarquía como contrario...), sino una

manera particular de enmarcar un discurso. Este es el giro que propone Ernesto Laclau (2013) respecto al populismo, en el que la vaguedad y la confusión no son una deficiencia del populismo, una deficiencia que lo haría menos racional en la escena política, sino una oportunidad para entender el contexto social en el que estos surgen. El lenguaje, el uso de metáforas, las alegorías de celebración, el estilo descomplicado heredado de Bateman, connotan en su lugar una serie de demandas de un grupo social, que no pueden ser atendidas.

La ideología del M-19 había cambiado lentamente desde una posición decididamente de izquierdas (nacionalista y algo socialista) heterodoxa, a un discurso más liberal, democrático. La transformación hacia un movimiento armado de democrático no dejó atrás el populismo; su énfasis cambió para mostrar sus demandas iniciales a través de una propuesta de apertura democrática.

Este proceso es consecuencia de los orígenes de la propuesta ideológica del grupo, que se acercaba a la apertura, en contraposición al dogmatismo exagerado en la izquierda, que fue muy exitosa para ganar nuevos miembros y simpatizantes. Mientras ocurría la inclinación hacia un frente amplio democrático, el uso de la violencia continuaba, más radical, más extendida. El M-19 inició conversaciones con otras guerrillas, que a la larga condujeron a la formación de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar y creó el Frente Occidental, abriendo una nueva etapa de confrontación rural. El desarrollo de las nuevas tácticas militares se explica por un cambio en la lectura del país y de la posibilidad de diálogo con el Gobierno. El M-19 leyó esa coyuntura con el Gobierno de Belisario Betancur como una disputa entre una oligarquía reformista, encabezada por el Presidente, y una oligarquía militarista, quienes rechazaban cualquier posibilidad de diálogo y de democracia.

El uso de la violencia continuaba, más radical, más violento, desde que el comandante Pizarro Leongómez dijo, en la Conferencia de los Robles, que tenían que ser Gobierno, y no sólo resistir. La continuidad de esta violencia es una inercia de esa decisión voluntarista. No es sólo el impulso al inicio; ese impulso debe continuar, reinventarse, al cambio de la coyuntura. Por eso es importante el concepto de contexto de violencia de Luna Benítez (2006), porque invita a analizar el cambio del proceso, el cambio ideológico que precisamente permite seguir a la guerrilla y adaptarse a nuevas coyunturas. También llama la atención sobre la trayectoria

personal de los guerrilleros. A largo plazo, esto constituye una inercia, una vez se ha dado el paso fundamental: fundar una guerrilla, unirse a ella, la violencia debe entenderse por el origen del grupo, pero también por el contexto político, al que inevitablemente debe referirse. En el caso del M-19, la violencia, su uso espectacular, funciona también como un elemento aglutinador, junto con la construcción de memoria del grupo. Por su parte, el diálogo nacional, en su vaguedad, se llena de sentido precisamente a través del uso espectacular de la violencia. Los ataques por los que se hacían escuchar, los que, en los términos de la guerrilla, terminaban en fiesta, los robos de leche, revelan esta relación. Las experiencias de *diálogo nacional* del M-19 también tuvieron ese ambiente celebratorio: en Los Robles y en los campamentos de paz. El *diálogo nacional* se hace concreto en el espectáculo.

Hay un límite de reinención. El M-19 cargó con sus orígenes todo el tiempo, y por eso es importante estudiarlos, descubrir los trazos que quedan en el tiempo, y que acechan, el presente. De este modo, el contexto de esta guerrilla debe analizarse detenidamente para comprender las decisiones que toman en una coyuntura específica, esto es, durante las negociaciones de los acuerdos de Corinto.

La marca del M-19 es la de una generación en crisis. La década de los setentas está atravesada por dos crisis en Colombia. El Frente Nacional comenzaba a desquebrajarse. La pertenencia al Partido Liberal o al Partido Conservador ya no eran tan fuertes como antes. Las disidencias terminaron huérfanas, o bien aterrizaron en la Anapo, dándole un impulso al populismo. Por otro lado, las guerrillas en el país enfrentaban su propia crisis. Las disputas doctrinarias las enfrentaban, terriblemente. Esta crisis le ofreció al M-19 el éxito inicial, y el tono de su proyecto. Su heterodoxia apuntaba a recoger los desencantos. El origen de sus miembros es bastante diverso. De la parte de quienes estaban también de la Anapo, había parte de las disidencias provenientes de ambos partidos, Liberal y Conservador. Los que venían de otras guerrillas, principalmente de las Farc, habían sido echados de allí. El discurso inicial, revelado desde la declaración por el robo de la espada de Bolívar, es uno que mezcla nacionalismo con socialismo. Más importante todavía, es el mismo robo de la espada de Bolívar. Más allá de una propuesta ideológica concreta, más allá de una estrategia militar clara, la búsqueda de acciones espectaculares es la mejor guía de sus acciones.

La espectacularidad de sus acciones armadas se ajustaba a la disputa contra el dogmatismo en el que habían surgido: le daba visibilidad a un impulso de *hacer algo por el país*. También llevó la guerra al centro político del país. De ahí el éxito al reclutar nuevos miembros y simpatizantes, en el contexto caldeado de las universidades en esos años. El activismo político entonces consistía casi exclusivamente en el camino guerrillero. La fractura de las otras guerrillas en esas disputas dogmáticas llevó a muchos al M-19, donde la ideología era mucho más abierta y vaga, pero donde cabían todos.

El discurso del *diálogo nacional*, después de 1980, que articula un proyecto de apertura democrática, también es lo suficientemente amplio para que quepan todos. Mientras ese discurso desdibujó lentamente el nacionalismo y en socialismo iniciales hacia algo más liberal, el uso de la violencia continuó, con pequeños cambios. La búsqueda de acciones espectaculares se combinó con la fundación del Frente Occidental, con operaciones de guerrilla más tradicionales. Aunque hubieran estado *lejos* del centro político, el desarrollo militar los volvió a poner ahí: no se trataba sólo de atacar y huir, sino que lograron disputar terreno, entrar en combates de largo alcance con el ejército.

A partir de esta trayectoria, se puede ver que los tipos ideales que propone Pizarro Leongómez (1996) se desdibuja. La influencia marxista de las causas estructurales, la teoría de la dependencia, la teoría del foquismo, y la inspiración de las revoluciones cubana y nicaragüense, pierden intensidad. Estos elementos pueden verse en los orígenes del M-19, lejanamente. Es una influencia heredada de los principales líderes de esta guerrilla, que provenían de las Farc, que se encuentra, y en ocasiones chocaba con la otra influencia, que buscaba constituir un frente amplio populista. Es necesario detenerse en esta relación, porque es el contexto social en el que se mueven los sujetos que toman la decisión de tomar las armas, su historia personal, para comprender en detalle los tipos ideales de Eduardo Pizarro. Aquí estoy siguiendo la invitación, nuevamente, de Luna Benítez (2006). La influencia marxista, en primer lugar, es muy importante en los inicios del grupo, una lectura heterodoxa del marxismo, en todo caso, acompañada por un rechazo a los dogmatismos, y la división en la izquierda entre maoístas, leninistas, guevaristas, trotskistas, etc. De este frente amplio se deriva también la característica populista del M-19. Su discurso vago e impreciso es una parte importante. Sigo la definición de populismo de Ernesto Laclau (2013), según la cual la construcción de una nueva identidad,

el pueblo, incluye todas las demás, y es totalizadora. Esta identidad implica una tensión, porque el significado se construye de marcando diferencias, que se borran cuando se privilegia la identidad de pueblo. La tensión entre la inspiración democrática y la inspiración guerrillera de la que he hablado en el caso del M-19 es una muestra de la tensión que señala Laclau en el populismo.

Por su parte, la influencia del foquismo, un grupo de vanguardia que adelantaría las causas de la revolución, proviene fundamentalmente de la imagen del Che Guevara, tanto como ejemplo de una revolución exitosa, la cubana, como por la imagen de un líder carismático e inspirador. Se trata de una figura muy presente en los recuerdos de Vera Grabe y de María Eugenia Vásquez, y sin duda muy discutida en los círculos universitarios de izquierda donde ellas se movían durante los años previos a su ingreso al M-19. El foquismo, en el M-19, no debe entenderse como un convencimiento ideológico, claramente racional, ortodoxo, como si se tratara de una discusión teórica. Más bien, la influencia del Che Guevara se hace más general: una inspiración a tomar las armas. En el contexto político de los años setentas, pertenecer a la guerrilla hace parte del repertorio de acción política. Esta influencia foquista, dentro del proyecto de frente amplio del M-19, toma un rumbo interesante tiempo después de su fundación, cuando el *diálogo nacional* será su discurso dominante. El foco debería ser la vanguardia, la avanzada que diera lugar a la revolución. El M-19 buscar abrir espacios, causar impacto político, llevar el conflicto al centro del país; pero esto es menos una estrategia foquista (una estrategia militar destinada a desestabilizar el país) y más una estrategia política, con una lógica de espectáculo. Más aún, a la hora de poner en práctica su proyecto de *diálogo nacional*, la carga se invierte: es el pueblo el que debe proponer y avanzar; el M-19 como grupo pierde justo ahí su protagonismo.

En 1974, la inspiración de otras revoluciones fue un impulso importante para la formación del grupo, junto con una lectura heterodoxa de varias corrientes de marxismo. Pero en 1984 y 1985, en desarrollo de los acuerdos de Corinto, se trataba más bien de una inercia de violencia, inspirada en otro discurso: el *diálogo nacional*. Esta inercia permitió que el M-19 continuara siendo un grupo armado aun cuando su proyecto había evolucionado hacia la apertura democrática, lo que causó curiosidad entre los periodistas en su momento, principalmente Consuelo Araújo Noguera, (asesinada por las Farc en el 2001) quien lo percibe como una contradicción.

Tanto para mantener la unidad del grupo como para justificar el uso de la violencia, para darle sentido al interior de la guerrilla, la alusión a la historia es muy importante. La memoria de líderes guerrilleros en el pasado que fueron asesinados, como Guadalupe Salcedo; la tradición de la oligarquía a eliminar la diferencia; el asesinato de Jorge Eliecer Gaitán; las elecciones de 1970, tuvieron ese efecto. Bajo esa visión, la defensa del discurso democrático tiene que ser por medio de la violencia, porque los poderes tradicionales, la oligarquía, los ha atacado siempre con violencia: con los estados de sitio.

La llegada a la presidencia de Belisario Betancur es una gran oportunidad para el M-19, que siempre había perseguido una negociación de paz. El proyecto de paz de Betancur coincidía en mucho con el del M-19. Había alusiones a las condiciones de pobreza y exclusión del país, se alineó con las negociaciones de paz en Centroamérica y se distanció de Estados Unidos. Esta circunstancia llevó a la firma de los acuerdos de Corinto, que eran un marco para una tregua y un *diálogo nacional*. No incluían la desmovilización del grupo. Esto fue, sin embargo, contestado por otros miembros del mismo Gobierno y por el Ejército, que violó la tregua y atacó constantemente al M-19 y al EPL. El M-19, por su parte, aprovechó el momento para llevar a la práctica su proyecto de *diálogo nacional*. Se trató de los campamentos de paz, cuyo centro más importante fue en Siloé y Aguablanca, en Cali. Además de intentos por sumar militancias, la experiencia organizó a la población para pedirle cosas al Gobierno local, como mejoramiento en vías y acueductos. Quienes participaron en esto por parte del M-19 lo llamaron una fiesta. Las actividades con la población civil del M-19 siempre eran una fiesta. Un sancocho nacional, como decía Jaime Bateman. Por los ánimos caldeados y por la falta de reglas claras para llevar la tregua, los campamentos de paz fueron interpretados por el Gobierno como un quiebre, también de la tregua.

Así, las negociaciones terminaron en un estruendoso fracaso. El M-19 los declaró rotos luego del atentado contra Navarro Wolff y otros en Cali en mayo de 1985, pero hace tiempo el nivel de la confrontación se había elevado. La tregua conllevó a aumentar la violencia.

Para el M-19, esto fue la confirmación de su legitimidad. No había otro camino que las armas para lograr la apertura democrática. En su posición imaginada de representantes del pueblo,

asumirían la posición de Gobierno, según lo determinaron en la conferencia de los Robles, en enero de 1985. Esto es más de diez años después de su fundación, que se ve una posición clara respecto a la toma del poder. Pero esto no es tan sencillo. Como he dicho, en todo cambio queda el trazo de sus orígenes. La inspiración democrática, en la que la atención se volcaba para que la gente participara, impedía que ellos tomaran cualquier *medida de Gobierno*, imponer medidas concretas para adelantar su programa. En sus planes sobre la toma al Palacio de Justicia, habría una fiesta: la gente saldría a la calle a apoyarlos, y con ellos harían el juicio político contra el presidente Betancur. Que hubieran hecho una acción armada tan delirante (de la que tardaron en entender las consecuencias) demuestra la importancia de esa búsqueda de publicidad para el M-19. Es su punto principal, definitorio, el que marca su estrategia militar, el que guía su propuesta ideológica, es esa inspiración publicitaria, esa búsqueda de espectáculo.

Bibliografía

- Aguilera, M (2003). La memoria y los héroes guerrilleros. *Análisis Político*, (49), 3-27.
- Araújo Noguera, C. (15 de noviembre de 1980). Confesiones de Bateman. Grandes reportajes de la Cacica. El Espectador.
- Ayala, C. (2006). *El Populismo Atrapado. El caso de las elecciones de 1970*. Medellín, Colombia: La Carreta Editores E.U.
- Ayala, C. (2001). El discurso de la conciliación: Análisis cuantitativo de las intervenciones de Gustavo Rojas Pinilla entre 1952 y 1959. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (18-19), 205-243.
- Behar, O. (1988). Noches de humo: cómo se planeó y ejecutó la toma del Palacio de Justicia. Colombia: Editorial Planeta.
- Carrigan, A. (2009). El Palacio de Justicia: una tragedia colombiana. Colombia: Icono editorial.
- Cassany, D. (2017). Aproximaciones a la lectura crítica: teoría, ejemplos y reflexiones. Tarbiya, Revista de investigación e innovación educativa, (32), 113-132.
- Castro Caycedo, G. (2008). *El Palacio sin máscara*. Colombia: Editorial Planeta.
- Comisión de Verdad (2010) *Informe final: comisión de la verdad sobre los hechos del Palacio de Justicia*. Universidad del Rosario.
- Das, Veena (2008). *Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 562.
- García Corredor, D. F. (2013). El discurso de El Tiempo frente a la toma de la embajada de la República Dominicana. Un estudio de caso desde la perspectiva del Análisis Crítico del Discurso. (Tesis de maestría). Universitat Pompeu Fabra. Barcelona.
- Grabe, Vera. (2000). *Razones de vida*. Colombia: Planeta Colombiana Editorial.
- Gutiérrez, W. L. (1999). Las Políticas de Paz y los Procesos de Negociación en Colombia. Breve Balance y Perspectivas. *Convergencia Revista de Ciencias Sociales*, (19).

Jaramillo, J. (2011). Expertos y comisiones de estudio sobre la violencia en Colombia. *Estudios Políticos*, 0(39), 231-258.

Laclau, E. (2012). *La razón populista*. México: Fondo de Cultura Económica.

León Palacios, P. (2008). El M-19 y la subversión cultural bogotana en los setenta: el caso de la revista Alternativa. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, (35), pp. 189-212.

León Palacios, P. (2012a). La ambivalente relación entre el m-19 y la Anapo. *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Vol. 39, núm. 2 : Dossier: Justicia, derecho y penalidad en Colombia.

León Palacios, P. (2012b). El espectacular lanzamiento de la guerrilla urbana en Colombia, el M-19 en 1974. *Historias*, (83), pp. 103-116.

Luna Benítez, M. (2006). El M-19 en el contexto de las guerrillas en Colombia. *Sociedad y Economía*, (10), pp. 157-188.

Melo, J. O. (2008). Bolívar en Colombia: conservador y revolucionario. *Conferencia leída en la Cátedra José Gil Fortoul*, Academia de Historia de Venezuela. Caracas.

Palacios, M. (2000). *Colombia: ni estado de guerra, ni estado de paz; estado en proceso de paz*. Foro Internacional, pp. 15-40.

Pizarro Leongómez, E. (1996). *Insurgencia sin revolución: la guerrilla en Colombia en una perspectiva comparada*. Bogotá: TM Editores.

Rivas Nieto, P., & Rey García, P. (2008). Las autodefensas y el paramilitarismo en Colombia (1964-2006). *CONfines de relaciones internacionales y ciencia política*, 4(7), pp. 43-52.

Reyes, A. (2009). *Guerreros y campesinos. El despojo de la tierra en Colombia*. Colombia: Editoriales Norma.

Romero, M. (2000). *Democratización política y contrarreforma paramilitar en Colombia*. Boletín del Instituto de Estudios Andinos, (3), pp. 331-357.

Tokatlián, J. G. (1999). Colombia en guerra: las diplomacias por la paz. *Desarrollo económico*, pp. 339-360.

Uribe, M. V. (2007). *Salvo el poder: todo es ilusión*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Van Dijk, T. A. (1994). Discurso, poder y cognición social. *Cuadernos de la Maestría en Lingüística*, pp. 1-92.

Vásquez, M. E. (2000). Escrito para no morir: bitácora de una militancia. Ministerio de Cultura.